

International BestSeller

Un libro de la coleccion

*Ring
Drake*

BAJO EL

MISMO
TECHO

Un libro de
Dina Drake

Bajo el mismo techo

2024

MailBox 087956

.24 X 19 cm - 84575678-45647869-FF34

DDF556S | 356N 496CJ5

937-477890358-227

Tutti i diritti riservati.

È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

Prologo

Para el viudo, que se enfrentaba a la tarea solitaria de criar a sus dos hijos, el acuerdo parecía la respuesta ideal. Buck Hades había observado con admiración a su vecina durante mucho tiempo, y sabía que ella también estaba pasando por tiempos difíciles. Entonces, ¿por qué no unir sus destinos en un matrimonio de conveniencia? Después de todo, podría ser una solución práctica para ambos.

Veronica Dickston, por su parte, contemplaba la idea del matrimonio de conveniencia como una tabla de salvación frente a las cicatrices emocionales de su divorcio y el peso abrumador de una hipoteca que amenazaba con ahogarla. En esa unión, veía la oportunidad de encontrar compañerismo, afecto y una estructura familiar sólida, todo ello sin tener que enfrentarse a los riesgos y dolores del amor romántico. Sin embargo, apenas comenzó a asumir el papel de esposa nominal en la vida de Buck, comenzó a descubrir que los límites que habían establecido en su acuerdo se desdibujaban ante la posibilidad de algo más profundo. Con el tiempo, empezó a soñar con la idea de convertirse en algo más que una simple compañera de conveniencia: quería ser su verdadera compañera de vida, en todos los aspectos emocionales y espirituales.

Capítulo 1

Veronica Dickston abrió la puerta de cristal del trastero situado en el sótano y salió al patio. Cinco grados podía ser una buena temperatura para una noche de enero en Misuri, pero no era lo ideal para que una mujer se paseara a la intemperie, vestida sólo con una toalla. Era una pena que la gente a la que siete años antes le había comprado la casa no hubiera construido el baño caliente en el sótano.

Veronica salvó corriendo la escasa distancia que la separaba de la caseta. Una ojeada a ambos lados la convenció de que nadie la había visto. Los árboles y la valla alta que cerraban su pequeño patio la protegían de las miradas de los vecinos. Bueno, excepto de su vecino Buck. ¡No!, se dijo. No pienses más en él, nunca.

Al apartar la cubierta, dejó escapar chorros de vapor que se elevaron en el aire helado. Dejó la toalla sobre una silla y subió los escalones de madera que llevaban al baño. Probó la temperatura con el pie antes de meterse en el agua.

Estaba demasiado caliente. El termómetro marcaba cuarenta grados. No, no estaba demasiado caliente. Se obligó a sentarse, sin hacer caso de los interruptores que iluminaban el baño y hacían que el agua burbujeara. Le gustaba sentarse allí en la oscuridad y soñar. El agua estaba perfecta. Suspiró y se recostó un poco más sobre el banco, sintiendo que las tensiones de la escuela desaparecían con cada minuto que pasaba. Pero no podía escapar de sus otras preocupaciones con tanta facilidad. Si al menos pudiera pensar una manera de ganar el dinero suficiente como para mantener la casa y pagar el tratamiento de su madre, si la clínica no fuera tan sumamente cara, si los profesores estuvieran mejor pagados.

Acéptalo, Veronica Dickston, se dijo, vas a tener que buscar un segundo trabajo.

No era una idea demasiado atractiva. Dar clase en un aula llena de alumnos de cuarto curso era agotador por mucho que le gustara. La sola idea de tener que buscar otro trabajo para las tardes se le antojaba excesiva. Y, además, ¿qué clase de trabajo podía conseguir? Su especialidad era la enseñanza. Las clases particulares eran una posibilidad, pero no era la época más adecuada.

Se imaginaba que podía buscar empleo en alguno de los almacenes locales para trabajar como dependienta por las tardes y los fines de semana. Quizá hasta pudiera conseguir empleo de cajera en algún banco, o quizá...

— Seguro que el agua está estupenda.

Veronica estuvo a punto de gritar, pero se contuvo en el último momento al reconocer la voz profunda y suave de su vecino, Buck Hades. Sabía que no le había reconocido conscientemente. Era su cuerpo el que habría sabido quién era en cualquier momento y en cualquier lugar. Su corazón recuperó el ritmo normal, pero tuvo que hacer un esfuerzo para ignorar la sensación de delicia en la boca del estómago.

— Buck, eres una rata. ¡Vaya susto! Me has quitado tres años de vida, por lo menos.

Estaba sin aliento y no enteramente por el susto. Sin embargo, esperaba que él no se diera cuenta.

— ¿Qué haces fisgoneando por aquí?

Intentó que los nervios que sentía no se reflejaran en su voz y se hundió un poco más en el agua. Tenía la esperanza de que él no pudiera ver su desnudez en la oscuridad. ¿Por qué no habría conectado las malditas turbinas?

— Quería hablar contigo — dijo Buck sin molestarse en defenderse — . He llamado pero no contestabas. Luego he visto tu coche y supe que estabas en casa. Cassy me ha dicho que sueles meterte en el baño por las noches y aquí me tienes.

— ¿Los niños están en la cama? — preguntó ella entrecerrando los ojos para poder verle a través del vapor.

Buck tenía un pie en el escalón y el brazo apoyado en la rodilla. Llevaba vaqueros, una chaqueta pesada y una camisa de franela abierta en el cuello que dejaba ver unos rizos oscuros junto a su garganta. Como de costumbre, con sólo verle, Veronica sintió una reacción tórrida en sus entrañas.

«Deja de babear, Veronica Dickston. No es para ti».

No, definitivamente, no podría ser suyo. No obstante, el recuerdo de un beso apasionado en un portal a oscuras, avivó las brasas de su cuerpo. Apartó aquel recuerdo sin miramientos. Aquel beso había sido un error del que llevaba cuatro años arrepintiéndose.

Pero no había podido controlar sus reacciones ante Buck desde que le había conocido ocho años antes, cuando todavía era el marido de su amiga Daisy. Todavía recordaba cuando le había dado la mano por primera vez. La sensación y la sorpresa habían sido tan fuertes que tuvo que encoger los dedos de los pies dentro de los zapatos. Nunca había dejado de preguntarse qué tenía él para colapsar de aquella manera sus circuitos.

Su vecino no era estrictamente guapo, por mucha imaginación que se le echara. Sus facciones rudas estaban cortadas tan a pico como las viejas montañas que se levantaban al noroeste, pero su innegable aura sexual la había atraído como un imán desde el primer instante. Lo único verdaderamente bonito de su rostro eran los ojos, de un color verde plateado, que se oscurecía hasta esmeralda cuando estaba enfadado y que resplandecía como el mar bajo el sol cuando estaba contento. Las pocas ocasiones en que se había relajado lo bastante como para sonreír, sus rasgos se convertían en una mezcla asombrosa de encanto masculino y de atractivo infantil que ninguna mujer podía soñar resistir.

Por suerte para ella, Buck no sonreía a menudo. La pérdida de su esposa, muerta de cáncer tres años antes, había acabado con sus ya escasas sonrisas. Veronica deseaba que su atractivo sexual también hubiera desaparecido.

— Sí. Eric y Cassy están en la cama.

La respuesta dispersó sus pensamientos y la obligó a volver a la conversación.

— ¿No has dicho que querías hablar conmigo?

— Eric me ha dicho que no tenías dinero para arreglar el coche.

Aquellas palabras la sobresaltaron. Buck la miraba a través del vapor como si pudiera leer sus pensamientos más escondidos.

— Eric habla demasiado.

Veronica se prometió llevar más cuidado con lo que decía delante del hijo de Buck. No se podía confiar en la discreción de un niño de seis años.

— No creo que mis finanzas sean asunto tuyo. Pero puedes decirle a Eric que lo he arreglado. La tapa del motor del auto estaba agrietada.

— ¿Por qué le dijiste al niño que no tenías bastante dinero?

Veronica suspiró. Era imposible detener a Buck una vez que había decidido llegar al fondo de un asunto.

— No se lo dije. Me oyó cuando hablaba por teléfono. Además, ya he encontrado el dinero. ¿A qué has venido?

— Para proponerte un trabajo.

No habría podido sorprenderla más si le hubiera dicho que se trasladaba a vivir al Caribe. Desde la muerte de Daisy, Buck había rechazado su ayuda. Había rechazado el consuelo y la necesidad de compartir la pérdida de una persona a la que los dos amaban.

Veronica no había sido capaz de romper su silencio. Al final se había dado por vencida, contentándose con ser una amiga para los hijos de Daisy.

Daisy. Todavía recordaba la promesa que le había hecho sentada junto a su cama uno de sus últimos días.

— Veronica... ¿me prometes una cosa?

Daisy casi no había podido hablar. Hacía varios días que el dolor había empezado a aumentar y la mayor parte de sus energías las empleaba en luchar contra él.

— Ya sabes que haré por ti todo lo que esté en mi mano. ¿Qué quieres?

Veronica se había acercado a la cama y sostenía la mano de su amiga.

— Ayuda a Buck a cuidar de Cassy y Eric. Va a... necesitarte.

Veronica se lo había prometido, aunque la emoción aumentaba en su garganta. Daisy había sido una mujer comprensiva y cariñosa, la amiga más querida que había tenido nunca. Se merecía más lealtad de la que Veronica le había brindado. ¡Qué no hubiera dado ella por borrar aquel beso de su pasado!

Apenas una semana después, Daisy había perdido su batalla contra el cáncer. Pero Buck no le había oído que le ayudara o consolara. La había mantenido a distancia con una determinación que la había herido y entristecido al mismo tiempo.

— ¿No quieres oír lo que tengo que proponerte? — preguntó él interrumpiendo el curso de sus recuerdos.

— Ya tengo un trabajo, Buck — dijo ella con precaución — . ¿sugieres que deje la enseñanza?

— No. Pensaba en algo que no interfiriera en tu trabajo.

— ¿Como por ejemplo?

— La señora Broken se ha despedido hoy. Será definitivo a fin de mes.

No era una respuesta directa, pero Veronica sabía que la señora era la niñera que se ocupaba de los hijos de Buck antes y después de la escuela desde que su mujer había muerto. Ya tenía una pista de lo que se proponía.

— Es una lástima. Sé que a los niños les gustaba.

— Sí, es verdad — dijo Buck cambiando su peso hacia la otra cadera.

El movimiento le acercó al borde del baño y Veronica se deslizó un poco más abajo en el agua. Daisy había sido una morena esbelta y delgada, no una pelirroja baja con abundantes curvas. Veronica no tenía la más mínima intención de que Buck pudiera comparar sus demasiado generosas medidas con las de su esposa.

— Me preguntaba si te plantearías la posibilidad de cuidarte de los niños — dijo Buck con voz profunda y tranquila — . Te quieren mucho. Yo te pagaría lo mismo que a la señora Broken. En total, sólo serían unas 3 horas al día.

Sabía que podía confiar en su palabra. Buck era abogado. A menudo decía que se encargaba del lado feo de la vida, testamentos y propiedades, aunque Veronica nunca había pensado que hubiera algo en él que pudiera ser feo. No obstante, podía contar con que regresara a casa a las cinco de la tarde.

— Tendré que pensarlo, Buck — dijo en voz alta.

— ¿Qué tienes que pensar? Ya conoces a mis hijos. Podían pasar a recogerte por tu aula cuando las clases terminen y venir los tres juntos a casa.

— ¿No crees que Cassy es demasiado mayor para tener niñera? ¿Por qué no se encarga ella de

Eric? Tiene doce años, Buck. Muchas chicas empiezan a trabajar de canguros para otras personas a esa misma edad. Buck no parecía muy convencido.

— Me sentiría más cómodo sabiendo que alguien se ocupa de ellos una hora y media antes y después de la escuela. Le gustas a Cassy. No creo que le dé una rabieta por tener que venir contigo desde la escuela.

Veronica arqueó las cejas. No podía imaginarse a la alegre y vivaracha Cassy cogiendo una rabieta por nada. Sin embargo, asintió.

— Sería una buena solución para tu problema, me gustaría considerarlo. Pero necesito tiempo para pensarlo.

Buck rezongó por lo bajo. Era evidente que había esperado su capitulación sin discusiones.

— Tendrás tiempo suficiente hasta el sábado?

Veronica se encogió de hombros. Al instante se maldijo, el agua danzaba vigorosamente en torno a sus hombros.

— Creo que sí.

Buck se retiró del borde del baño y ella reprimió un suspiro de alivio.

— Bien. ¿Por qué no vienes a cenar a casa y lo hablamos? Los chicos han estado dándome la lata para que te invite. Podremos discutirlo después de que se hayan dormido.

— ¿Qué quieres que lleve? — preguntó ella haciendo un esfuerzo para que el entusiasmo no se trasluciera en su voz.

— No te preocupes — respondió él retrocediendo otro paso — . Yo me encargaré de la cena. Ven a las cinco.

Buck dio media vuelta y se fue. Aquello le recordó vivamente una noche de hacía cuatro años, poco después de que Daisy hubiera caído enferma.

Buck y Daisy se habían peleado a principios de aquella semana. Eric tenía menos de dos años y Cassy estaba en segundo curso. No sabía con exactitud cuál había sido el problema entre ellos, pero recordaba que Daisy le había pedido que se quedara con los niños el sábado por la noche.

— Necesitamos algún tiempo para hablar sin los niños — le había dicho muy seria.

Veronica se había quedado con Eric y Cassy mientras ellos salían a cenar y a ver una película. A Eric le estaban saliendo los dientes, de modo que no había dejado de pasear por la casa con el bebé en brazos en un intento de calmarle. Alrededor de las once, la inquietud había dado paso a una rabieta de llanto y gritos. Cuando Daisy y Buck llegaron, Daisy se había deshecho de él antes de ir al cuarto del bebé.

— La única cosa que le calma cuando se pone así es su madre — le había dicho con una sonrisa. Veronica había protestado cuando Buck insistió en acompañarla a su casa. Sólo vivía a unos cuantos metros de allí, pero él se mostró inflexible. Cuando llegaron al pequeño porche cerrado, Buck no dio muestras de querer irse.

— ¿Qué tal la cena? — preguntó ella.

Buck se encogió de hombros con indiferencia.

— No demasiado bien, ya que quieres saberlo.

Veronica se quedó callada. No deseaba enterarse de los problemas del matrimonio, pero Buck parecía tener necesidad de hablar.

— Tenemos... opiniones muy distintas sobre cómo deberíamos proceder con su tratamiento.

Buck se apartó de ella y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. Los hombros anchos estaban tensos, Veronica oyó que el suspiro que exhaló acababa en un gemido.

— ¡Dios! Estoy muy asustado. ¿Qué haré sin ella? Si muere...

— ¡Sssh!

Actuando por impulso, impelida por la necesidad de reconfortarle, Veronica le puso una mano en la cintura mientras que con la otra le cerraba los labios.

— No adelantes los problemas. Estoy segura de que el médico hablará con ella.

No pudo seguir. Buck le había puesto las manos sobre los hombros. Lentamente, le retiró la mano de los labios y se la colocó sobre el pecho.

— Veronica. Te necesito.

Apretando las manos sobre los hombros, la atrajo hacia sí. A ella se le detuvo el corazón para luego empezar a latir al doble de su velocidad normal. Se dijo que él sólo necesitaba consuelo. Consuelo. Veronica podía ofrecérselo. Permitió que la abrazara mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos.

— Lo sé, Buck. Lo sé.

Entonces la besó. Una explosión de calor arrasó su cuerpo. Era como tocar una cerca electrificada, pero sin dolor. Intentó retirarse, pero él la sujetaba firmemente por los hombros. Volvió a besarla, sacudiendo los cimientos de su mundo. ¿Cómo podía sentirse tan bien cuando sabía que estaba haciendo algo tan reprochable? No protestó, no pudo, mientras él seguía besándola con delicadeza, empujando con la lengua la línea cerrada de sus labios.

Veronica cerró las manos sobre su pelo y abrió la boca.

Del fondo de la garganta de Buck surgió un gruñido. Avanzó la lengua al interior de su boca en una búsqueda ansiosa, sus manos se deslizaron por la espalda para apretarla contra su cuerpo anhelante. ¿Cuánto duró aquel beso salvaje, ardiente, devorador? No lo suficiente.

Lo bastante para que el cosquilleo de la culpa se convirtiera en una avalancha atronadora en su cerebro. ¡Aquel era el marido de su mejor amiga!

Veronica quería acceder a todas sus demandas. Pero una hebra de cordura la forzó a apartarse de sus labios.

— ¿Qué estás haciendo, Buck?

Fue casi un jadeo, pero consiguió llegar hasta él. Las manos se quedaron inmóviles sobre su cuerpo, aunque no la soltó. Veronica volvió a intentarlo.

— Buck, me pareces muy atractivo. Pero los dos queremos a Daisy.

Esto le haría un daño terrible.

— Tienes razón — dijo él apoyando su frente contra la de ella — . No sé qué me ha pasado.

— Locura de luz de luna. Consuelo que se desboca. Ahora, deja que entre y los dos nos olvidaremos de que esto ha sucedido.

Buck asintió, pero tampoco entonces se movió. Al cabo, Veronica empujó suavemente contra su pecho. La soltó y dio un paso atrás mientras dejaba escapar un suspiro largo y quejumbroso.

—! Ah, Veronica! Eres una joya. Una amiga leal de Daisy y mía. Gracias por salvarme de mí mismo.

Levantó una mano y le acarició la mejilla con ternura, después se dio la vuelta y cruzó el césped hasta su casa.

Nunca volvieron a comentar lo sucedido aquella noche. Y Veronica nunca dudó del amor de Buck por Daisy. Conforme la enfermedad avanzó, su devoción se hizo evidente en las horas que permanecía a la cabecera de su lecho, cuidándola dulcemente.

Veronica intentó relajarse sumergida en el agua caliente, pero no pudo disfrutarla. Rezongando entre dientes, se envolvió en la toalla y bajó los escalones. Atravesó descalza el cemento hasta el trastero de su casa y contempló con ojo crítico el montón de ropa para lavar y el batiburrillo de adornos de Navidad, herramientas y otros objetos. Aquello hubiera provocado una de las célebres rabietas de Blad.

Le hubiera echado un sermón, enumerando sus defectos uno por uno... Veronica se obligó a parar. Podía ser desordenada, pero sabía dónde estaba exactamente cada cosa y sabía que no estaba sucio porque no hacía ni una semana que había pasado la aspiradora. No, no iba a permitir que las expectativas de otra persona volvieran a arruinarle la vida.

Como en incontables ocasiones, volvió a pensar en los días ebrios de ilusión y amor de juventud. Había amado a Blad con toda su alma. Quizá por eso excusaba su ira fría y su manera firme de ver las tareas domésticas, sus quejas constantes y sus exigencias de que mantuviera la casa como un quirófano. Veronica se había destrozado tratando de cumplir sus exigencias, sólo para descubrir que nunca lo hacía lo suficientemente bien, que Blad siempre encontraba algún fallo en sus desesperados intentos de complacerle.

Prefería morir antes que permitirle a un hombre volver a destrozarse su autoestima.

El jueves por la noche, Buck estaba de pie, a oscuras en medio de su salón. Cassy y Eric estaban en la cama. Intentaba relajarse después de una jornada de trabajo intenso. ¡Dios! Los días parecían interminables desde que se había convertido en un padre viudo.

Se levantaba al rayar el alba para hacer la colada, después tenía una hora de ejercicio físico en el sótano antes de darse una ducha, levantar a los niños y preparar el desayuno. La mayor parte de esos días les envolvía el almuerzo mientras ellos comían y los dejaba en casa de la señora Broken de camino a su oficina. Habría una ventaja evidente en que Veronica los cuidara, sólo tendrían que ir andando a la casa de al lado para que ella los llevara a la escuela.

Veronica. Había podido ver la felicidad que asomó a sus ojos cuando la había invitado a cenar la otra noche y se había sentido culpable. Demonios, debía sentirse culpable. Cassy y Eric la echaban de menos y siempre iban detrás de él para que les dejara ir a su casa. Ese era uno más de los numerosos roces que había entre Cassy y Buck. Cada vez que Veronica asomaba en el jardín, sus hijos ya estaban fuera de casa. Sabía que ella les tenía cariño y también que era culpa suya mantenerlos lejos de Veronica. Sin embargo, cuando la estupefacción de haber perdido a su mujer había remitido, la culpa ocupó su lugar.

Desde que Veronica se había mudado a la casa de al lado se había sentido atraído por ella. Todavía recordaba la primera vez que se habían encontrado. Daisy la conocía más de una semana antes y ya la había invitado a cenar para darle la bienvenida al vecindario. Buck la había visto desde lejos y, como cualquier hombre con sangre en las venas, se había fijado en las curvas de su cuerpo, pero nada le había preparado para conocer a la pelirroja menuda de ojos castaños, cuyo labio inferior sólo pedía que un hombre la siguiera a su dormitorio. Cuando le había dado la mano, la fuerza de su sensualidad le había golpeado en las ingles hasta casi hacerle jadear. Le había costado un gran esfuerzo ocultar su sorpresa, pero lo había conseguido. Y también había conseguido ignorarla hasta aquella noche...

Dios nunca podría castigarle tanto como él mismo se había castigado por su falta de control. Aunque, pensándolo mejor, había perdido a Daisy y quizá fuera ese su castigo.

Un movimiento en el patio de cemento de la casa vecina atrajo su atención. De inmediato, todo su cuerpo se tensó expectante. Cuando Veronica apareció envuelta en una toalla, grande, se sermonó a sí mismo.

Esto es algo rastrero, Hades, muy rastrero. Despreciable, desagradable. La pobre mujer piensa que nadie la mira.

Veronica dejó caer la toalla y subió los escalones que llevaban al baño. Los dedos de Buck se aferraron a la cortina. ¡Dios, qué hermosa era! La cintura era pequeña, resaltando las redondeces de caderas y nalgas, pero eran sus pechos lo que más le atraía. Grandes y rotundos, se

adelantaban orgullosamente, los círculos de los pezones perfectamente centrados en cada seno blanco. Cuando ella se inclinó para meter un pie en el agua, los pechos se balancearon suavemente.

Buck gimió en voz alta. El sonido agónico despertó ecos en la oscuridad y se apartó de las cortinas para apretarse contra la pared, obligándose a dejar de mirarla. Aquello era una locura.

Se llevó una mano al pantalón del chándal, pero la retiró de mala gana. Podía aliviar su necesidad de la manera más fácil; sin embargo, sabía por experiencia que no conseguiría desear menos a Veronica.

Se dijo fieramente que sólo se trataba de sexo. Le había hecho el amor a Daisy casi cada noche de sus diez años de matrimonio. Su mente podía entender que Daisy había desaparecido, pero su cuerpo reaccionaba como siempre, quena una mujer. Y para acabar de empeorar las cosas, había saboreado a Veronica y sabía que era muy capaz de saciar su sed. Sólo se trataba de eso, simple química sexual.

Había amado a su esposa y había disfrutado del sexo con ella. Pero Daisy se había ido y él seguía siendo un hombre. Hacía cosa de un mes que había descubierto que Veronica tomaba baños calientes. Desde entonces se había convertido en un mirón de la peor clase, observándola todas las noches con las luces apagadas. Le estaba volviendo loco.

Se preguntó si no se habría dado cuenta de que podía verla debajo del agua la otra noche. No, no lo creía. Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para ceñirse a la conversación cuando aquellos hermosos pechos habían flotado justo por debajo de la superficie, prácticamente suplicándole que los tomara entre sus manos.

Anduvo tambaleándose hasta el sofá, donde se dejó caer pesadamente. No podía volver a mirar por aquella ventana o, de lo contrario, tendría que correr hacia ella. La sola idea bastó para que su sangre se rebelara en una excitación dolorosa. No podía hacer otra cosa que admitirlo, deseaba practicar el sexo con Veronica.

A la defensiva, pensó que eso no significaba nada. Aunque estaba demasiado oscuro para ver su cara, contempló el cuadro de Daisy que estaba sobre la chimenea hasta que le dolieron los ojos. Casi podía oír su voz, sentir sus curvas largas contra su costado. Si ella viviera, no estaría allí, consumiéndose por otra mujer. Lo más probable era que la estuviera llevando en brazos a la cama. Estaba aprendiendo a vivir con la ausencia, pero de vez en cuando, el dolor desnudo de su pérdida le pillaba con la guardia baja.

Y había rabia mezclada con aquel dolor. Recordaba las discusiones, la negativa testaruda de Daisy a seguir el consejo del médico, las consultas fútiles con curanderos y herboristas. No podía dejar de preguntarse por qué no había intentado vivir. Por mucho que quisiera ser noble, no podía evitar el sentirse resentido por el hecho de que Daisy no hubiera querido vivir por él, por sus hijos. Si hubiera aceptado los tratamientos que el médico había prescrito, la radiación y la quimioterapia, seguiría viva. Y si Daisy estuviera viva, él no sentiría aquel deseo insaciable por Veronica.

Cassy le abrió la puerta el sábado por la noche.

— ¡Hola, Veronica!

Veronica sonrió. No podía evitarlo. La niña llevaba una falda vaquera tan corta que apenas asomaba por debajo de la camisa de chándal rosa. Era de una talla demasiado grande, como mandaba la moda. Los puños le cubrían los dedos. Unos calcetines rosa, flojos en torno a los tobillos y un pañuelo vaporoso que colgaba de su coleta, completaban el atuendo.

— Hola, Cassy. Bonito conjunto — dijo ella con sequedad

— Gracias — dijo Cassy con una sonrisa resplandeciente. Los doce años no eran una edad para entender sarcasmos — . Papá dice que la falda es demasiado corta, pero sólo es un hombre, ¿sabes?

— Sí, ya me había dado cuenta.

— Tú qué crees? ¿Es demasiado corta?

Veronica inclinó la cabeza para observarla.

— No, creo que está bien para los doce. Pero si tuvieras trece o catorce, seguramente estaría de acuerdo con tu padre.

— ¿Lo dices en serio? — preguntó la niña desencantada.

— Mira, estás estupenda, sobre todo porque tienes las mismas piernas largas de tu madre. Pero cuando seas un poco mayor y los chicos empiecen a fijarse en ti, harás bien en tener más cuidado en cuánto les enseñas.

Cassy se quedó pensativa un momento.

— Te refieres a que no debería llevar ropa que les excite demasiado.

Justamente — respondió Veronica reprimiendo una risa de sorpresa.

Un movimiento detrás de la niña le hizo alzar la vista para descubrir a Buck que la observaba con una expresión peculiar. No parecía enfadado, sino arrepentido, casi como cuando Eric comía demasiados caramelos de los que robaba en la asociación de padres y profesores durante las cenas. La expresión desapareció antes de que pudiera darle una interpretación más precisa.

— Gracias — dijo él — . He tratado de explicarle mis preocupaciones, no es lo mismo.

Para sorpresa de Veronica, la bonita cara de Cassy se distorsionó en una mueca petulante.

— Papá odia todo lo que me pongo.

Veronica no supo qué decir. Sin embargo, era obvio que aquella conversación no era la más oportuna para ese momento.

— Los padres se preocupan por sus niñas, cariño. A veces, no aciertan a explicar las cosas que les preocupan.

Cassy levantó la nariz e hizo que su coleta se balanceara.

— Si eso es verdad, papá debe ser el Rey de los Preocupados. Mamá no me hubiera molestado por la ropa, habría dejado que me pusiera lo que quisiera.

Buck mantuvo el tono de voz tranquilo.

— No actúes como si tuvieras veinte años, Cassy. Y si lo que quieres es pelear conmigo, resérvalo para cuando no tengamos compañía.

El rostro de la niña se sonrojó intensamente. Dio media vuelta y comenzó a subir la escalera.

— Odio que me trates como si fuera una niña.

Desapareció en el piso de arriba. Al momento, oyeron un portazo. Veronica se quedó mirando la escalera con la boca abierta. Nunca había visto a Cassy comportarse de esa manera.

Buck silbó por lo bajo. Después se rehízo y miró a Veronica. El arrepentimiento brillaba en sus ojos.

— Vamos, pasa. No tienes que actuar como si fueras una visita, ya que has presenciado uno de nuestros enfrentamientos cotidianos.

— No envidia ni un segundo los años que te esperan. Recuerdo demasiado bien mi propia adolescencia.

— ¿Quieres decir que todas las chicas se portan igual cuando están creciendo? — dijo él mientras entraban en la cocina — . Gracias a Dios que las hormonas no afectan a los chicos del mismo modo. No podría soportar pasar otra vez por lo mismo.

Veronica pensó que lo mejor sería cambiar de tema.

— A propósito. ¿Dónde está Eric?

— Pamela Onixe, una vecina de la otra calle, se lo ha llevado a natación. Su hijo, Peter, está en la misma clase

— Los conozco. Son buena gente.

Buck pareció tranquilizarse.

— Bien. A propósito, ¿puedes contarme algo de la familia de Dexter Shew? Ha invitado un par de veces a Eric para que vaya a su casa. Yo no le he dejado porque no sé nada de sus padres. Era algo que quería preguntarte por qué me imagino que le conocerás de la escuela.

Veronica recogió una pila de platos y de servilletas que había sobre el mostrador y los llevó a la mesa.

— El pequeño de los Shew es un tormento en la escuela, lo que no quiere decir necesariamente que no sea un buen chico. Sin embargo, he oído algunas cosas sobre su familia. que me preocuparían si fuera hijo mío. Quizá pudieras invitar tú a Dexter en vez de que él vaya a su casa. Buck no respondió de inmediato, Veronica se inclinó... para verle la cara. Miraba los armarios de la cocina mientras se sujetaba del mostrador como si se hubiera mareado. Tenía la frente apoyada contra una de las puertas y los ojos fuertemente cerrados.

— ¿Qué te pasa? — preguntó ella alarmada.

Capítulo 2

Buck dejó escapar un largo suspiro.

— Ser padre y madre a la vez es agotador.

Aunque estaban hablando de Eric, Veronica sabía que los pensamientos de Buck estaban centrados en su hija. Cassy estaba en su cuarto, pero su resentimiento se respiraba en toda la casa, como una presencia palpable. Veronica estaba más afectada por la escena que había presenciado de lo que le hubiera gustado admitir. Y, por supuesto, más de lo que estaba dispuesta a que Buck supiera.

— Imagino que ser el único que mantenga la disciplina te hará pasar momentos de tensión con Cassy. Procura recordar que son cosas de la edad. Cassy era una chiquilla feliz — dijo él agarrándose con más fuerza al mostrador para ocultar el temblor de sus manos — . Se ha convertido en una extraña y yo no sé cómo hablar con ella.

Parecía completamente derrotado. Aunque no quería implicarse en sus problemas domésticos, Veronica se acercó y le dio unas palmadas en la mano con la intención de reconfortarle. El chisporroteo casi audible que produjo aquel gesto inocente hizo que retirara la mano como si se hubiera quemado. Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir la conversación.

— Es una etapa en la que la mayoría de las adolescentes...

— ¡Pero ni siquiera es una adolescente! — exclamó él sin dar señales de que el contacto le hubiera afectado — . Sólo tiene doce años y ya tenemos peleas porque quiere llevar medias y maquillarse. Estoy seguro de que la única razón por la que no me ha pedido un sujetador es porque le da vergüenza. ¿Me puedes imaginar enseñando a depilarse las piernas?

Buck le lanzó una mirada en la que se burlaba de sí mismo. A pesar de que la ironía ocultaba una preocupación seria, Veronica sonrió.

— ¿Por qué no dejas que eche una mano? Me encantaría salir de compras con ella y equiparla si dejas que pase alguna noche conmigo. Intentaré enseñarle lo que tiene que depilar y cómo ha de hacerlo sin cortarse.

Veronica se dio cuenta de que Buck ya no la miraba a los ojos, su mirada estaba fija en los labios. No pudo hablar bajo la intensidad tórrida de aquella mirada.

De repente, la conversación parecía haber derivado por derroteros demasiado íntimos. ¿En qué estaba pensando Buck? Veronica se aclaró la garganta.

— Será mejor que ponga la mesa. Huele como si la cena estuviera lista.

Buck parpadeó. Veronica se dio cuenta de que se sentía incómodo con la intimidad que acababan de compartir.

— Que se encargue Cassy. Tú eres nuestra invitada.

— La verdad es que no me importa...

Pero Buck ya se había acercado al pie de la escalera.

— ¡Cassy! Baja y pon la mesa, por favor.

Buck volvió a la cocina. Sacó los ingredientes de una ensalada y comenzó a cortar espinacas sobre una tabla acrílica. Al cabo de un rato, Cassy reapareció. Le sonrió a Veronica e ignoró con toda intención a su padre mientras que hacía todo el ruido posible al sacar la vajilla.

Veronica se agarró a aquella sonrisa, como una náufraga a su tabla. No había nada que le resultara más odioso que la ira. Los estallidos de ira, aun cuando no le afectaran directamente, la

ponían nerviosa y la hacían sentir fuera de lugar.

— ¿Qué te parece la escuela este curso, Cassy? Me agradó ver que tenías a la señora Melein de tutora.

La coleta de Cassy le azotaba las mejillas mientras rodeaba la mesa.

— La escuela está bien, pero el señor Shurow es un insoportable. ¡Lleva corbata todos los días! Me alegro de que no sea nuestro tutor.

Veronica contuvo la risa ante el juicio que la niña tenía sobre el profesor de matemáticas de sexto curso. Sin embargo, sonrió con todo el tacto de que se sintió capaz.

— ¿Sigues con las lecciones de piano? Me gustaría oírte tocar.

De nuevo, la cara de la niña se distorsionó en una mueca de disgusto.

— Sí, sigo con las clases de piano. Ojalá no. El piano es... una estupidez, ¿sabes?

A Veronica no se le escapó el modo en que Cassy había mirado a su padre al decirlo.

— Cuando yo estaba en el instituto, mi mejor amiga acompañaba con el piano al coro masculino. Tenía todas las citas que quería. Por supuesto, siempre deseé haber dado clases de piano.

Cassy alzó las cejas con interés, aunque en voz alta procuró disimularlo.

— Bueno, te cambio el sitio cuando quieras.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Eric entró a la carrera.

— ¡Hola, Veronica! ¿Te quedas a cenar?

— Hola, Eric. Claro que sí. ¿Qué tal estás? — preguntó agradeciendo la interrupción.

Estaba empezando a arrepentirse de haber aceptado cenar con los Hades.

— Bien. Peter y yo nos hemos duchado solos en el gimnasio hoy.

Veronica abrió exageradamente los ojos.

— Estás creciendo muy deprisa, ¿verdad?

Eric asintió con toda la seguridad de sus seis años. Sonrió dejando ver la mella de un diente que acababa de perder. Sostuvo en alto un guante maltrecho que llevaba en la mano.

— Mira, ya juego al béisbol. Hoy no he fallado ni una cuando me ha tocado batear.

— ¡Pues menuda cosa! — se burló Cassy — . Cualquiera le puede dar a una pelota estúpida si te la ponen en un soporte delante de las narices.

— ¡Mentira! — exclamó Eric en tono beligerante.

— Estoy de acuerdo contigo, Eric — intervino Veronica revolviendo el pelo al pequeño mientras le guiñaba un ojo a Cassy con la esperanza de que se creyera tratada como una persona adulta — . Yo juego fatal. Nunca acertaría todas las bolas a la hora de batear.

Para su alivio, Cassy le devolvió el guiño con aire conspirador y el ambiente se relajó hasta que Buck se acercó a la mesa con el guiso. Entre él y Cassy acabaron de servir la mesa. La comida no era elegante, pero Buck había hecho un buen trabajo con el guiso de pollo y la ensalada de espinacas.

— ¡Guau! ¿Dónde has aprendido a cocinar? — preguntó Veronica.

Buck la miró con seriedad desde el otro lado de la mesa.

— Sé leer y hay libros de cocina. — dijo Cassy — . Hace casi un año que le dije a papá que yo cocinaría si él me dejaba.

— Nos estábamos poniendo malos de tanto perrito caliente — añadió Eric.

— Pues a mí me gustan — dijo Buck.

— A nosotros también — dijo Cassy moviendo la coleta como si fuera un caso perdido — . Pero no todos los días, papá.

Tras la cena, Veronica engatusó a los niños para que ayudaran a su padre a fregar los platos.

Después jugaron a un juego de mesa que Cassy ganó para enorme disgusto de Eric. Tuvieron que cambiar el tablero por un juego de cartas que era el preferido del niño. Cuando Eric les ganó abrumadoramente y se hubo jactado lo suficiente, Buck los mandó a prepararse para meterse en la cama.

Veronica deseaba que no tuvieran que acostarse. Los niños hacían de colchón entre Buck y ella, en su presencia se evitaba toda discusión seria. Sabía que le iba a preguntar qué decisión había tomado respecto a su oferta, pero también sabía que no le iba a gustar su contestación. Veronica dio vueltas por el salón mientras él les deseaba buenas noches a sus hijos. Se entretuvo ojeando los libros y las revistas que estaban esparcidos por todas partes. La voz de Buck sonó a su espalda.

— ¿Has tomado una decisión?

Veronica asintió sin darse la vuelta.

— Sí, pero...

— Se portan bien la mayoría de las veces. Parece que Cassy reserva para mí sus momentos de hostilidad. No te darán problemas. Y yo me sentiré mucho mejor dejándolos en manos de alguien en quien puedo confiar.

Veronica se sintió muy mal. Quería hacerlo todo a un tiempo, tranquilizar su conciencia por la promesa que le había hecho a Daisy y calmar a Buck. Pero, simplemente, era imposible.

— Buck, no puedo — dijo y lo miró a los ojos — . Ojalá pudiera, sabes que me encantaría, pero no puede ser.

— ¿Por qué no?

Había un gesto agresivo en su boca. Veronica supo que no se había dado por vencido. Suspiró. Tendría que contárselo todo.

— Necesito un segundo trabajo.

— Perfecto. Entonces esto...

— No. No lo entiendes. Necesito encontrar una ocupación para las tardes y los fines de semana. Necesito más dinero del que ganaría cuidando los niños.

Buck se mantuvo callado mucho tiempo. Veronica podía oír el reloj de la chimenea en medio del silencio.

— ¿Por qué necesitas tanto ese dinero? — preguntó él al final.

Veronica entrelazó las manos, tuvo que apartar la vista para hablar.

— Hace tres años que mi madre tuvo que ingresar en una clínica. Padece una artritis que ha empeorado en los últimos tiempos. No puede valerse por sí misma.

— ¿No disponía de ahorros ¿Algún dinero, el producto de haber vendido su casa o algo parecido?

Buck siempre era lógico y analítico, veía los problemas desde un aspecto práctico

— Sí, las dos cosas, pero no era demasiado. Está a punto de agotar todos sus recursos.

— Y tú pretendes encargarte de los gastos.

— Exacto.

— Tiene que haber alternativas más baratas, Veronica. ¿Has comparado precios? Quizá si te informaras con más...

— No podría hacerle una cosa así — le cortó ella impaciente — . La clínica está muy bien. Es un sitio limpio, no huele mal como otras muchas que hemos visitado, y tiene la compañía de otra gente de su misma edad. Además, no quiero ni pensar cómo le afectaría otro cambio. Fue terriblemente duro para ella separarse de nuestra antigua casa y de todas sus cosas.

— ¿Y no cubre los gastos su seguro médico?

Buck no se rendía. Aquel gesto de su boca todavía delataba su determinación.

— Los cubre, pero no del todo.

— ¿Has pensado en traértela? La verdad es que hay sitio de sobra en tu casa.

Veronica se preguntó si no sería censura lo que detectaba en su tono. La idea de que la juzgara cuando no sabía nada de aquella historia no le sentó bien.

— Mi madre y yo hemos tenido algunas diferencias en el pasado. No creo que sea feliz dejando la clínica y, sinceramente, yo tampoco me sentiría muy a gusto con ella.

Buck volvió a quedarse callado. El ambiente de la habitación se hizo de repente opresivo, acusatorio. No pronunció palabra, pero su expresión lo decía todo.

Veronica no estaba acostumbrada a tener que explicarse. Pero, ¿por qué le preocupaba lo que él pudiera pensar? Sin embargo, la desaprobación de Buck le dolía, aumentando su incomodidad hasta que acabó estallando.

— No te atrevas a juzgarme, Buck Hades. No tienes ni idea de lo que era mi vida con ella. Como si no hubiera sido suficiente con que Blad destrozara mi autoestima, la confianza en mí misma y mi amor. Ni siquiera cuando su segundo matrimonio fracasó el año pasado, mi madre estuvo dispuesta a cambiar de opinión. Cuando voy a visitarla siempre encuentra algún resquicio para sermonear con mis fallos en el matrimonio.

Con un gesto de amargura se dio la vuelta. Sentía un escozor peligroso en los ojos. No quería llorar. No podía llorar delante de él.

Entonces sintió las manos de Buck sobre sus hombros y se sobresaltó.

No le había oído acercarse.

— Veronica — dijo con voz ronca.

Veronica era tan consciente de su cuerpo y del calor que fluía desde sus manos que apenas pudo escuchar lo que decía.

— Lo siento. No quería darte la impresión de que pienso que estás obligada a traerla a tu casa. Daisy me contó lo que sucedió en tu matrimonio, hiciste muy bien en marcharte.

Las manos se deslizaron por sus brazos para acabar entrelazándose con sus dedos. Su corazón latía con fuerza. Se preguntó por qué tenía que afectarle tanto que él la tocara. Sus ojos verdes eran tan oscuros e intensos que ella no pudo mantenerle la mirada y bajó la vista al suelo. Fue un error porque quedaba muy poco espacio de suelo visible entre sus cuerpos, un espacio tan pequeño que se podía cruzar sin esfuerzo.

— No volveré a presionarte con lo de los niños — dijo él por encima de su cabeza — . Entiendo que necesites encontrar otro trabajo en el que ganes más.

Veronica liberó sus manos. Si permitía que siguiera tocándola, perdería el control de sus actos.

— Gracias — dijo ella esforzándose por encontrar su voz — . Pero tengo que pedirte un favor.

Buck arqueó una ceja en una pregunta silenciosa.

— ¿Te ofrecerías a darme referencias? Me conoces más que nadie en esta zona y voy a necesitarlas para buscar un empleo.

— Estaré encantado de ayudarte, cuenta conmigo — dijo con una voz más grave de lo habitual.

Pareció mirarla con otros ojos. No era una sonrisa exactamente lo que expresó su mirada, sino una sensación cálida que le produjo escalofríos de inquietud.

— ¿Buck? ¿Qué pasa?

— Nada — dijo con un brillo plateado en sus ojos — . ¿Recuerdas la noche en que te besé?

La sangre hirvió en sus venas. Estaba asombrada. No había esperado que él se refiriera alguna vez a ese episodio.

— Yo he estado pensando en ese beso durante años — dijo él en voz baja — . Me parece que

voy a tener que averiguar si somos tan buenos juntos como yo recuerdo.

Automáticamente, ella abrió la boca para protestar, para pedirle que repitiera lo que acababa de decir. Pero antes de que pudiera salir de su estupor, Buck la abrazó con un movimiento lento, cerrando el pequeño espacio con el que ella había fantaseado sólo unos segundos antes.

Se quedó sin aliento al sentir su cuerpo grande y firme contra ella mientras llevaba la boca a sus labios. Por un instante, se quedó inmóvil, los labios inertes, incapaz de responder a sus demandas.

Entonces, saliendo de su ensimismamiento, sintió el beso con la intensidad de una descarga eléctrica, la posesión de su boca, la aspereza de sus mejillas, el pecho grande y firme contra ella, la hebilla de su cinturón clavándose en su torso.

Aquello no era un beso apresurado del que se hubiera arrepentido antes de empezar. Aquello era todas las fantasías que había soñado desde el primer beso furtivo, todos los pensamientos eróticos que le habían pasado por la cabeza antes de que se hubiera recordado que era el marido de su mejor amiga. Unos relámpagos ardientes se adueñaron de cada célula de su cuerpo. Cuando el aroma de hombre excitado se mezcló con el de su colonia y el calor del cuerpo grande que la rodeaba, Veronica se rindió al deseo urgente de conocerle por completo y se dejó caer inerte contra él mientras le echaba los brazos al cuello.

Presintiendo su rendición, Buck la inclinó. Un brazo musculoso la sujetó mientras que la otra mano bajaba hasta abarcar sus nalgas, presionando para conseguir un contacto más íntimo con él. Veronica pudo sentir su erección, imposible, dura, pesada, apretando contra su vientre. Su propia excitación se desbocó agresiva en un intercambio de besos anhelantes, uniéndose con abandono, como si se hubieran conocido a diario, como si hubieran compartido mucho más que un único beso. Le acarició la nuca, enredando los dedos en su pelo, sorprendiéndose de su tacto sedoso.

Buck gimió. La mano que la sujetaba se deslizó por debajo del jersey. La otra siguió su camino hacia abajo hasta acariciarle la parte trasera de los muslos. De una manera confusa, Veronica se dio cuenta de que le estaba levantando la pierna para llevársela a la cadera, en torno a su cintura. Como una enredadera que hubiera caído al suelo sin sostén, enarcó la pierna a su alrededor, permitiéndole presionar contra la uve de su sexo. La seducción descarada de su beso se hizo más apremiante, todo su cuerpo la empujó mientras la mecía hacia delante y atrás sin aflojar la presión.

A Veronica ni se le pasó por la mente rechazar. Durante años había acumulado anhelos y fantasías sobre Buck, aunque conscientemente se había negado a reconocer lo mucho que la había provocado aquel primer beso. Desde aquel momento, se había dicho que no era más que un hombre muy atractivo que estaba casado con una persona muy querida para ella.

Veronica fue arrancada de, la catarata sensual que la envolvía en una mezcla de placer y dolor a la que no estaba acostumbrada por una caricia ruda en su seno. Las nubes de la pasión se aclararon momentáneamente y se dio cuenta de que la mano bajo el jersey había sacado un seno de la escasa protección del sujetador. A pesar de los chispazos de puro placer que sacudían su cuerpo, las alarmas empezaron a sonar en su cabeza.

— ¡Para!

¿Qué estaba haciendo? Frenética, bajo la pierna que ceñía su cadera y se apartó de él, mientras le cogía de las muñecas para que apartara las manos de su cuerpo.

— Buck, tienes que parar — murmuro.

— ¿Por qué? — jadeó él junto a su oído,

Veronica volvió la cabeza para evitar el contacto con su boca ardiente, pero él no aceptó su retirada. Se limitó a coger entre sus labios el lóbulo para mordisquear y acariciarlo con la lengua.

Ella le agarró del pelo y estiró hasta que consiguió establecer una distancia segura.

— Porque lo que hacemos no es correcto.

Por desgracia, al tener ella las dos manos ocupadas, las de Buck quedaron libres. Inmediatamente, se las puso en la espalda y volvió a apretar contra él. Los dos se quedaron sin aliento ante la excitación de un contacto tan revelador e íntimo. Buck dejó escapar una carcajada breve y dura.

— A mí me parece que es lo más correcto que he hecho en mucho tiempo.

— Sabes de sobra a qué me refiero — insistió ella.

Se sentía completamente desnuda, mirándole a los ojos. Una parte muy recóndita de ella notó que sus iris no eran del todo verdes como parecían desde lejos, sino que había trazos de oro, bronce y negro entre esmeralda. Buck contempló sus labios.

— ¿Por qué perdemos el tiempo hablando? Bésame otra vez, Veronica.

Aunque el sonido de su nombre en esos labios le produjo escalofríos de placer, hizo un gesto negativo con la cabeza, intentando librarse de la atracción hipnótica que ejercía sobre ella.

— No. Sería una locura que nos enamoráramos.

Pareció que aquellas palabras hacían vibrar una cuerda sensible en su interior. Buck alzó la vista para mirarla a los bien a los dos. Sin sentimientos, pero también sin riesgos. Sería un acuerdo perfecto.

Su voz era persuasiva. Hablaba mientras sonreía, sin embargo, no dejaba de observar atentamente sus ojos. Bajó la cabeza para besarla con toda su habilidad. Pero había roto el abandono del momento y Veronica no respondió a su caricia. Las palabras de Buck habían abierto una herida. En la vida de Veronica no había habido amor desde que salió del matrimonio con el orgullo hecho trizas. Había procurado mantenerse ocupada lo máximo posible para no tener que plantearse el futuro. Pero que Buck lo planteara con aquella crudeza lo convertía en un asunto insoslayable. Necesitaba amar, y para amar tenía que entregar su corazón, tenía que volver a creer en alguien. Y no se sentía capaz de eso. No podría sobrevivir si destrozaran sus sueños por segunda vez.

Pero cuando contempló el paisaje extenso y vacío que era su futuro, su corazón se estremeció de dolor al pensar que nunca tendría una familia. Nunca llevaría un hijo en sus entrañas, nunca conocería la emoción de verle crecer.

Sólo le quedaba envejecer sola, enfrentarse a la tristeza de las vacaciones sin compañía por el resto de su vida. No, no podía decir con toda sinceridad que quisiera vivir sola. Quizá existiera alguien como ella, alguien que no quisiera entregar su corazón, alguien que se contentara con la amistad y el afecto, y con un sexo cálido y reconfortante.

Un hombre con el que no corriera peligro de enamorarse. Con una claridad terrible, se dio cuenta de repente de lo vulnerable que era ante Buck. Era capaz de despertar en ella sentimientos que era mejor olvidar. Buck Hades era muy capaz de llegar hasta su corazón... y destrozarlo.

Se apartó de él con un último esfuerzo. Anduvo algunos pasos por el salón antes de darse la vuelta.

— No, Buck. No sería un acuerdo perfecto.

Girando sobre sus talones, atravesó la cocina a oscuras y recogió su abrigo del recibidor. Buck no fue detrás de ella y Veronica suprimió de su mente una estúpida fantasía en la que él le suplicaba que se quedara, venciendo su débil resistencia con una ternura arrolladora.

A menudo salía a dar un paseo después de cenar. Desde aquel fin de semana, cuando el deseo se les había vuelto a escapar de las manos, Buck se había dedicado a vigilar su casa, como el

criminal acechante de una mala película. Sabía que ella desconfiaría después de lo que había pasado entre ellos, pero estaba decidido a volver a establecer contacto.

Siempre se guiaba por su instinto cuando estaba muy metido en un caso y tenía un presentimiento similar con Veronica. Sin embargo, no quería examinar muy a fondo los motivos que le impulsaban a hacerlo.

El jueves siguiente a la noche, Cassy y Eric se habían marchado a casa de sus respectivos amigos para pasar la noche. Como por casualidad, Buck salió a pasear por el césped cuando la vio aparecer con su chándal y las zapatillas deportivas. Conforme se acercaba, vio que ella se paraba en seco y que una expresión de pánico y perplejidad cruzaba por sus ojos azules antes de que pudiera obligarse a sonreír.

— Buenas noches, Buck.

— Hola. ¿Te importa si te acompaño? He visto que salías a pasear y se me ha ocurrido que a mí también me sentaría bien un poco de ejercicio.

— No, no me importa — dijo ella sin mirarle — . Creía que trabajabas con tu aparato de remos y con las pesas por las mañanas.

Buck maldijo para sus adentros. Pretender que necesitaba ejercicio había sido una estupidez. Veronica le conocía demasiado bien.

— Todavía lo hago. Me siento bien levantarme temprano y dedicar una hora a cuidarme antes de que comience el ajetreo. Hemos cenado mucho esta noche y necesito bajar un poco la comida, Veronica estaba de pie, mirándole con una sonrisa enigmática. Al final, para que echara a andar, Buck la cogió del brazo y la llevó hasta la acera. Sin perder un segundo, Veronica puso un paso de distancia entre los dos.

Anduvieron a buen ritmo para quemar unas cuantas calorías. A Buck no le extrañó que la hubiera sentido tan firme bajo sus manos. Ya sabía por sus observaciones que sus paseos solían durar una hora.

La miró de reojo y quedó cautivado por el modo en que sus senos se movían bajo la sudadera verde y oro. Se balanceaban suave, dulcemente, siguiendo la cadencia de sus pasos. Primero se movían hacia la izquierda, después hacia la derecha. Él siempre había creído que las mujeres llevaban sujetadores especiales para evitar aquello. Aunque, pensándolo bien, quizá llevara tino. Reconstruyó una imagen mental de Veronica levantándose del baño caliente y tuvo que reconocer que un sujetador deportivo oprimiría demasiado aquellos encantadores senos. A pesar del ejercicio vigoroso, se dio cuenta de que su cuerpo empezaba a reaccionar con sus fantasías. Sería mejor que ocupara su mente en otra cosa antes de que ella se diera cuenta de que estaba babeando.

— ¿Recuerdas que me recomendaste invitar a Dexter Shew a que pasara una noche con Eric? Veronica alzó una ceja.

— No recuerdo que lo dijera con esas mismas palabras. Lo que dije fue que podías invitarle antes de dejar a Eric que fuera a su casa. ¿Le has invitado?

Buck asintió mientras sonreía sarcásticamente.

— Justo. El pequeño Dexter es demasiado intenso, ¿verdad?

— Algo parecido — dijo ella riendo — . ¿Te ha destrozado la casa?

— Los mandé a jugar al sótano — dijo él dando gracias de que Veronica volviera a relajarse en su compañía — . Cuando oí unos ruidos verdaderamente alarmantes, bajé a ver qué ocurría. Habían amontonado todos los juguetes en el centro del cuarto de juegos. Eric y Dexter eran paracaidistas. Habían vaciado todas las estanterías y se lanzaban desde ellas con fundas de almohadas, como paracaídas.

— ¿Y qué hiciste? — preguntó ella abriendo mucho los ojos.

— Dexter recibió una lección sobre limpieza doméstica antes de irse a su casa — contestó él sin dejar de sonreír — . Pero eso no fue todo. Cuando bañé a Eric, estaba jugando con un soldado de plástico, haciéndole hablar y luchar en el agua. Le oí un vocabulario de lo más expresivo.

— ¿Cómo por ejemplo? — Buck se lo dijo.

— Será una broma.

— En absoluto. Eric me contó que Dexter empleaba esas palabras.

— ¿Dónde crees que ha podido aprenderlas?

— Tiemblo de pensar cómo debe ser la casa de ese vino.

— ¿Qué le dijiste a Eric?

— Que los hombres de verdad no necesitaban usar esa clase de palabras para ser duros, que era algo más propio de blandengues.

— Un enfoque muy interesante — dijo ella sin disimular su aprobación.

— Luego lo advertí de que le pondría el trasero como un tomate si volvía a oírle algo parecido. Veronica soltó una risa. Buck se dio cuenta de que disfrutaba hablando con ella, le encantaba aquella atmósfera de confianza. Se le ocurrió que podía tomar de aquellos paseos nocturnos una costumbre, y aunque si ella conseguía trabajo, no podría seguir paseando

— ¿Has encontrado ya otro trabajo?

De inmediato se arrepintió de haberlo preguntado.

Veronica puso una cara seria y sus hombros se hundieron visiblemente.

— Sí. Empiezo en el restaurante marino de Flymm este fin de semana.

— ¿De camarera?

— De momento no. Trabajaré como ayudante unos cuantos meses y luego me enseñarán a servir las mesas. Lo que yo espero porque el negocio marcha bien y algunas de las chicas me han dicho que las propinas son sustanciosas.

— Vas a andar muy escasa de tiempo libre con dos empleos.

Buck se esforzó para que no notara el horror que le producía.

Veronica iba a quedar exhausta.

— Lo sé. Pero no tengo más remedio que hacerlo.

Pasearon unos minutos en silencio. Al cabo, ella le preguntó sobre los casos que llevaba entre manos. Le contó el caso de las dos hermanas que se habían presentado en su bufete la semana anterior para discutir el reparto de la fortuna de su madre.

— La madre es cliente mía. Me sorprendió un poco pensar que no había tenido noticia de su muerte, pero cabía dentro de lo posible. Al expresarles mis condolencias, la mayor dijo, «Oh, no, señor Hades. Mamá no ha estirado la pata todavía. Sólo queremos asegurarnos de que todo está bien repartido para cuando muera».

— Espero que le hayas aconsejado a la pobre mujer que deje todo su dinero a Greenpeace o algo parecido. Esas dos arpías no se merecen ni un céntimo.

— Es una idea tentadora — dijo él mientras recordaba algo — . Daisy archivaba mis documentos cuando empecé. Leía todo lo que tenía que archivar y más de una vez tuve que detenerla porque pretendía presentarse en casa de alguien que había abandonado a su mujer y a sus cuatro hijos para leerle la cartilla. Al final tuve que prohibirle que fuera al bufete.

— Me lo creo. Siempre tuvo muchas energías. Recuerdo el año en que era al mismo tiempo presidenta de la asociación de padres y profesores, gerente de la campaña de recogida de fondos para la iglesia y coordinadora del grupo de juegos de Cassy. Solía decirme que se sentía como un juglar que mantenía las pelotas en el aire sin apenas tocarlas

— Le encantaba estar ocupada, vivir al borde de la locura organizativa.

Buck estaba un poco sorprendido de ver que, sin hacer ningún esfuerzo especial, podía soportar hablar de su mujer con Veronica.

— Yo misma fui uno de sus proyectos no oficiales cuando nos conocimos — dijo ella un tanto divertida — . Había decidido sacarme del aislamiento en el que me había encerrado tras mi divorcio.

— Lo intentó con todas sus fuerzas — corroboró él — . ¿Te acuerdas de la fiesta que organizó para presentarte a ese tipo que vive con nueve gatos? Nunca olvidaré la cara que pusiste mientras él te contaba los problemas capilares de su gata preferida y lo mucho que se gastaba para solucionar el problema de incontinencia del gato.

— Sí, y recuerdo que fuiste tú quien me rescató. Le dijiste que era alérgica a la caspa de los gatos.

— Sí, me las distes — repuso él, serio — . Cuando Daisy se puso enferma. No sé lo que hubiera hecho sin ti. Cuidaste de los niños y de las tareas de la casa. Y te encargabas de entretener a Daisy cuando yo estaba tan cansado que ni siquiera podía pensar.

— Yo no...

— Tú sí. Nos ayudaste sin preocuparte de ti misma. Daisy no hubiera podido encontrar nunca una amiga mejor que tú. Ni yo tampoco.

Parecía que no quedaba gran cosa por decir después de aquello. Regresaron en silencio y Veronica se apresuró a meterse en su casa sin apenas despedirse.

Buck deseó pedirle que volviera, que saliera con él, pero sabía que ella se negaría. Había sido una torpeza utilizar el atractivo físico para derribar sus defensas. Ahora se encontraba en el punto de partida.

Capítulo 3

Dos meses más tarde, Veronica recogió los exámenes que se había llevado a casa para corregir y los metió en la cartera que usaba para ir a la escuela. Era la hora de presentarse en el trabajo número dos. Si se daba prisa, todavía podía hacerse un emparedado y comérselo mientras se ponía el uniforme.

Bah. Demasiadas molestias. En realidad, no tenía hambre. Subió las escaleras pensando en que lo único bueno de tener dos trabajos era la pérdida de apetito. Siempre estaba demasiado ocupada como para comer. Había perdido más de cuatro kilos en las últimas semanas y su figura había salido ganando, usaba una talla menos que antes. Le agradaba... ¿A quién le preocupaba que sus compañeros de trabajo le hubieran dicho que estaba demasiado delgada?

Su uniforme olía a marisco, por mucho que lo lavara a mano cada una de las cuatro noches que trabajaba durante la semana. Se miró en el espejo, el borgoña del uniforme le sentaba como un tiro a su color de pelo. Siempre había tenido que llevar cuidado con los tonos rojizos, aquella era una de las combinaciones más desafortunadas. Hizo una mueca de disgusto, pero no podía hacer nada para cambiarlo. El administrador del restaurante había escogido esos uniformes unas semanas antes de que la contrataran, todo el personal estaba obligado a llevarlos.

Se dijo que no tenía por qué tomárselo tan a pecho, al fin y al cabo no había nadie a quien impresionar. Cuarenta minutos después, salía de la cocina con una bandeja de gambas sobre hielo que puso en un expositor de cristal. Se acarició las sienes con gesto distraído, tratando de recordar qué debía hacer a continuación a pesar del dolor de cabeza. La molestia que sentía en la garganta le advirtió que probablemente se había resfriado, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso, con un vistazo rápido se aseguró de que no había clientes que sentar o que atender. Se dedicó a quitar mesas y a cambiar los manteles y los cubiertos. Estaba haciendo una cuenta cuando entraron nuevos clientes.

Veronica alzó la cabeza con una sonrisa automática que se le heló en los labios al ver a Buck delante de ella.

— Hola, Buck. Bienvenido a Flymm's. Estaré contigo dentro de un momento — recitó antes de prestar atención a dos señoras mayores que esperaban su cambio.

Sus dedos se negaban a obedecerla y podía sentir que se sonrojaba por oleadas. Maldijo fieramente su suerte.

No le había visto desde la noche en que habían paseado juntos, a excepción de unas pocas ocasiones en las que uno de los dos subía o bajaba de su coche. Sin embargo, había soñado varias veces con él, sueños eróticos de los que se levantaba, sintiéndose sola e insatisfecha y, para ser sincera, sexualmente frustrada. Volvió a maldecirle por destruir la poca tranquilidad que quedaba en su vida. Antes de que volviera a besarla, había llegado a convencerse de que no quería, de que no necesitaba, otro hombre en su vida.

Ahora ni siquiera podía pensarlo sin cruzar los dedos supersticiosamente por si una centella la dejaba reducida a un montón de cenizas humeante. Acabó con la cuenta de las señoras y salió del mostrador de recepción, cogiendo con gesto seguro un menú mientras andaba. Se acercó a Buck con una sonrisa firme en el rostro y el temblor de sus manos cuidadosamente escondido.

— ¿Sólo uno? Hay una mesa libre por aquí, sígueme.

Se dio la vuelta, pero él la retuvo del brazo.

— Veronica. Esto es ridículo.

— ¿Qué tiene de ridículo?

El calor de sus dedos le quemaba la piel a través de la blusa, reforzando la excitación súbita que se esforzaba por dominar. Intentó soltarse y hablar en voz baja para no llamar la atención, pero él no se lo permitió. Veronica comprendió que no podría librarse de él a no ser que se enzarzara en una especie de pelea. Una de las camareras le lanzó una mirada interrogante al pasar por su lado. Buck aumentó la presión sobre su brazo.

— Este trabajo, eso es lo ridículo.

— Yo creo que es un trabajo muy decente, en absoluto ridículo.

Siguió andando hacia la mesa y Buck la siguió sin soltarle el brazo.

— La estupidez no va contigo. Has perdido mucho peso y tienes ojeras permanentes. Debes estar exhausta, no puedes seguir así.

Veronica pensaba lo mismo, pero su barbilla se alzó ante el tono autoritario de su voz. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

— Tampoco considero que cuidar de mi familia sea una estupidez.

— Deja que te preste dinero con un interés de amigos.

— ¿Y cuánto duraría? Necesito unos ingresos permanentes. Además, no tengo otra opción.

Miró por encima del hombro.

— Siéntate y deja que me vaya. Vas a conseguir que tenga problemas.

— Sólo quiero ayudarte.

Buck la soltó y se sentó a la mesa. Sin embargo, cuando ella se disponía a irse, la retuvo por las muñecas.

— Tú nos ayudaste cuando lo necesitábamos. ¿Por qué no dejas que te ayude ahora?

Veronica lo comprendió al fin con un sentimiento de revelación. ¿De modo que se trataba de eso? Buck intentaba retribuirle los cuidados con que había tratado a Daisy durante su enfermedad. ¿Por qué, entonces, le parecía tan deprimente aquella idea?

— No quiero tu ayuda — dijo ella con más dureza de la que pretendía — . Todo lo que hice por Daisy, lo hice porque la quería. Lo último que aceptaría es una recompensa de ti.

Las palabras flotaron en el aire un momento. Los ojos de Buck se oscurecieron, pero la soltó. Cuando habló, su voz era tan profunda y helada que ella comprendió que había cruzado una línea invisible para ofenderle mortalmente.

— Ha sido un error por mi parte. Considera retirada la oferta.

Veronica no conseguía quitarse de la cabeza el recuerdo de su último encuentro con Buck. Pero en el transcurso de la semana, el resfriado se transformó en una enfermedad que la dejó sin fuerzas para seguir luchando. El jueves siguiente, Veronica salió como pudo de la escuela y se dejó caer sobre el sofá al llegar a su casa. La cartera estaba llena de trabajos sin calificar. Sabía que debía hacerlo, pero la esperaban en el restaurante en una hora y media. Se sentía tan mal que pensó que lo mejor sería echar una cabezada antes de ir a trabajar.

Subió la escalera con lentitud. Le dolía la cabeza y tenía la garganta inflamada. Había pasado toda la tarde sufriendo periodos alternativos de frío y calor. Buscó en el botiquín una medicina para el resfriado y se metió bajo las mantas después de poner el despertador para que sonara a las cuatro y media. Aquello le dejaba inedia hora para vestirse y llegar al restaurante, tenía tiempo de sobra.

Cuando se despertó, lo primero que notó fue que la habitación estaba a oscuras. ¿A oscuras? Una sensación de pánico la invadió mientras apartaba las mantas, pero al ponerse de pie el cuarto

empezó a girar a su alrededor. Gimió y alargó un brazo. Encontró la madera, suave y fría, de la cabecera de la cama. Se sentó hasta que el mareo pasó. Abrió los ojos cautelosamente. El reloj digital marcaba las ocho y veintidós.

— ¡Oh, no!

Tenía que haber entrado a trabajar a las cinco. Frenética, Veronica se puso el uniforme y se lavó la cara. Le dolía la cabeza y una extraña desorientación la obligaba a caminar apoyándose con una mano en la pared, pero sólo pensaba en llegar a su trabajo. En un rincón de su mente se daba cuenta de que aquella idea lija era muy poco racional, pero sus pensamientos eran demasiado caóticos como para que pudiera verlo con claridad.

Se sintió aliviada cuando consiguió entrar en el coche. Sentarse le ayudaba a disipar un poco la sensación de mareo. Detuvo el coche en el aparcamiento del restaurante unos minutos más tarde y echó a correr hacia la entrada de personal. Tuvo que detenerse y buscar apoyo en la pared hasta que el mundo cesó de girar. Llenó de aire sus pulmones y abrió la puerta.

Todo se arreglaría ahora que ya estaba en el trabajo. Mientras dejaba el abrigo en una percha y el bolso en su taquilla, una de las camareras entró corriendo en la cocina con un pedido. Se quedó mirándola con la boca abierta.

— ¿Dónde demonios te habías metido?

— Me he quedado dormida.

Para su sorpresa, su voz salió en un graznido. No intentaba hablar desde que había salido de la escuela. Tenía la garganta tan inflamada que apenas podía arrancarle un sonido.

— Llévate cuidado con Jonny, está que echa chispas contigo.

La camarera levantó una bandeja de aperitivos por encima de su cabeza y se apresuró a volver al comedor. Veronica hizo una mueca. Si podía aguantar aquella noche, le pediría a Jonny que la sustituyese para el día siguiente. Tendría que llamar a la escuela para decir que estaba enferma, pero lograría quedarse en la cama un día entero, era algo que necesitaba urgentemente. Sin apartar la mano de la pared, anduvo hacia el mostrador de recepción. Pero antes de llegar a la puerta, ésta se abrió y Jonny, el administrador, entró hecho una furia en la cocina.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — preguntó plantándose delante de ella y bloqueando el paso con su cuerpo diminuto.

— Yo... Jonny, lo siento — gimió ella — . He estado enferma y me he quedado dormida...

— ¿Te has quedado dormida? — preguntó Jonny con el rostro rojo de ira — Las camareras no dan abasto porque tienen que cambiar ellas mismas sus mesas, la cocina lleva cuarenta minutos de retraso en las órdenes porque yo he tenido que recibir a los clientes y hacerles la cuenta. ¿Y todo porque tú te has quedado dormida?

— Lo siento mucho. No volveré a suceder.

— ¡Maldita sea! ¡Claro que no volverá a suceder! — exclamó él, como si escupiera las palabras

— ¡Necesito gente de la que pueda fiarme! Estás despedida, puedes irte a tu casa.

— ¡Jonny! ¡Necesito el empleo! De verdad que lo siento mucho. No se repetirá.

Pero el administrador ya le había dado la espalda.

— Tengo mucho trabajo. Entrega el uniforme mañana y encontrarás tu liquidación esperándote.

Sin más, Jonny volvió al comedor. Ella se quedó inmóvil, incapaz de creer lo que había oído. Poco a poco, la verdad comenzó a penetrar en su cerebro. ¡La habían despedido! ¿Qué iba a hacer? Cruzó la cocina para salir, pero tuvo que apoyarse contra el metal frío de la puerta.

— ¡Eh, Veronica! No olvides tu abrigo — dijo el chef con una expresión amistosa — . Ese Jonny es una rata miserable. Jamás le da a nadie una segunda oportunidad. Al menor error te encuentras de patitas en la calle.

Los brazos fuertes del jefe de cocina la ayudaron a ponerse el abrigo.

Después le pasó la correa del bolso por la cabeza.

— Niña, tienes muy mala cara. Ve a casa y ponte bien. No necesitas este maldito trabajo.

— Pero sí que lo necesito — murmuró ella mientras cruzaba el aparcamiento — . Necesitaba ese trabajo.

Lloraba al poner el coche en marcha. Tenía que pagar el plazo de su hipoteca y había contado con el dinero del fin de semana para hacerlo. Y el recibo del teléfono estaba a punto de vencer. Y, para colmo, tenía que empezar a ahorrar para pagar los impuestos. Gracias a Dios que acababa de enviar un cheque jugoso a la clínica de su madre.

La cuestión era de dónde iba a sacar el dinero para el mes siguiente. Las lágrimas corrieron a raudales y sus hombros empezaron a sacudirse. Unos sollozos profundos y angustiados desgarraron su garganta. Casi no veía las líneas de la carretera mientras salía de la ciudad camino de su casa. Le extrañó, pero echó la culpa al llanto.

Con un gran esfuerzo, consiguió llegar a su barrio y dejó el coche en el camino de acceso a su casa.

La casa de Buck estaba al final de una calle que acababa en una plazoleta circular. Pocos eran los coches que transitaban por allí. Él estaba en el despacho de su casa, revisando el testamento de un cliente, una persona mayor que acababa de morir.

En realidad, sólo trataba de concentrarse. No había tenido problemas hasta que había visto a Veronica salir de su casa e irse en su coche. Verla plegar su cuerpo espléndido para meterse en el coche le había hecho recordar con una claridad ardiente la sensación de aquel cuerpo apretado contra el suyo mientras la besaba.

Y ella le había respondido. Sudaba con sólo pensarlo. Tenía una erección cada vez que evocaba el modo en que ella le había ceñido la cintura con la pierna para responder con su lengua a la caricia íntima. Se preguntó qué no harían juntos sin ropas que les estorbasen. Ya conocía la hermosura de su cuerpo. Demonios, si hasta le había puesto las manos encima, aunque sólo la había visto desnuda desde lejos.

Y, a juzgar por el modo en que ella había reaccionado, era probable que jamás consiguiera acercarse mucho más. Cassy conocería aquel cuerpo mucho mejor que su padre. Recordó el ofrecimiento generoso de enseñarle a depilarse. No había podido contestarle en aquel momento porque todo lo que podía pensar era en sus piernas largas y en qué tacto tendrían rodeando su cintura. Y entonces se le había ocurrido la estúpida idea de que Daisy podía leer sus pensamientos y que se sentía muy defraudada con las ideas lujuriosas de su marido.

No creía que Daisy se opusiera a que encontrara otra mujer con la que compartir su vida. Había sido una mujer tan cariñosa y comprensiva, que no dudaba de que lo aprobaría. Pero comprometerse seriamente con otra mujer era muy distinto de la fijación sexual que sentía por Veronica, a quien su esposa había querido mucho. Y aquella fijación era capaz de desconcentrar. La verdad era que se estaba volviendo loco.

Quizá por eso se había enfurecido tanto cuando ella se había negado a aceptar su ayuda en el restaurante. Refrenó su ira e intentó reunir toda su paciencia. ¿Acaso no había entendido que no pretendía recompensarla por sus desvelos con Daisy? Aunque Dios era testigo de lo mucho que se lo merecía. Pero ese no había sido el motivo de su oferta. Sólo había pensado en ella, sinceramente preocupado por cómo iba a arreglárselas sin su ayuda.

Pero se la había tirado a la cara. Igual que Daisy, Daisy no había sido tan ruda, pero se había negado a escuchar sus sugerencias desesperadas y había acabado haciendo exactamente lo que le

había dado la gana. Y había muerto.

Un coche pasó por la calle. Buck levantó la cabeza, su escritorio miraba hacia la ventana. Había dejado las persianas abiertas, pero reconoció el coche de Veronica por el sonido a chatarra de su motor.

¡Ni siquiera conducía con los faros encendidos!

¿No tenía que estar trabajado a esas horas? ¿Y qué demonios hacía conduciendo con los faros apagados? Hacía tiempo que era de noche. Se levantó de la silla y fue a la ventana, observando cómo frenaba de golpe frente a su casa. Casi estaba decidido a bajar y echarle una buena reprimenda.

Mientras que él estaba de pie mirando, Veronica abrió la puerta del coche, salió y... cayó al suelo, hecha un ovillo.

¡Dios! ¿Había sufrido un accidente? Eso explicaría la carencia de luces. Buck salió corriendo de la casa. Estaba de rodillas junto a ella antes de poder darle la orden a su cuerpo. Su corazón latía apresuradamente, la sangre le rugía en los oídos. ¿Qué le pasaba? Las enfermedades le aterrorizaban. Desde la muerte de Daisy, se obsesionaba con el menor estornudo de sus hijos y se apresuraba a llevarlos al médico. Sabía que no era una conducta demasiado racional, pero no le apetecía comportarse racionalmente con la salud de los niños. Ver a Veronica desmayarse le había producido el mismo pánico, la misma sequedad de boca.

— ¿Veronica?

Con suavidad, tanteó su muñeca para buscarle el pulso. Lo encontró, pero ella no respondió. Respiraba con regularidad y no tenía señales de golpes o contusiones. Cuando le levantó un párpado para mirarle la pupila, ella gimió y rodó hacia un lado para apretarse contra sus rodillas.

— Veronica, soy Buck. Háblame. ¿Qué te pasa?

— Estoy mal — murmuró — . Sólo es un resfriado.

Buck se quedó asombrado al oír su voz. Se sentía aliviado y aún más preocupado al mismo tiempo. Veronica estaba consciente, pero era obvio que padecía algo más que un simple resinado.

— Deja que te meta en casa.

Veronica no respondió, pero cuando él le pasó un brazo por la espalda y el otro bajo las rodillas, le puso el suyo alrededor del cuello. La cabeza se derrumbó sobre su hombro y Buck se vio invadido por una inmensa necesidad de protegerla. Veronica era un peso muerto entre sus brazos, los ojos cerrados, los miembros exánimes.

Él se encargaría de cuidarla.

Cuando llegó a la puerta se dio cuenta de que no tenía llaves.

— ¿Dónde tienes la llave de tu casa? — preguntó inclinando la cabeza.

Veronica le rozó los labios con la frente. Alarmado, se dio cuenta de que ardía de fiebre.

— En... el bolso.

Empezó a sentirse asustado. Tenía que llamar a un médico y conseguir que le bajará la fiebre. Se arrodilló, la sujetaba con una mano mientras rebuscaba en el interior de su bolso con la otra. Alzándola en brazos nuevamente, metió la llave en la cerradura y suspiró de alivio cuando abrió. Llevó a Veronica al piso de arriba sin detenerse a encender las luces. Cuando llegó al piso superior lo hizo con el codo.

No le costó trabajo encontrar el dormitorio. Era la única habitación que tenía una cama. Con cuidado para no moverla más de lo necesario, Buck la depositó sobre ella. Su piel seguía siendo suave y cálida, y su aroma le excitó, envolviéndole como una nube cuando se sentó a su lado. Molesto por aquella excitación inoportuna, cogió el teléfono que había sobre la mesilla. La primera llamada fue para una estudiante de su misma calle. Martha estuvo de acuerdo en

acercarse a cuidar a los niños, y Buck le dijo que se trajera los libros porque Cassy y Eric ya estaban dormidos.

— ¿Cómo se llama tu médico? — preguntó inclinándose sobre ella.

Sus párpados intentaron abrirse y sus labios se movieron, pero transcurrió un momento antes de que pudiera hablar.

— El doctor Winston. De la clínica Gonisth, en el centro comercial.

Buck no lo sabía; sin embargo, era un golpe de suerte porque el doctor Winston también era el médico de su familia. Había sido él quien primero sospecho de la enfermedad de Daisy y no había vacilado en mandarla a un especialista. No había servido de mucho, ya que ella se había negado a oír la voz del sentido común. Buck tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de evocar aquellos recuerdos amargos. Era Veronica la que necesitaba toda su atención.

— Vuelvo ahora mismo — le dijo, aunque ella no dio muestras de haberle oído.

Volvió corriendo a su casa para recoger las llaves y una chaqueta. Martha se presentó en ese momento y la dejó tras darle instrucciones para que cerrara la puerta con llave y de que podía encontrarle en la casa de al lado si le necesitaba.

Después fue a casa de Veronica, llamó al médico y dejó un mensaje urgente en su contestador. Entró en el cuarto de baño y abrió el botiquín preguntándose si se atrevía a administrarle alguna medicina. Mientras se debatía con sus incertidumbres, el teléfono sonó. Corrió a cogerlo para que no molestara a Veronica.

— Sí, ¿dígame?

— Soy el doctor Winston. Llamo a casa de Veronica Dickston.

— ¡Gracias a Dios! — Hola, doctor. Soy Buck Hades, el vecino de Veronica.

— ¿Le ocurre algo malo?

— Ella dice que es un resfriado, pero arde de fiebre, gime al respirar y casi no puede hablar. Se ha desmayado a la puerta de su casa hace unos pocos minutos.

— ¿Lleva mucho tiempo enferma?

— No lo sé. He salido a recogerla cuando he visto que caía al suelo. ¿Qué debo hacer?

Buck se daba cuenta de la desesperación que había en su voz.

Aparentemente, el médico también se percató.

— Cállese, Buck. Parece que está bastante enferma, pero no creo que su vida corra peligro. Podría ir a su casa, pero preferiría examinarla en la clínica, donde dispongo de más recursos. ¿Cree que podrá trasladarla?

— Puedo estar en la clínica dentro de cinco minutos.

— Yo no vivo lejos. Los veré allí.

Veronica a penas se movió mientras la envolvía en una manta y la llevaba al coche. No se molestó con los cinturones de seguridad, dejó que se derrumbara contra su hombro durante el corto trayecto a la clínica. Una vez allí, paseó nervioso mientras el médico la examinaba. Ella se despertó lo suficiente como para hablar un poco con Winston, pero en el momento en que él terminó, volvió a sumirse en un sueño inquieto.

— ¿Qué le pasa? ¿Necesita que la internemos en el hospital?

— No quiero ir al hospital — dijo Veronica abriendo los ojos.

— Tú harás lo que el médico te diga.

— ¡No! — gritó ella — . Por favor, no puedo perder tiempo. Por favor, doctor Winston. No me mande al hospital.

Buck dejó escapar un suspiro profundo.

— Ha intentado mantener dos trabajos para pagar los gastos de su madre, que está ingresada en

una clínica especializada. Pero si cree que necesita hospitalización, yo me encargaré de que le obedezca — añadió mirando al médico a los ojos.

— La verdad es que está bastante enferma — dijo Winston con aspecto pensativo — . ¿Hay alguien que pueda quedarse con ella unos cuantos días?

— Yo pude cuidarla — dijo Buck ignorando los desesperados gestos negativos de Veronica.

— Tiene lo que suele llamarse una «pulmonía galopante», agravada por un estado de agotamiento. No hay otro modo de hacerlo, tendrá que tomárselo con más calma durante una temporada. Sin embargo, con la medicación adecuada, una buena dieta y mucho descanso, se restablecerá. Voy a darle algo para bajar esa fiebre. Le extenderé una receta para que la recoja mañana a primera hora. Deberá acabar todo el medicamento, por mucho que se sienta mejor. Intente darle mucho líquido. Si al cabo de las veinticuatro horas está peor o no responde al tratamiento, llámeme de inmediato. Quizá entonces sí tengamos que ingresarla.

Llevarla a casa no supuso dificultad ninguna. Veronica cayó en un sueño profundo del que no despertó ni siquiera cuando la subió en brazos a su dormitorio. Antes de dejarla sobre la cama, se las arregló para abrir las mantas. Se sentó a su lado y le quitó los zapatos de trabajo. Se quedó observándola un momento, arropada en la manta en la que la había llevado a la clínica.

Volvió a suspirar. Cuando había escuchado que le decía a Cassy que tenía que llevar más cuidado con lo que se ponía para no ser demasiado provocativa, había sentido una punzada de culpabilidad por el modo en que la había espiado cuando tomaba sus baños calientes. Sentía lo mismo al pensar en quitar su ropa. Naturalmente, podía dejar que pasara la noche vestida, pero estaba seguro de que se sentiría muy incómoda. ¡Demonios! Ya era hora de que lo admitiera. Iba a quitar la ropa, pero no sólo para que estuviera cómoda, sino porque era lo suficientemente rastrero como para disfrutar con su desnudez, aun cuando ella no estuviera consciente.

Rebuscó en los cajones de su vestidor hasta encontrar un camisón vaporoso que ponerle. Después, con cuidado, le desabrochó la blusa y el uniforme y se los quitó. Cuando deslizó las medias a lo largo de sus piernas, sus dedos temblaban y el sudor le corría por la espalda.

Estuvo un momento admirando aquel cuerpo cubierto sólo por las bragas y el sujetador. Con ojo crítico, se dio cuenta de que había perdido más peso del que él había creído. ¡Estaba muy enferma! El pánico y la ira lucharon en su interior, distrayéndole por un momento.

Veronica había rehusado que la ayudara con un préstamo y mira cómo había terminado. Él sólo había querido facilitarle las cosas.

Igual que había intentado con Daisy.

Sin embargo, había una diferencia. Veronica no iba a morir. Ya se encargaría él de eso. Volvió a mirarla y sus ojos fueron atraídos hacia sus senos casi desnudos. A través del encaje del sostén podía ver los círculos oscuros de los pezones. Se quedó sin aliento, pero también se dio cuenta de que no podía continuar así. No era justo para ella y, además, se estaba volviendo loco.

Hizo un bulto con el camisón y se lo metió por la cabeza, bajandoselo sobre el pecho antes de pasas las manos bajo su cuerpo y desabrochar el sujetador. Sin pensarlo dos veces, sacó el sujetador y tiró del camisón para cubrirla rápidamente. Con la misma rapidez, le colocó brazos y piernas en una postura más cómoda y la tapó con las mantas.

Veronica se despertó a media noche, sedienta y completamente desorientada. Cuando volvió la cabeza para mirar el reloj, el cuarto empezó a girar de un modo alarmante y se le escapó un gemido. De inmediato, la luz de la mesilla se encendió.

— Todo está bien, Veronica — dijo una voz.

Veronica se llevó una mano a los ojos para protegerlos de aquel súbito resplandor. Sin embargo,

habría reconocido la voz de Buck en cualquier sitio.

— ¿Qué haces en mi habitación a estas horas de la noche? — preguntó en un suspiro.

— Echarte un ojo. ¿Quieres beber algo?

Veronica asintió. Con cautela, se quitó la mano de los ojos y los guiñó ante la luz. Unos dedos largos le pusieron un vaso de agua delante, pero cuando intentó incorporarse, toda la habitación empezó a girar como una noria y una debilidad alarmante se apoderó de todos sus músculos. Su mente pensó que entendía por primera vez la frase de «indefenso como un niño».

Como si lo hubiera adivinado sin necesidad de palabras, Buck le pasó un brazo por la espalda y la ayudó a incorporarse lentamente. Incluso enferma, Veronica tuvo completa conciencia del pecho en que se apoyaba su espalda mientras él le llevaba el vaso a los labios. Bebió con avidez, disfrutando del frescor del agua en su maltrecha garganta.

Volvió a recostarla y entonces Veronica cayó en la cuenta de que tenía un camisón puesto. Hacía años que no se ponía uno, porque prefería las camisetas grandes, y no la lencería fina que tanto gustaba a Blad.

— Qué...? ¿Dónde...? — murmuró cubriéndose con la sábana.

Por segunda vez, Buck entendió sin necesidad de palabras.

— Después de traerte de la clínica, te puse ropa de dormir. Creí que estarías más cómoda.

— ¿De la clínica?

Veronica trató de recordar, pero después de la escena del restaurante todo estaba en blanco. Y Buck decía que ... eso significaba que la había desnudado. No podía soportar aquellos pensamientos y se aferró a algo más seguro.

— ¿Me ha visto un médico?

— El doctor Winston. ¿No te acuerdas de haber venido del trabajo hasta aquí?

Veronica lo negó con la cabeza, sintiendo frustración.

— ¿Cómo?

— En tu coche — dijo él apretando los labios — . Sin luces. Me asomé a la ventana justo a tiempo de verte llegar, salir del coche y caer redonda al suelo.

Veronica no sabía si dar gracias al ciclo o maldecir su mala suerte.

Podía ver en los ojos de Buck que todos los recuerdos de la enfermedad de Daisy habían aflorado en unos segundos. Extendiendo un brazo inseguro, le puso la mano en la rodilla.

— Lo siento.

— Lo sé.

La mano grande de Buck se cerró sobre la suya. Otro pensamiento que revoloteaba por su mente se centró poco a poco.

— Ya puedes ir a tu casa. Me siento bien.

Buck apretó los labios aún más hasta que sólo fueron una línea recta y dura.

— En caso de que no te hayas dado cuenta, te informo de que eres una mujer muy enferma. El doctor Winston te ha reconocido en su clínica. Voy a quedarme unos días porque tú no puedes valerte por ti misma.

— Pero, ¿y Eric y...?

— Están en casa. Hay una chica cuidándolos.

— No tienes que quedarte conmigo — insistió ella en un susurro.

Le atormentaba la garganta y mantener los ojos abiertos se estaba convirtiendo en un esfuerzo insostenible. Buck le metió el brazo bajo las mantas y se apresuró a apagar la luz.

— Duérmete, Veronica. Has cogido una buena pulmonía y yo le he prometido al médico que me quedaría contigo. Si esto es un ejemplo de cómo te cuidas, prefiero no perderte de vista —

añadió con tono sarcástico.

— Yo... no te necesito — dijo ella.

Pero unas nubes oscuras se cerraron sobre ella y no pudo recordar el resto de lo que intentaba hacerle comprender a aquella cabeza dura.

Capítulo 4

Se despertó dos veces más durante aquella noche y Buck consiguió que bebiera un poco. Estaba tan tranquila que no creía que supiera quién era él o dónde se encontraba. Pero cuando la ayudaba a recostarse sobre la almohada poco después de las siete de la mañana, Veronica le aferró el brazo con una fuerza sorprendente.

— ¡Mi uniforme! Tengo que devolverlo hoy. No me dará la liquidación a menos que le entregue el uniforme. Tengo que devolver el uniforme...

— Yo me ocuparé de eso.

Buck intentaba tranquilizarla porque estaba dispuesto a hacerlo, pero ella no se relajó.

— Tengo que ingresar el cheque. Necesito pagar el plazo de la hipoteca esta semana.

— Te prometo que me encargaré de todo. Ya lo hablaremos después.

Buck se daba cuenta de que estaba desesperada. Se preguntó si su situación financiera sería tan grave como parecía. Sabía que le preocupaba el dinero por cosas que sus hijos le habían contado y por la manera en que había rechazado su oferta de cuidarlos, pero sonaba como si estuviera realmente preocupada por llegar a fin de mes.

— No podrás arreglarlo todo.

La mano que le sujetaba el brazo, se aflojó de repente. Horrorizado, vio que sus ojos expresivos estaban llenos de lágrimas. Con todo, sus párpados comenzaron a cerrarse.

— ¡Veronica! — exclamó él sacudiéndola sin delicadeza para que no se durmiera — . ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras?

Veronica le miró con una expresión deprimida.

— Oh, Buck! — musitó — . Me han despedido. Llegué tarde al trabajo y Jonny se puso hecho una furia — le explicó ella sin dejar de llorar — . Le supliqué que me diera otra oportunidad, que estaba enferma... pero me despidió. ¿Qué voy a hacer ahora?

Una ira ciega se despertó en él al enterarse de la falta de compasión del administrador. Todo el que quisiera podía ver que Veronica era una persona de confianza. ¿Es que aquel hombre no permitía el más mínimo fallo? Con un esfuerzo, refrenó el impulso de ir a su casa y decirle cuatro palabras. Sin embargo, se dedicó a secarle cuidadosamente las lágrimas que habían empezado a mojarle el pelo de las sienes.

— Ya se nos ocurrirá algo cuando te encuentres mejor. Vamos, cariño. Cierra los ojos y descansa. Ya verás como todo se arregla.

Era una promesa muy remota, pero, ante su sorpresa, funcionó. Veronica se durmió profundamente mientras él rumiaba sus ideas. Al final, se dio cuenta de que aquella era una ocasión tan buena como cualquier otra para acercarse a su casa y ver cómo estaba su familia.

Martha, la niñera, lo tenía todo bajo control, tal como él había esperado. Ya la había llamado por teléfono y la chica incluso había preparado el desayuno de los niños. Eric le descubrió antes de que llegara a la puerta.

— Martha dice que Veronica se ha puesto mala y tú tienes que cuidarla — dijo con una expresión de ansiedad en su rostro infantil.

Buck reconoció el miedo que había tras las palabras de su hijo pequeño y sintió que le desgarraba el corazón. Ningún niño de seis años debía tener la idea de que la gente más próxima podía morir en cualquier momento. Con un nudo en la garganta, se puso de rodillas para darle un

apretón en los hombros y reconfortarle.

— Veronica se pondrá buena, ya lo verás. Te dejaré visitarla dentro de un par de días y tú mismo podrás comprobarlo.

Pensar en Veronica y en lo enferma que había estado la noche anterior le refrescó la memoria. Tenía que avisar a la escuela. Suponía que lo mejor que podía hacer era empezar por el director, a quien conocía de la liga de baloncesto de adultos en la que había jugado antes de la muerte de Daisy. Buscó el número y marcó con la esperanza de que Ron Kennedy le disculpara por llamar tan temprano.

— ¿Hola?

— Ron, soy Buck Hades.

— Vaya, Buck. ¿Qué tal? Hace una eternidad que no te veo.

Hubo una pausa incómoda. Buck supo que Ron estaba recordando el motivo por el que hacía tanto que no le veía. Sin embargo, estaba acostumbrado a que la gente se quedara sin saber qué decirle.

— Más de lo que yo hubiera deseado, Ron. Ya no tengo tiempo para el baloncesto, por mucho que lo eche de menos. Pero tengo otra razón para llamarte a estas horas de la mañana.

— ¿De qué se trata?

— Veronica Dickston está enferma. Necesito saber con quién he de ponerme en contacto para encontrarle un suplente, para hoy y quizá durante una semana, por lo menos.

— Has llamado a la persona más adecuada. Soy yo quien se encarga de las sustituciones. Los directores del Municipio son responsables de sus escuelas — dijo Ron pasando al terreno profesional sin esfuerzo alguno — . ¿Qué le ha pasado a Veronica?

— Tiene pulmonía. El médico ha dicho que va a tener que tomarlo con mucha calma a partir de ahora.

— Es obvio que el médico no conoce a nuestra señora Dickston muy bien. Veronica es una de mis mejores profesoras. Jamás ha faltado, de modo que puede contar con la baja por enfermedad por tanto tiempo como necesite. Tendrá que contar con una autorización médica si se prolonga mucho, pero no creo que eso sea un problema. También sería de ayuda que hablara con su sustituta la semana que viene, a ser posible.

— Sé que tiene un montón de ejercicios en su cartera — dijo Buck omitiendo los detalles de cómo la había abierto, ya que había fisgoneado descaradamente — . ¿Sabes si son importantes?

— Dejaremos eso por ahora. Te llamaré el sábado por la tarde. Si se encuentra lo bastante bien como para darle algunas instrucciones a su sustituta, se los dejaremos a ella.

— Gracias, Ron.

— Nada, sin problemas. ¿Estás cuidándola tú? — preguntó el director sin intentar disimular su curiosidad.

— Por ahora, sí. No le hace mucha gracia que la cuiden. Ron se echó a reír.

— No hace falta que me lo jures. Veronica es una buena persona — dijo en tono más serio — . Si yo no estuviera feliz con mi matrimonio... Podía ser peor, Hades. Mucho peor.

Buck estaba asombrado. ¿Le estaba sugiriendo que se casara con Veronica?

— Sólo quiero ayudarla a salir de ésta, Ron. Es una buena amiga.

— Si tú lo dices — comentó Ron en tono risueño — . Dile que se mejore y que no se preocupe. Yo me ocuparé de todo.

— Gracias otra vez.

Buck colgó el teléfono con gesto ausente y se quedó pensando un momento. Al final decidió que cuando hubiera llamado a su secretaria, recogido la medicina de Veronica, entregado su

uniforme y tomado algún trabajo para hacer en casa, se preocuparía por lo que Ron había querido decir.

Veronica volvió a despertarse en pleno día. Los rayos de un brillante sol de invierno se filtraban entre las persianas y dibujaban rayas de luz y sombra sobre sus rodillas. Se quedó inmóvil mientras comenzaba a recordar.

Se preguntó que parte era sueño y que parte era realidad.

Recordaba claramente la escena desagradable en el restaurante. Después, nada... excepto quizá y vagamente al doctor Winston diciendo algo sobre su ingreso en un hospital. Nada en concreto hasta que había despertado y Buck había encendido la lamparilla que tanto le había molestado a sus ojos.

Dios, si hubiera sido un sueño. Había perdido su segundo empleo. Y estaba segura, por lo exhausta y débil que se sentía, de que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera buscar otro.

En cierto sentido, la decisión le había venido impuesta. Era curiosa la manera en que sus opciones se habían aclarado. Una posibilidad era volver a San Diego, donde los precios del alquiler no eran nada comparados con las cifras astronómicas de Misuri, y llevarse a su madre a vivir con ella siempre que encontrara el piso adecuado. Y si tenía la suerte de encontrar otro trabajo en la enseñanza a mitad de curso, podría pagar a alguien que cuidara de ella durante el día. El turno de noche sería cosa suya, pero no le costaría un céntimo.

De todas maneras, el Plan A era nefasto.

No le haría ningún bien a su madre otra mudanza y, lo que era más, la vida de Veronica se convertiría en un infierno. Pensó en todas las veces en que su madre había defendido a Blad. Su madre sabía exactamente a quién culpar por la ruptura de su matrimonio y, ciertamente, no era a Blad. El Plan Número Uno podía funcionar, pero sería a costa de su salud mental.

Tenía que haber otra alternativa. Enfocó desde todos los ángulos que se le ocurrieron el problema de cómo podía quedarse en Misuri y mantener su casa de Foresta Lakes. No tardó mucho tiempo en encontrarse en un terreno demasiado conocido. Llevaba días sin encontrar una salida a aquel círculo vicioso. No había forma humana de que aquella combinación funcionase.

No te queda más remedio que vender la casa.

Suspiró sintiendo que el peso de la desesperación la oprimía como una mortaja. No había otra salida, tendría que vender la casa. Si conseguía encontrar a alguien que quisiera compartir un piso, podría pagar los gastos de su madre y los propios sin tener que agotar sus recursos. Podía invertir lo que quedara de la venta para los días malos.

Y decidió que conocería muchas épocas malas. Sin embargo, votaba por el Plan B. Tenía una ventaja indiscutible, no habría que trasladar a su madre y Veronica no tendría que soportar las opiniones lacerantes sobre los fallos matrimoniales de su hija única, durante las veinticuatro horas.

Pensó que su antigua psiquiatra se habría alegrado. Habría dicho que estaba a cargo de su propia vida, negándose a permitir que los problemas la conquistaran. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de haber perdido una batalla?

Suspiró otra vez y se sentó en la cama con movimientos lentos y cautelosos. Aunque se sentía terriblemente enferma, le quedaba el consuelo de que a la habitación no le daba por girar como una noria. Pensó en Buck mientras iba al baño por el camino más próximo a la pared.

Había llamado al médico, se había quedado toda la noche a su lado... No le cabía la menor duda, había descartado cualquier obligación que creyera que le debía por su comportamiento con Daisy. El recuerdo de Buck admitiendo que la había desvestido, se presentó para tentarla y sintió

que sus mejillas enrojecían. ¿Cómo iba a volver a mirarle a la cara?

Y, hablando de mirarle, ¿dónde se había metido? Cada vez que se había despertado le había encontrado a su lado, animándola a beber y descansar de nuevo. Se imaginó que habría vuelto a su casa, o más probablemente se habría ido a trabajar. ¡El trabajo! Sacudiéndose el letargo que se había apoderado de ella, corrió a ver el reloj. Las diez y treinta y siete.

«¡Oh, no! Por favor, no». La invadió una horrible sensación de haber vivido aquella misma escena. Aquello no podía suceder dos días seguidos, ¿verdad que no? Acabaría perdiendo el trabajo de profesora y...

— ¿Qué estás haciendo fuera de la cama? — dijo Buck con la irritación de un sargento.

Estaba a los pies de la cama, con las manos en las caderas y mirándola como si planeara acostarla por la fuerza. Incluso vestido con ropa de diario y sin afeitarse, irradiaba un poder aplastante.

De una forma automática, Veronica empezó a meterse en la cama. Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Obligándose a no hacer caso de la desaprobación que había en sus ojos de esmeralda, reunió lo poco que quedaba de su maltrecha dignidad.

— Voy a vestirme para ir a trabajar, para lo que, dicho sea de paso, ya llego bastante tarde. ¿Por qué no me dejaste puesto el despertador?

Por desgracia, había olvidado que su voz sonaba como un graznido, lo que arruinó el tono altanero que había pretendido darle. Sin embargo, Buck la ignoró por completo.

— Ron ya se ha encargado de buscarte una sustituta. Se encargará de tu clase hasta el final de la semana que viene. Eso como mínimo.

— ... ¿cómo se ha enterado?

Le ardía la garganta. Se dejó caer sobre la cama. Desde la tarde anterior, todo su mundo parecía estar patas arriba. Buck se le acercó. Cuando le puso la mano en la mejilla con una familiaridad excesiva, se apartó alarmada.

— ¿Qué haces?

— Comprobar si te ha bajado la fiebre — dijo él, impasible, volviendo a ponerle la mano en la mejilla — . ¿Por qué no vuelves a la cama? Todavía tienes unas décimas, pero nada como lo de anoche.

Buck se dio la vuelta y tomó un vaso de agua y dos píldoras de encima de la mesilla. Después la miró fijamente y todo su desafío se vino abajo. Veronica se rindió y se metió en la cama sumisamente, antes de que las piernas pudieran fallarle: Buck se sentó a su lado para darle la medicación.

— Tómalas. Sonya, mi secretaria, se ha encargado de recoger tu receta esta mañana. Cuanto antes consigamos que empieces a tornar lo que te ha mandado el médico, antes te sentirás tú misma otra vez.

Veronica le miró con furia mientras trataba de ignorar el muslo firme que se apretaba contra su costado.

— ¿Qué es eso de «consigamos»? Soy yo la que está enferma. Soy yo la que ha perdido un trabajo y la que puede perder otro si no me incorporo pronto a las clases. Soy yo la que... ¡Aguarda un momento! ¿Quién ha pagado esta medicina?

— Yo, ya me lo devolverás. También le he pedido a Sonya que devolviera tu uniforme y recogiera tu cheque. Si me dices en qué banco tienes cuenta, te lo ingresaré esta misma mañana. Aquella amabilidad la desarmaba. Apartó la mirada y probó a tragar saliva. Hizo una mueca cuando su garganta protestó por el esfuerzo.

— Te doy las gracias, Buck. Aprecio mucho tu ayuda y siento haberme mostrado desagradecida.

Cogió las dos pastillas y se las tomó con un sorbo de agua sin que se le ocurriera rechistar.

— Has estado sometida a una tensión excesiva — dio él mientras le alzaba el rostro poniéndole el meñique bajo la barbilla. — ¿Por qué no me dijiste lo mal que andabas de fondos?

Veronica le miró un momento. ¿Por qué debería hacerlo?

— No era tu problema — dijo en un susurro.

— Anoche me contaste que habías perdido el trabajo en el restaurante. ¿Qué piensas hacer ahora?

Veronica se encogió de hombros y bajó la vista para fijarla en los dibujos del jersey de Buck.

— Tienes que comprender que no puedes seguir agotada — explotó él — . ¿Y si anoche hubieras atropellado a alguien? ¿Y si te hubieras salido de la carretera? Sin luces, podrían haber pasado horas antes de que alguien te encontrara. ¿Y si nadie veía el accidente y hubieras pasado toda la noche herida y sin ayuda?

— Voy a vender la casa.

Se hizo un silencio absoluto. Al cabo, Veronica alzó la cabeza para mirarle.

— ¿No me has oído? Voy a vender la casa y buscar una compañera que quiera compartir un piso conmigo.

Decirlo en voz alta no hacía que se sintiera mejor. En realidad, tenía ganas de gritar, de llorar. Apretó los dientes con fuerza.

— Es la única manera.

En aquel momento, Buck volvió a la vida. Apretó con fuerza los puños y los abrió de golpe para extender las manos sobre sus rodillas.

— No es la única opción que tienes.

Perpleja, Veronica volvió a mirarle. y se descubrió relajada, dejándose arrullar por aquellas imágenes. Entonces Buck le tomó las manos y la obligó a regresar a la realidad.

— Hay algo más que debo decirte. No sé lo que opinas sobre tener hijos, pero me sentiría feliz si quisieras tener un niño propio. Siempre he deseado una familia grande.

No le cabía duda, Buck sabía cuánto podía hincar el cuchillo. Buck se llevó sus manos a la boca y le besó los dedos. Entornó los párpados para mirarla, pero Veronica pudo ver la luz fiera y abrasadora que ardía en sus ojos. Le costaba trabajo respirar. Tenía una sensación rara en el vientre, como si diminutos gimnastas practicaran sus ejercicios en sus entrañas.

— Veronica — dijo él un tono más bajo — . Nos complementamos muy bien tú y yo. El sexo será algo fantástico. Es una de las cosas que echo de menos. Puedes contar con que seré un marido fiel.

Se inclinó hacia ella y Veronica cerró los ojos. Aun cuando no hubiera estado enferma, se sentía demasiado débil como para apartarse. Una mano cálida le acarició la mejilla.

— Mírame — susurró él.

Veronica abrió los ojos para descubrir que su rostro llenaba todo su campo visual, sus labios se acercaban.

— Ahora descansa y piensa en lo que te he dicho. Ya hablaremos cuando te sientas mejor.

Le rozó la mejilla y los labios con la boca antes de levantarse bruscamente y arreglar las mantas alrededor de su cuerpo.

— Duérmete.

La nota de ternura en su voz había desaparecido, volvía a ser el Buck testarudo de siempre, el hombre serio que aceleraba su corazón con su mera presencia.

— Vendré a verte a la hora de comer.

Buck hizo una sopa de pollo y se la hizo comer él mismo. Veronica protestó al principio, pero cuando él le aclaró que tendría que guardar cama durante un día más, cedió con menos resistencia.

Viendo a Veronica apoyada en las almohadas, abriendo dócilmente la boca ante la cuchara, con su pelo rojo que resaltaba la palidez de su piel, se le encogía el corazón al darse cuenta de lo enferma que había estado. La Veronica Dickston que él conocía, era una mujer espinosa y de genio pronto, que podía enfrentarse a cualquier cosa que la vida le deparara. Si hubiera intentado darle de comer un par de días antes, estaba seguro de que le habría mordido la mano. Había comido menos de la mitad, cuando le puso la mano sobre el brazo.

— Ya no más, por favor.

Buck observó aquella mano pequeña. Sabía que ella no era una mujer delicada ni indefensa, pero despertaba el deseo de protegerla en lo más profundo de su ser. Eso, por no mencionar otros instintos mucho menos caballerescos. Contempló el encaje que bordeaba el cuello de su camión recordando la suavidad de su piel con una fascinación que rayaba en lo obsesivo.

Aquellos pensamientos iban a terminar por darle problemas. Por mucho que él lo deseara, no había modo de que ella se encontrara lo bastante bien como para permitirse algunas delicias vespertinas en aquellos momentos. De mala gana, volvió a mirarla a la cara y se dio cuenta de que ella esperaba una respuesta.

— Muy bien. Pero tienes que prometerme que intentarás comer un poco más luego.

Veronica sonrió y levantó la mano derecha.

— Lo prometo — dijo antes de ponerse seria — . Buck, he estado pensando en lo que me has propuesto.

Todas las alarmas de su mente se dispararon. ¡Iba a rechazarle!

— Ahora tengo que trabajar — se apresuró a decir — . Luego lo discutiremos.

Se levantó, recogió el plato de sopa y le arregló la ropa de cama con un gesto que ya se había convertido en una segunda naturaleza para él antes de salir del dormitorio.

Cassy estaba dispuesta a ser una magnífica enfermera. Cuando salió de la escuela, Buck le explicó lo que quería y fue ella la que le subió un tentempié de media tarde. A la hora de la cena, una compañera de la escuela se ofreció a quedarse con Veronica unas cuantas horas, lo que a Buck le vino de maravilla.

Creía haber expuesto sus mejores razones para convencerla de que el matrimonio era la salida más lógica para los dos. Aparentemente, ella no estaba convencida. Necesitaba tiempo para elaborar una estrategia que acabara de convencerla de que se casara con él.

Veronica durmió toda la noche de un tirón. Buck subió a verla un momento antes de dormirse, pero no se había quedado mucho tiempo. Había estado actuando de una manera muy extraña desde que le había propuesto matrimonio el día anterior. Quizá se había arrepentido y no sabía cómo dar marcha atrás dignamente.

Veronica no estaba segura de si eso supondría un alivio o un desengaño para ella. La había dejado de una pieza con su propuesta. Era una locura, y ella estaba loca por considerarlo seriamente. Pero mientras él hablaba, y en las horas de inmovilidad en que había tenido tiempo para pensarlo, se había dado cuenta de que no era una idea tan descabellada.

Buck tenía razón. Sería la solución perfecta para sus problemas financieros. Pero no podía aprovecharse de él de esa manera. La sola idea la hacía sentirse como una bruja avara.

Sin embargo, ni siquiera tenía claro que eso fuera aprovecharse. Ella conocía la tensión a la que estaba sometido por intentar ser padre y madre a la vez. Quizá ella no fuera el ama de casa

perfecta, pero estaba segura de que podía lograr que su vida fuera más fácil y contaba con la ventaja de que ya quería a los niños.

Buck le había asegurado que no buscaba un ama de casa. De ese modo, los fallos que tanto había denigrado Blad no tendrían importancia en aquel matrimonio. Entraba en él con los ojos bien abiertos, saber que Buck no la amaba sería útil. Ella tampoco estaba dispuesta a permitir que su corazón albergara fantasías estúpidas acerca del amor. Ninguno se llamaría a engaño y los dos sabrían qué terreno pisaban.

También contaba con la ventaja de haber visto a Buck con Daisy en su primer matrimonio. Siempre había tratado a su esposa con consideración y respeto.

Pero lo más importante, era lo que había dicho respecto a tener un hijo. Ver desvanecerse la oportunidad de ser madre había sido uno de los tragos más amargos a los que había tenido que enfrentarse tras el divorcio. Deseaba tener un hijo desesperadamente. Era imposible que Buck lo supiera; sin embargo, había acertado en el punto más débil de sus defensas.

Después de haberlo meditado un día y medio, estaba decidida a casarse con Buck Hades. Buck le había dejado muy claro que, si aceptaba, sería un matrimonio en toda regla. Sólo pensar en compartir la intimidad de una cama con él la hacía temblar. Pero, ¿y si le desilusionaba? Blad no había conseguido otra cosa que excitarla tibiamente, ni una sola vez le había hecho sentir el revoloteo que la mera presencia de Buck le provocaba, la excitación que sentía al más mínimo contacto. Si sus respuestas a sus caricias significaban algo, no tenía motivos para preocuparse. Cuando la besaba se sentía como una hoguera sobre la que vertieran gasolina. Sin embargo, pensar en todo lo que significaba el matrimonio la ponía nerviosa.

Pero, junto con los nervios, sentía una curiosidad insaciable que le impedía arrepentirse de su decisión. Y había decidido casarse si él no cambiaba de opinión.

El domingo se sintió lo bastante restablecida como para moverse por la casa. Buck no la dejaba mover un dedo ni para cargar el lavaplatos. Se sentía culpable, aunque el simple acto de bajar las escaleras la agotaba. Buck apareció por la tarde, llevando una cesta de la que salían unos aromas deliciosos.

— Pasta, pan griego, ensalada y una torta de chocolate — le informó Buck cuando ella levantó la cubierta para curiosear el interior.

— Eres todo un chef. Me pondré gorda, si sigues alimentándome así.

Buck contempló su figura.

— Perfecto. Necesitas comer más para recuperar tus curvas.

— ¡Buck! — exclamó ella ruborizándose — . No quiero recuperar mis curvas. Nunca hubiera escogido ese método para adelgazar, pero me gusta el resultado.

— Pero a mí me gustan tus curvas. Y no hablemos más. A comer.

Veronica se encontró obedeciendo sin pensar. Entonces, cuando estaba a punto de sentarse, volvió a ponerse en pie.

— ¿Qué te pasa? — preguntó él a su espalda.

— Quiero que te quedes hasta que termine — dijo ella poniéndole el índice en el pecho — . Y luego quiero que hablemos sobre lo que me dijiste el otro día.

— Muy bien. Sólo quería que estuvieras recuperada para tomar una decisión — dijo cogiéndole la mano y besando la punta de aquel dedo acusador — . En cuanto empezaste a actuar con tu independencia habitual supe que estabas curada.

Veronica se le quedó mirando un rato. Buck tenía una sonrisa capaz de dejar paralizadas todas las células de su cerebro. Veronica hubiera preferido devolverle un comentario ácido, pero todavía no había recuperado la agudeza necesaria. No podía pensar en otra cosa que no fuera la

sonrisa pícaro de Buck al besarle el dedo. Finalmente, se dejó caer en la silla y atacó la cena que él le había preparado.

Cassy llegó cuando devoraba los últimos bocados de la torta. La chica dejó un gran sobre en el mostrador de la cocina.

— Casi olvido dártelo — dijo con una sonrisa de disculpa — . Es de tu clase. Lo traje el viernes, pero lo he encontrado hoy en mi cartera cuando iba a hacer los deberes.

Buck miró severamente a su hija.

— Me habías dicho que no tenías deberes.

— Se me olvidó — dijo ella a la defensiva — . Además, sólo son unos cuantos problemas de mates. Nada del otro mundo.

— Para ti puede que no, pero para mí es importante que estés al día con tus estudios. Si no has acabado con las matemáticas, haz el favor de decirle buenas noches a Veronica y ponte a trabajar.

— Buenas — dijo la niña con cara de pocos amigos.

Veronica le tomó la mano cuando pasó a su lado.

— Gracias por haberme cuidado durante el fin de semana, Cassy. No sé lo que hubiera hecho sin unos amigos tan maravillosos como tu padre y tú.

Cassy se relajó un poco.

— De nada. Me alegro de que te sientas mejor. Bueno, será mejor que vaya a ver esas mates. Vendré mañana por aquí.

— No te olvides, por favor.

— Descuida — dijo Cassy saliendo.

Veronica abrió el sobre mientras Buck se encargaba de los platos. La sustituta que se había encargado de su clase había hecho tarjetas para ella. Mientras leía los mensajes que le enviaban sus alumnos; sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Oye! ¿Qué te pasa? — dijo él dejando el paño de cocina y acercándose para tomar la cara entre las manos. — ¿A qué vienen esas lágrimas?

— Solo es emoción — dijo ella sollozando.

Veronica se levantó y Buck la acompañó al salón, donde se sentaron juntos en el sofá.

— Odio pensar que he perdido una semana entera de clase. Sólo dispongo de ciento ochenta días al año. Y de esos, nada más que cinco horas diarias son aprovechables. No es suficiente para enseñarles todo lo que deben aprender antes de pasar a quinto curso.

Buck le tomó una mano y le acarició los nudillos con la yema del pulgar

— La enseñanza significa mucho para ti, ¿verdad?

— Las mentes de los niños son algo muy especial, y también muy vulnerable. Creo que es de vital importancia plantear dilemas al mismo tiempo que se les da un límite y se les brinda todo el apoyo que precisan.

— Es más fácil decirlo que hacerlo — rezongó él — . Yo lo he descubierto por experiencia. Nada agradable, por cierto. Veronica, ¿has considerado mi propuesta?

Consciente de que todo su futuro dependía de lo que iba a pasar a continuación entre ellos, Veronica asintió lentamente.

— Sí, pero tengo que preguntarte si la mantienes todavía.

Una expresión extraña cruzó por la cara de Buck.

— Por supuesto.

— Creí que habías cambiado de opinión y esperabas que yo te rechazara.

— Quiero que seas mi esposa.

Por una vez, Buck no la miró a los ojos. Un músculo pulsó en su mandíbula mientras miraba sus manos entrelazadas. Veronica se dio cuenta entonces de la fuerza con que le sujetaba la mano

— Te casarás conmigo, sí o no?

— He pensado en todo lo que dijiste y para mí sería un honor casarme contigo. Prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para hacer que tu familia sea feliz.

Buck le soltó la mano para mirarla a los ojos.

— Y yo prometo cuidarte.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un estuche pequeño mientras sonreía maliciosamente.

— Me sentía optimista.

— ¡Oh!

Veronica se había quedado sin habla. Aquello era esencialmente un acuerdo de negocios entre los dos, nunca había esperado que Buck le ofreciera un anillo. Cogió el estuche con manos trémulas y se quedó con la boca abierta al descubrir el brillo de un diamante engarzado en una antigua filigrana de oro.

— Es el anillo más bonito que he visto en toda mi vida.

Buck le quitó el estuche de las manos y extrajo el anillo.

— Era de mi abuela. Daisy quiso uno nuevo, de modo que nunca se lo puso. Si prefieres algo más actual, tampoco tienes que llevarlo.

Veronica negó con la cabeza, haciendo un esfuerzo por encontrar la voz debajo del nudo que tenía en la garganta.

— No te atrevas a sugerirlo. Quiero éste.

Capítulo 5

Buck sonreía mientras le alzaba con suavidad la mano izquierda y deslizaba el anillo en su dedo.

— Tuyo es. Bienvenida a la familia Hades.

Una lágrima rodó por su mejilla mientras Veronica luchaba para no derretirse completamente.

— Gracias por convertir esto en algo tan especial. Sabes que no tenía por qué hacerlo.

Buck la alzó en vilo para sentarla sobre su regazo.

— Claro que tenía que hacerlo. Eres una mujer muy especial. Tengo mucha suerte de que hayas aceptado ser mi esposa.

Veronica le echó los brazos al cuello mientras él buscaba sus labios. A Veronica ni siquiera se le ocurrió resistirse y le besó con toda la pasión que despertaba en ella, abriendo la boca para permitir la dulce intrusión de su lengua mientras le acariciaba la espalda con manos sedientas. Buck estaba excitado, todo un hombre. Ella sentía un deseo que Blad nunca había podido provocar. Cuando le acarició suavemente los pechos, suspiró sin que sus labios se separaran.

La parte de su cerebro, que no estaba en cortocircuito desde la primera caricia, le recordaba que el sexo no tenía que ver nada con el amor. «No confundas las dos cosas», se decía una y otra vez hasta que se olvidó de pensar.

Buck siguió estimulándola lentamente, sin llegar a tocar nunca la cúspide de sus senos. Veronica empezó a impacientarse en su regazo, mientras que sacudidas de tensión convertían sus pezones en capullos duros y anhelantes. ¿Por qué no la tocaba allí? Buck seguía con un asalto meticuloso a su boca, encendiendo un fuego en sus entrañas. Veronica jadeó de frustración y entonces él dejó caer la mano sobre toda la superficie esférica de su pecho.

Acarició el pezón consiguiendo que se destacara bajo la tela de la camiseta que llevaba. Cuando dedicó su atención al otro, ella gimió de placer y Buck le respondió con un gruñido de satisfacción.

— ¿A que te gusta, eh?

Una mano se introdujo bajo la camiseta, apartando el sujetador hasta encontrar la piel desnuda.

— Mejor así, ¿verdad?

— Sí, sí — susurró ella mientras apoyaba la cabeza en su hombro y enterraba los dedos en la espesura de su pelo.

Buck se inclinó sobre ella. Veronica sintió el aliento en los senos un momento antes de que su pezón se viera rodeado por la succión lubricada y ardiente de sus labios y su lengua, trabajando al mismo tiempo, sorbiendo con una presión creciente.

Veronica casi saltó de desesperación ante la intensidad de aquella sensación nueva. Se levantó la camiseta para permitirle un acceso más cómodo. Buck se rió sin dejar de chupar. Veronica le sentía presionar contra sus muslos, restregándose con ella mientras acariciaba sus senos. Con la mano libre le acariciaba la espalda hasta la cintura del pantalón. En uno de aquellos movimientos, traspasó la cintura para acariciarle las nalgas.

De repente, Veronica lo sintió. Una mano se deslizaba entre sus muslos, acariciando los rizos entre sus piernas para llegar aún más abajo.

Sintió la necesidad de frotarse contra aquellos dedos largos y cálidos. Sintió que un flujo húmedo la mojaba y escondió el rostro en su hombro, avergonzada al darse cuenta de que él también lo había notado. Buck alzó la cabeza y, para su mortificación, inspeccionó su rostro ruborizado.

— No seas tímida — dijo con una voz increíblemente sexy — . Estás tan suave, tan húmeda... ¿Me deseas, Veronica?

Sus dedos jugaban a un juego erótico, creando sensaciones con las que ella no había soñado, Veronica gimió.

— Sólo quiero hacerte feliz — pudo decir al fin.

Buck sonrió, pero era algo más que un mero mostrar los dientes.

— Oh, ya me haces feliz — dijo retirando la mano de su nido íntimo —. De hecho, me haces sentir demasiado bien.

— ¿Cómo es posible que te sientas demasiado bien?

Buck contuvo el aliento cuando ella se movió en su regazo para verle mejor la cara.

— Ya sabes a lo que me refiero.

— No, no lo sé. Mis experiencias sexuales se reducen a sesiones de cinco minutos en un cuarto a oscuras. No puedo decir que alguna vez me haya sentido bien. No quisiera desilusionarte.

Buck se quedó muy quieto. Por un momento, su expresión se endureció. Veronica incluso dudó de haber visto aquel gesto de ira que desapareció en un instante. Buck acabó de retirar su mano y le arregló las ropas para, al final, descansar la mano abierta sobre su abdomen. Veronica se preguntó si él habría parado debido a lo que acababa de decir. Buck le puso una mano sobre el pecho izquierdo, justo encima del corazón.

— No me desilusionarás. Hay mucha pasión aquí dentro y juntos vamos a descubrirla.

Reconfortada por sus palabras, aunque no convencida del todo, puso su mano sobre la suya.

— No tenías por qué parar.

— Sí. Me he prometido a mí mismo esperar a que estemos casados y te advierto que corro, un serio peligro de romper mi promesa.

— Pero no pasa nada si tú quieres... si los dos queremos

— Claro que quiero.

Buck se inclinó para darle un beso en los labios, un beso que se convirtió en algo que los dejó jadeantes para cuando consiguieron separarse.

— Pero, de todas formas, vamos a esperar hasta después de la boda. Cuando llegamos el amor por primera vez, quiero tener todo el derecho a saborear este cuerpo maravilloso y para enseñarte lo mucho que nos compenetramos. Tampoco quiero tener que preocuparme por dejarte embarazada. Si ocurre, no quiero que nadie pueda contar hacia atrás con los dedos para ver si nuestro hijo es legítimo o no.

Era tan rudo que Veronica volvió a ruborizarse. No podía describir hasta qué punto la avergonzaba que hablara de un posible embarazo. La idea de llevar un hijo de Buck en sus entrañas era tan abstracta que no la consideraba real.

— Me gustaría quedarme embarazada ahora mismo — confesó Buck.

Le dio un beso intenso y breve en los labios.

— Primero tenemos que casarnos. ¿Qué te parece dentro de dos semanas a contar desde el sábado que viene?

— Dos semanas? ¿Te has vuelto loco? Es imposible que nos casemos con tanta rapidez.

— Por supuesto que es posible — dijo Buck riéndose de su expresión aterrorizada — . Sólo necesitamos una licencia y un pastor.

Tenía razón. Aquel era el segundo matrimonio para los dos, nada más que un matrimonio de conveniencia. Los arreglos de una boda formal eran innecesarios. No necesitarían más invitados que los niños y, sin embargo...

— ¿Y qué haremos con esta casa? ¿La venderemos? Tendré que revisar todas mis cosas para

decidir qué quiero conservar.

— Lo haremos juntos. Mañana llamaré a un corredor para que venga a darnos una estimación del precio y ponga la casa en venta.

Tenía sentido. ¿Qué motivo había para esperar? Pero Veronica nunca había sido una persona impulsiva.

— ¿Y qué me dices de Eric y Cassy? ¿No deberíamos darles tiempo para que aceptaran la idea?

— Sospecho que ellos están tan ansiosos como su padre por legalizar la situación. Además, cuanto antes vendas la casa, mejor te sentirás respecto a tus finanzas.

Veronica tampoco encontró argumentos para la disputa ante aquella lógica aplastante. Buck hacía que se sintiera como si nadara contra una corriente poderosa. Dejó escapar un suspiro y volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

— Muy bien. Dos semanas a partir del sábado.

La primera semana pasó en un abrir y cerrar de ojos. Al viernes siguiente, el corredor tenía tres personas interesadas en la casa, aun antes de que hubiera salido al mercado de forma oficial. Buck no le permitió que empaquetara nada, puesto que todavía estaba en periodo de convalecencia, sin embargo, hizo una infinidad de listas. Todas las tardes Buck, Cassy y Eric iban a su casa para que les indicara lo que había que trasladar a la de al lado y lo que debían empaquetar para venderlo.

Eric había aceptado la noticia de la boda de su padre con ecuanimidad.

— Vale — dijo — ¿Vendrás a verme jugar al béisbol como las otras madres?

— Pues claro que sí, Eric — le prometió Veronica, con movida por la sencillez de su petición. Sin embargo, no le pasó inadvertida la mueca de dolor en la cara del niño — . Y gritaré cada vez que te toque batear.

— Jamás me había dicho una palabra acerca de no tener una madre que fuera a verle jugar — dijo Buck cuando Eric se fue.

— Su mundo todavía es muy concreto. Carecer de madre le convierte en diferente, y a los niños les importa mucho ser diferentes. Te casas conmigo para cambiar esa situación.

El decirlo en voz alta le oprimía el corazón de una manera que no acertaba a explicar, pero lo ignoró y se obligó a actuar con naturalidad con Buck. Nunca le había ocultado los motivos que tenía para querer convertirla en su mujer. Se dijo que debía sentirse feliz, se llevaba una ganga, había conseguido todo lo que siempre había deseado sin tener que arriesgar su corazón. Eso era exactamente lo que ella quería. ¿O no?

Eric lo había aceptado, pero Cassy tenía algunas cosas que poner en claro. Lo hizo una tarde en que estaban trasladando cajas de libros a la casa de la familia Hades.

— Tendré que llamarte mamá a partir de ahora?

También, por primera vez, Veronica percibió una intención desafiante dirigida hacia ella.

— No, Cassy. A no ser que tú elijas llamarme así — dijo ella sin alterarse — . Puedes seguir llamándome Veronica si hace que te sientas más cómoda. Tenías una madre a la que querías mucho. Creo que sería poco razonable, por mi parte esperar que empieces a llamarme con un nombre que reservabas sólo para ella.

— Algunas veces la echo mucho de menos.

La adolescente hablaba en un susurro, tenía lágrimas en los ojos mientras cogía un tomo grueso y lo metía en una caja de cartón.

— ¿Por qué tuvo que morir?

— Ojalá tuviera una respuesta para eso — dijo Veronica arrodillándose en el suelo junto a ella

— . La vida es dura a veces. Yo también echo de menos a tu madre. Era mi mejor amiga, jamás podré hablar con alguien como lo hacía con ella.

Cassy dudó. Se secó las lágrimas con la manga y le dedicó a Veronica una sonrisa desamparada.

— Puedes hablar conmigo. De vez en cuando podríamos hablar de ella.

— Gracias — dijo Veronica abrazándola — . Claro que podemos hablar de tu madre. Espero que tú y yo seamos capaces de hablar siempre, Cassy.

Veronica creyó por un momento que habían capeado su primera discusión seria, pero la expresión preocupada volvió a aparecer en el rostro de la niña.

— Veronica, me gustas. Pero me siento... un poco rara al pensar que vas a casarte con papá. Es como si él se hubiera olvidado de mamá. Si ella viviera, tú sólo serías nuestra vecina.

— Me parece que es normal que te sientas un poco rara. Crees que voy a intentar suplantarla.

— Sí, algo parecido. Ahora que papá te quiere, ¿se olvidará de mi madre?

Aquella pregunta era más compleja de lo que parecía. ¿Cómo podía explicarle a una niña de doce años que Buck no la amaba? ¿Cómo decirle que sólo se casaba por mantener unas relaciones sexuales normales y para dejar de estar sola?

— Ninguno de nosotros olvidaremos nunca a tu madre, Cassy. Vivirá en nuestros recuerdos y eso nos hará compartirlos para que nunca se aleje de nosotros. Pero ella no puede estar aquí para ayudar a Buck a ser un buen padre. A eso sí le puedo ayudar yo. Y tu padre también tiene sus necesidades...

— Te refieres al sexo.

Veronica casi se ahoga de vergüenza. De modo que así era la vida con una hija adolescente. ¡Vaya!

— Eso también cuenta, pero yo me refería a que necesita que alguien le apoye, alguien con quien compartir su vida.

Hubo una pausa mientras Cassy meditaba y digería aquello. Veronica se preparó mentalmente para darle más explicaciones, sin embargo, Cassy le sonrió.

— Nunca lo había visto de esa manera. Supongo que papá se siente muy solo. Yo también me siento así a veces porque soy la única chica de la casa. Será estupendo que vivas con nosotros, podré contar contigo cuando discuta con él.

Veronica sonrió débilmente. Le pareció que el silencio era la más sabia de las respuestas. Buck entró en la habitación en ese momento y ella estuvo a punto de saltar a abrazarle de puro alivio. Empezaba a tener dudas. ¿En qué se estaba metiendo? No tenía ninguna experiencia maternal y la relación que había mantenido con su madre no era un modelo del que pudiera servirse.

Regresó a la escuela el lunes siguiente. Se sentía casi repuesta, pero al acabar el día estaba exhausta, más por el asedio curioso de sus colegas ante el anuncio de su boda inesperada que del vigor inagotable de treinta niños de nueve años.

El miércoles anterior a la ceremonia, Buck la llevó a San Diego para ver a su madre. Veronica la había llamado para decirle que se casaba y para prometer que iría a visitarla antes de la boda. Después, el médico de su madre se había puesto en contacto con ella para pedirle una entrevista. Veronica se había apresurado a concertar la cita para la tarde del miércoles en cuanto acabaran las clases.

— ¡Guau! — exclamó Buck mientras aparcaba el coche — . Si el interior es tan impresionante como el aparcamiento, ya comprendo por qué es tan importante para ti mantenerla en este sitio.

— Es un lugar encantador. La parte de la izquierda es un jardín rocoso con senderos y bancos para los residentes que todavía pueden andar y valerse por sí mismos. Dentro, hay un recinto

cerrado para los pacientes que pueden perderse.

Buck le abrió la puerta de la clínica y la dejó pasar primero. Veronica vio, a través de los ojos de Buck, las plantas ornamentales y el mobiliario exquisito. Un sentimiento de gratitud la inundó.

— Gracias — dijo apretándole la mano — . Para mí significa mucho que ella pueda estar aquí.

Buck le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

— Tenías razón. Es un sitio muy agradable. Y tampoco huele como un hospital.

Mientras atravesaban el vestíbulo camino de la habitación de su madre, Veronica saboreó la sensación de ir de su mano. Buck la había tocado con frecuencia durante las últimas semanas, ella se había acostumbrado a la excitación suave que le provocaba la menor de sus caricias.

Habían disfrutado de muy poco tiempo para ellos, ya que habían tenido que compartirlo con los niños. La mayoría de las noches, Buck se despedía de ella con un breve beso en los labios que era seguido con interés ávido por Cassy y con disgusto infantil por Eric. La noche anterior había sido la única ocasión en que Buck había perdido el control. Había mandado a los niños a casa para que empezaran a bañarse. Apenas habían salido por la puerta cuando la tomó entre sus brazos para besarla en la boca con una exigencia absolutamente masculina que ella fue incapaz de resistir.

Cada vez más, se daba cuenta de que la intimidad con Buck no tendría nada que ver con la pasión tibia de su primer matrimonio. Sus besos provocaban un incendio en sus entrañas que sus manos no dejaban nunca de alimentar. Todo su cuerpo ardía de deseo, apenas podía respirar, y se descubría a sí misma mirando al vacío y pensando en lo que Buck podía hacerle. La idea de Buck llenándola, moviéndose contra ella y dentro de ella, provocaba entre sus muslos una sensación de fuego líquido y conjuraba una necesidad tan urgente y anhelante que se veía lanzada a un paroxismo de actividad para poder pensar en otra cosa.

— ¿No teníamos que hablar con el médico primero?

Veronica salió de su ensimismamiento para descubrir que se habían detenido frente a la puerta del médico. Miró a Buck y vio que la contemplaba con una mirada tan intensa que se sonrojó.

— ¿En qué estabas pensando? — preguntó él con un tono divertido, aunque no sonreía.

Veronica sabía que se había ruborizado. Que él pudiera adivinar sus pensamientos con tanta facilidad, no la hacía sentirse mejor en modo alguno.

— Jamás contestó mientras abría la puerta para no darle la oportunidad de insistir.

El médico que atendía a su madre era una persona con la que resultaba fácil conversar. Aunque era lo bastante joven como para ser su hermano, tenía mucha confianza en sí mismo, lo que reforzó la idea que Veronica tenía de que su madre se encontraba en buenas manos. Y, lo que era más importante, a su madre le gustaba.

— Buenas tardes, señorita Dickston — dijo el médico estrechándole la mano y mirando expectante a Buck.

— Doctor Treel, le presento a Buck Hades, mi prometido.

Era la primera vez que tenía que presentarle de aquella manera y las palabras le sonaron raras, como si estuviera mintiendo. Buck le dio la mano al médico.

— ¿No quería hablar con nosotros sobre la madre de Veronica antes de que la viéramos?

— Eso mismo — dijo el médico con expresión de preocupación — . El comportamiento de su madre ha sido un poco... digamos que ... irracional esta última semana. Quiero que se preparen para esperar cambios de humor repentinos, respuestas inusuales, e incluso estallidos de ira.

Veronica sabía que su cara reflejaba su desánimo.

— Se refiere a que ese se ha convertido en su estado normal, ¿no?

El médico le sonrió compasivo.

— Me temo que sí — dijo antes de dirigirse a Buck — . ¿Le han explicado que su madre puede ser... una persona bastante difícil?

Buck asintió, ya que Treel parecía esperar una respuesta. El médico se volvió hacia ella

— En nuestras sesiones de asesoramiento familiar del año pasado, usted nos indicó que la hostilidad de su madre parecía ir en aumento. También nosotros hemos empezado a verificarlo en su comportamiento con las enfermeras y los demás miembros del personal. Tras revisar el historial de su madre, me gustaría recomendar unas pruebas para averiguar si su comportamiento tiene un componente psicológico.

— ¿Cree usted que hay un motivo para que cada vez sea más desagradable?

La pregunta de Veronica era un tanto brusca, pero el médico asintió.

— ¿En qué clase de pruebas está pensando? ¿Serán muy molestas?

El doctor Treel hizo un gesto negativo.

— No, no serán invasivas en el sentido de que no entraremos en su cuerpo mediante la cirugía, pero existe la posibilidad de que su madre sufra algún síndrome que tenga tratamiento.

Veronica miró a Buck en busca de apoyo.

— ¿A ti qué te parece?

— Que si existe una posibilidad habría que averiguarlo.

Veronica asintió lentamente.

— Tienes razón. De acuerdo, Doctor Treel. Firmaré los permisos que considere necesarios — dijo ella sin poder evitar una sonrisa amarga — . Pero me gustaría saber cómo va a explicárselo a mi madre. Todavía cree que es ella quien toma las decisiones. ¿Qué ocurrirá si no está de acuerdo con que la sometan a esas pruebas?

El doctor Treel se sonrió mientras sacaba unos documentos de la carpeta que tenía delante.

— Creo que puedo presentarle esto a Franny de tal forma que lo encuentre aceptable. Deje que lo intente antes de empezar a preocuparse por una situación que quizá no se dé nunca. Me pondré en contacto con usted cuando haya hablado con ella y concertaremos una fecha. Si se niega, tendremos que volver a hablar antes de tomar una determinación.

Cuando terminaron, Veronica guió a Buck hasta la habitación de su madre. La había tomado de la mano deliberadamente nada más salir del despacho del médico, podía sentir su tensión en la manera en que se agarraba a él desesperadamente. Conforme se aproximaban a la habitación, Veronica le fue agarrando con más fuerza hasta llegar a hacerle daño. Buck dudaba de que fuera consciente de eso.

Cuando llegaron al pasillo donde estaba la habitación, Veronica le soltó la mano. Él no hizo comentarios, pero aquel gesto hablaba a gritos. Antes de entrar, Veronica se puso de puntillas para poder susurrarle al oído.

— Ten cuidado de no hacer ningún comentario sobre el dinero delante de ella. Aunque me confirió poderes de custodia por recomendación del médico cuando ingresó, todavía cree que dispone del dinero de la venta de la casa y de su pensión.

— No te preocupes — dijo él apretándole la mano — . Te seguiré la corriente.

Buck sintió remordimientos. ¿Cómo podía haber dudado alguna vez de la lealtad de Veronica hacia su madre? Había sobrepasado su propia capacidad con tal de darle la impresión de que todavía sujetaba las riendas de su vida. No le costaba trabajo darse cuenta de lo importante que debía ser eso para una persona mayor y enferma.

— Gracias.

Veronica le devolvió el apretón. Era evidente que todavía temía presentarle a su madre.

Enderezó los hombros y llamó a la puerta.

— ¿Preparado para meterle en la boca del lobo?

— No está cerrado — dijo una voz quejumbrosa desde el interior.

Veronica empujó la pesada puerta. Buck entró detrás de ella y vio una anciana de pelo canoso sentada junto a una mesa pequeña. En realidad se trataba de un apartamento, aunque reducido. Algunos de aquellos muebles tenían que haber llegado con su ocupante. Otra vez más, los esfuerzos que Veronica había hecho por asegurarse del bienestar de su madre se le hicieron patentes.

— Hola, madre — dijo Veronica arrodillándose y dándole un beso en la mejilla — . Este es mi prometido, Buck Hades. Ella es mi madre, Franny Alretino.

Buck se acercó mientras unos ojos azules y cansados que se parecían mucho a los de Veronica le estudiaban de pies a cabeza.

— Me alegro de conocerla, señora Alretino. Veronica me ha hablado mucho de usted.

La anciana entornó los ojos.

— Nada bueno, seguro.

— ¿Cómo te has sentido esta semana, madre? — intervino Veronica antes de que él pudiera contestarle — . ¿Quieres que te traiga algo la próxima vez que venga a verte?

Franny señaló con mano temblorosa un montón de libros que estaban sobre una mesa junto a la puerta.

— Ya me he leído todos esos. Podrías traerme algunos más. Supongo que no te habrás acordado hoy. Nunca te acuerdas de mí, ¿verdad? Ahora que estoy encerrada aquí, vives tu vida como si ya estuviera muerta y enterrada.

Veronica se puso pálida y se le saltaron las lágrimas.

— Veronica ha estado muy enferma, señora Alretino.

Veronica le miró con una súplica en los ojos. Sin embargo, Buck no estaba dispuesto a que la descuartizaran verbalmente de aquella forma.

— Estuvo a punto de que la hospitalizaran y sólo hace un par de días que ha vuelto a la escuela

— dijo mientras dejaba una bolsa donde la anciana pudiera verla — . Aquí tiene algo para leer que Veronica le ha traído. Nos sentiremos muy felices de traerle más en nuestra próxima visita.

La rara de Franny se distendió en una sonrisa de deleite, mientras que el veneno y la contrariedad se evaporaban en un segundo.

— ¡Vaya! Muchas gracias, señor Hades.

Buck tuvo la molesta impresión de que estaba coqueteando con él.

— Quizá este matrimonio sea bueno para Veronica después de todo. Es usted tan bueno como Blad. Ya sabrá que ella no fue capaz de muchas cosas. Es una ama de casa muy inútil. Nadie diría que le enseñé todo lo que sé, sobre cómo hacer que una casa fuera agradable para su hombre.

El comentario le hubiera molestado de no ser por las advertencias del doctor Treel. La señora Alretino no regía del todo. Buck se dio cuenta de que mostrarse cortés le facilitaría mucho las cosas y se dedicó a interrumpir la conversación cada vez que ella se dirigía a Veronica.

Al final, supo por el tono de su voz que Veronica se hallaba al límite de su resistencia y la obligó a ponerse en pie.

— Tenemos que irnos ya — le dijo a la anciana — . No sé si Veronica se lo habrá contado, pero tengo dos hijos. Antes de mucho rato desesperarán por una buena cena.

Para su sorpresa, la anciana le tendió la mano.

— Espero conocerlos muy pronto. Al fin y al cabo, puede que sean los únicos nietos que voy a

tener.

«Eso es lo que tú te crees». Aquel pensamiento le dejó asombrado. Imaginó satisfecho a Veronica amamantando a un recién nacido. ¿De dónde había sacado aquella imagen?

— Gracias por haberla traído — dijo la anciana con una mirada malévola a su hija — . Quizá usted la pueda persuadir de que venga a verme más a menudo.

Era una queja injusta, considerando que Buck conocía los desvelos de Veronica para asegurar el bienestar de su madre. De nuevo, se obligó a recordar los consejos del doctor.

— No será necesario. Veronica se acuerda de usted todos los días.

Antes de que la anciana pudiera lanzar otro aguijonazo envenenado contra su propia hija, Buck la sacó de allí. Ya en el pasillo, Veronica apoyó la espalda en la pared. No parecía darse cuenta de su presencia, y Buck se dio cuenta de la enorme batalla que libraba en su interior para no echarse a llorar.

Al cabo, dejó escapar un suspiro y le miró a la cara. Tenía los ojos brillantes por las lágrimas reprimidas. Pero también tenía una expresión inescrutable.

— Siento que te haya tocado hacer de árbitro. Hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

Buck deseaba estrecharla entre sus brazos, acariciarle la espalda y prometer que nunca más tendría que volver a soportar aquel suplicio. Pero presentía que ella nunca podría aceptarlo.

— No importa. Me alegro de que no tuvieras que pasar por esto tú sola.

Tenía la clara sensación de que Veronica no le escuchaba.

— Esto es lo que te espera si te casas conmigo. ¿Está seguro de que estás preparado para aceptar esta responsabilidad? .

— Completamente seguro — respondió él sin dudarle un segundo — . Además, te recuerdo que me caso contigo y no con ella. Gracias a Dios.

Veronica sonrió entonces.

— Nunca la había visto tan mal. Por lo general, sus insultos consistían en referencias veladas a mis defectos, pero hoy no se ha andado con miramientos.

— Me alegro de haber sabido que está enferma — dijo él mientras la cogía del brazo y echaba a andar hacia el vestíbulo . Sentí ganas de golpearla cuando estuvo a punto de hacerte llorar.

Aquello arrancó de Veronica una risa breve.

— A mí me pasa lo mismo de vez en cuando. Sin embargo, hoy me ha resultado más fácil. Saber que no es responsable de lo que dice y que puede haber una razón clínica, facilita mucho las cosas. No sé si me explico.

Ya habían llegado al aparcamiento y se detuvo para abrirle la puerta.

— Perfectamente. Pero esta visita me ha curado de pensar en que viva con nosotros.

Veronica asintió vigorosamente. Al pasar junto a él, Buck se vio asaltado por una conciencia clara y repentina de su feminidad. Tan fuerte fue aquella sensación que tuvo una erección instantánea. Le puso las manos en las caderas y la apretó contra sí, disfrutando del calor de su cuerpo que anticipaba promesas más dulces y abrasadoras. Veronica se sorprendió, pero como siempre, se relajó y descargó el peso de su cuerpo contra él mientras le ponía las manos en los hombros.

Parte de su atractivo estaba en su respuesta incondicional, decidió Buck mientras inclinaba la cabeza para buscar su boca. Desde la primera vez que la había besado y ella había apelado a su sentido de la decencia, había notado que su cuerpo se apretaba contra él en una muestra clara de que disfrutaba con el contacto. Y él nunca había podido olvidarla.

La besó profundamente, exigiendo una respuesta que ella le brindó de buen grado. Buck sentía sus curvas generosas y le abrió la chaqueta para acariciarle los senos por encima de la blusa. La

otra mano abarcó sus nalgas y la apretó con fuerza contra su sexo, sintiendo que se asfixiaba dentro de los pantalones.

— ¡Buck! — exclamó ella apartando los labios de su boca — . Estamos en un aparcamiento público. ¿Qué estás haciendo?

— No puedo esperar hasta el sábado — dijo con una voz tan ronca que no parecía la suya — . Te necesito en mi cama ahora. Deseo destrozarte la ropa y desnudarte y sentirte bajo mi cuerpo. Quiero besarte entera. Quiero hacerte...

Veronica le acalló poniéndole la mano en la boca. Tan se alegró al notar que aquella mano estaba temblando y que Veronica tenía las mejillas encendidas. Ella dejó caer la cabeza sobre su pecho hasta que Buck pudo ver su nuca.

El cuerpo le exigía una satisfacción inmediata, que lo liberara de aquella excitación que llegaba a ser dolorosa, pero Buck se resistió. Sólo tres días más y podría pasar la noche adorando aquel cuerpo delicioso, vertiéndose en el cáliz caliente entre sus piernas. ¡Se estaba volviendo loco! Sacó las manos del interior de la chaqueta y depositó un beso sobre su nuca.

— Vamos a casa.

Capítulo 6

Sólo un día más. Veinticuatro horas de espera y se encontraría casada. Todavía no podía creerlo. Veronica entró en la escuela con el resto de los profesores mientras se iba el último autobús. En el aula vio los signos claros de fiesta que le habían preparado.

Para su sorpresa, la madre encargada de su clase había organizado una celebración en honor de su boda y los chicos habían hecho una colecta para comprarle un regalo. Algunas de las madres que ayudaban voluntariamente durante el curso estaban allí con pasteles y enormes sonrisas en sus rostros.

Invasada por la ternura, Veronica cogió el álbum de bodas que le habían regalado sus alumnos. Había un espacio para la foto de los novios, para sus árboles genealógicos, para una descripción de una boda y para una lista de los invitados y los regalos recibidos. Pasó una mano sobre el cuero repujado. Aunque había sido una decisión apresurada, empezaba a albergar esperanzas con respecto al futuro. Buck había hecho grandes esfuerzos por darle a su relación una apariencia de normalidad y ella comenzaba a aceptarlo. Además, estaba decidida a ser la mejor esposa que hubiera existido nunca. Buck le había ofrecido mucho más que un matrimonio, le había dado una estabilidad financiera y la oportunidad de hacer realidad el sueño de tener una familia propia. Se sentía en deuda con él y sabía que nunca podría agradecerse lo suficiente.

Mientras ordenaba su mesa y guardaba los trabajos que debía calificar en la cartera, sintió aquel temblor familiar en la boca del estómago, un temblor que se había instalado allí hacía varios días, creciendo en fuerza y en insistencia cada vez que pensaba en lo que ocurriría entre Buck y ella el sábado por la noche.

— ¿Señora Dickston?

Era Debbie, la secretaria de la escuela, que la llamaba por el intercomunicador.

— ¿Sí?

— ¿Puedes venir al despacho del director para entrevistarte con el padre de un alumno?

¿Una reunión con un padre? Le extrañó, pero recogió su libro de texto y se dirigió al despacho del director sin demora. Mientras andaba, repasaba mentalmente su lista de alumnos, preguntándose cuál de ellos tenía unos problemas lo bastante serios como para que su padre fuera a hablar con ella y con el director. No se le ocurría ninguno.

— ¡Sorpresa!

Veronica se quedó con la mano en el pomo de la puerta incapaz de pronunciar palabra. Sus compañeros se apretaban en torno a la mesa que usaban para comer, sobre la que había una tarta gigante y un cuenco de ponche. Había también dos paquetes enormes de color rosa, plata y blanco y unos globos de helio que se bamboleaban a poca distancia del suelo haciendo sonar las campanillas que les habían colgado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque consiguió componer una sonrisa.

— Son una pandilla de traidores. No puedo creer que hayáis hecho todo esto sin que yo sospechara nada.

Debbie soltó una carcajada.

— Y yo que pensé que nunca te tragarías el cuento de una entrevista.

— Pues me he tragado el cuento con libro y todo. ¡menuda sorpresa! Muchas gracias a todos.

— Todavía no nos lo agradezcas. Podrían ser regalos de broma — dijo un profesor acercándole

una silla, mientras que los demás pasaban los regalos hacia ella.

La primera caja era grande y plana. Y muy pesada. La tarjeta decía que era de todo el personal. jugueteó haciendo como si se atrancaba con el lazo hasta que sus compañeros la instaron a que dejara de hacer el bobo. Cuando quitó el papel y la tapa, descubrió una bandeja de plata en la que habían grabado los nombres de los contrayentes y la fecha de la ceremonia.

Veronica estaba apabullada. Los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

— Muchísimas gracias. Es excesivo.

— Estas bodas rápidas son un tostón — dijo el profesor de literatura poniendo los ojos en blanco

— . Tendrías que haberme visto explicarle al director de la joyería por qué la compraba el lunes por la tarde y necesitaba que estuviera grabada para el viernes por la mañana.

Todos rieron y Veronica aprovechó la oportunidad para secarse las lágrimas.

— Muy bien. Ahora, a por la segunda.

Veronica obedeció y leyó la tarjeta en voz alta.

— «En realidad, esto es para toma De tus enloquecidos compañeros de cuarto curso».

Para Buck... Veronica sintió que se ruborizaba. Entornó los párpados y miró a sus mejores amigos entre el profesorado, sus compañeros de cuarto curso.

— ¿Es lo que yo creo que es?

— Ábrelo y lo sabrás — dijeron todos.

Mientras abría el paquete con cuidado, la cinta del lazo se rompió.

— Vaya, vaya! Ya sabes lo que dicen, un niño por cada cinta rota — bromeó Debbie.

— Abre ya esa caja, Veronica — dijo alguien — . Tengo el presentimiento de que será lo que te dé el empujón que necesitas para que empieces a tener niños.

Veronica sentía que le ardían las mejillas, pero su corazón dio un salto de alegría con la esperanza de que se cumpliera aquella predicción. Cuando quitó la tapa, nubes de gasa le impidieron ver el contenido. Con una lentitud casi enervante, retiró capa tras capa hasta que todos los presentes se mordieron las uñas. Pero cuando la última capa cayó al suelo, las mujeres dejaron escapar un suspiro colectivo, mientras que los hombres silbaban y daban gritos agudos.

Las chicas le habían comprado un salto de cama de color melocotón. Largo hasta el suelo y vaporoso, estaba bordeado de encajes y acompañado por una bata tan transparente como el mismo camisón. Veronica vio claramente que, aun llevando ambas prendas, revelaría más de su anatomía de lo que podría esconder. La idea de ponérselo para Buck hizo que se le secara la boca y ni siquiera pudiera tragar saliva. El rubor teñía de un color encendido sus mejillas, pero les sonrió a sus compañeros.

— Es una preciosidad.

— Ya nos contará Buck lo que le parece.

— Bueno, ya está bien. A ver, oídme todos. Yo sirvo el ponche y otro corta la tarta. Será mejor que os pongáis a la cola detrás de Veronica si queréis probarla.

Una hora después, Veronica recorría con dificultad la senda que llevaba a la casa de Buck cargada con su cartera y los regalos. Oyó que la puerta principal se abría. Recordó que Buck se había tomado el día libre para encargarse de los detalles de última hora.

— ¿Qué es todo esto? — dijo tomando los paquetes y la cartera.

— Mi clase me ha hecho un regalo, y los profesores han organizado una pequeña fiesta sorpresa para mí. Hay un pastel en esa caja blanca.

Buck alzó ambas cejas.

— Estarás contenta. ¿Vas a enseñarme los regalos?

Veronica sintió otra vez que le enrojecía el rostro.

— Ve tú delante y ábrelos.

Buck le ayudó a quitarse el abrigo y dejó la caja con el pastel sobre el mostrador antes de lanzarse sobre los paquetes. La suerte quiso que primero encontrara el álbum y la bandeja.

— Me encantan los regalos. ¡Vaya! Tienen que quererte mucho.

— ¿Y por qué no iban a quererme?

Buck cogió la tercera caja y quitó la tapa. Veronica sintió que las mariposas que revoloteaban en la boca de su estómago se convertían en grandes pájaros que se estrellaban contra las paredes de su vientre.

Buck no respondió a su frase, se limitó a sacar el salto de cama. La prenda transparente tenía un aspecto ridículamente diminuto entre sus grandes manos. Mientras ella le observaba con la boca seca e hipnotizada, Buck se lo puso sobre el brazo de forma que Veronica pudo ver su vello oscuro por debajo del tejido fino. Luego la miró. Veronica supo cómo se sentía una gota de agua al caer sobre una sartén caliente y disolverse en un vapor tórrido.

Buck se levantó. La caja y el salto de cama quedaron olvidados en el suelo. Un paso le llevó a su lado, un movimiento de sus brazos y se sintió aplastada contra su cuerpo.

— Sólo un día más — dijo junto a su boca — . Un día más y serás toda mía.

Veronica cerró los ojos al sentir que la besaba. Sólo un día más... Sintió escalofríos al pensar en la noche de bodas que la esperaba. Le deseaba con locura, pero al mismo tiempo era muy consciente de la dominación física que ejercía sobre ella sin esfuerzo aparente.

Siempre era él el que ponía fin a sus frenéticos episodios de caricias. Siempre era él el que mantenía el control cuando Veronica quedaba reducida a un cuerpo descerebrado que vibraba de deseo... Dejó de pensar, seducida por la magia dulce de aquella lengua y el fuego de sus manos sobre los senos.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió de golpe.

— ¡Hola, papá! Ya estoy aquí. — dijo la voz infantil de Eric.

Buck alzó la cabeza. Ella quedó exánime y rendida entre sus brazos. Sin la droga adictiva de sus besos, sus pensamientos volvieron a asaltarla. Si Buck hubiera querido poseerla allí mismo, sobre el suelo, ella no hubiera tenido el sentido común de protestar.

Pero Buck. se envolvía en aquel control de sí mismo formidable. Le abrochó la blusa y la soltó un segundo antes de que Eric apareciera en el salón a la carrera para enseñarles sus nuevas revistas de baloncesto.

Cuando se despertó el sábado por la mañana, oyó que la lluvia golpeando con su ritmo irregular en el cristal de la ventana. Paseó la vista por la habitación. Las paredes desnudas le recordaron que aquel era el día de su boda. Aquella era la última mañana que se despertaba sola en la cama, la última mañana en la que no tenía a su lado otra persona que la necesitara.

Cuando se había casado con Blad su cabeza había estado llena de fantasías sobre una familia extensa y una vida compartida. A Blad le habían bastado menos de dos años para destruir su fe en sí misma y el amor que sentía por él. Con Buck no habría disgustos ni sorpresas.

Volvió a contemplar el cuarto. No quedaban muchas cosas en aquella casa. En una semana, Buck y los niños la habían ayudado a deshacerse de todo lo que había acumulado a lo largo de casi tres décadas de existencia. Había conservado los libros y la ropa, pero muy pocos muebles. Aparte del despacho que había sido de su abuelo, el baúl de cedro de su abuela y el reloj que le habían regalado a su madre en el día de su boda, sólo se había quedado con el juego de comedor. Buck había insistido en que estaba en mejor estado que el suyo, que había tenido que sobrevivir a dos niños, pero sospechaba que su verdadera intención era que ella se sintiera más cómoda con

la mudanza.

Una duda repentina la asaltó. ¿Estaría loca por pensar que aquello podía funcionar? El montón de las dificultades le pareció más grande que la perfección de los besos de Buck a la luz fría de aquella mañana. Cuando sacó el vestido de novia del armario, sintió un nudo en el estómago que era más producto del dolor que del deseo.

¿Y si Buck se equivocaba al creer que ella podía encajar en su familia?

Unos minutos antes de las once, Buck llamó a su puerta. Ella estaba preparada y dispuesta, pero el corazón se le subió a la garganta impidiéndole respirar.

Lentamente, cogió el pomo y abrió la puerta. Su presencia la golpeó con la fuerza de una ola de cinco metros y se sintió como una criatura marina atrapada entre las furiosas corrientes del cambio de marea.

Se dijo empecinadamente que no era a primera vez que le veía con traje. Pero, demonios, iba a casarse con ella llevando éste traje. Esa idea hizo que su corazón se tranquilizara. Sin embargo, le latía con tanta fuerza en el pecho que temió que Buck pudiera oírlo.

Buck estaba recién duchado y afeitado. Los mechones castaños de su pelo negro brillaban, el traje en cuestión enmarcaba sus hombros perfectamente. Se había puesto un capullo de rosa en la solapa. El color rosa hacía juego con el ramo que le presentó al abrir la puerta. Sus ojos verdes la devoraron sin disimulo. Halagada por el deseo que veía en aquellos ojos, aceptó el ramo de rosas.

— Gracias. Son perfectas.

Buck le había comprado un ramo sencillo, tan sólo decorado con helechos y una cascada de cintas de color rosa y marfil que caía de él. Se llevó las flores a la cara para aspirar su aroma. Buck carraspeó.

— ¿Lista para convertirte en una mujer casada?

Si Veronica no le hubiera conocido mejor, habría pensado que estaba tan nervioso como ella. Pero era una tontería. ¿Por qué habría de sentirse nervioso? Era ella la que se había tragado el orgullo al permitirle a Buck que cargara con sus responsabilidades. Era ella la que ganaba una familia ya formada que podía guardarle rencor por el hecho de pretender sustituir a su primera mujer. Era ella la que se casaba con un hombre que nunca podría amarla como ella le amaba ...

¿Como ella qué? Apretó con fuerza el ramo mientras el resto de la frase resonaba en su pensamiento.

Como ella le amaba.

¡Dios! No se atrevió a mirarle. ¿Cuánto tiempo hacía que le quería?

¿Durante cuánto tiempo lo había negado, primero por lealtad hacia Daisy, y después por fidelidad a su memoria?

— ¿Veronica? ¿Estás lista?

Buck no sabía lo que estaba pensando, pero la expresión de su rostro le estaba poniendo nervioso. ¿Acaso iba a echarse atrás en el último momento?

Quizá fuera lo mejor. Cuando se había levantado aquella mañana, la locura que estaba a punto de cometer casi le había asfixiado. Nunca podría reemplazar a Daisy, la había amado demasiado. Contraer matrimonio de nuevo le parecía una traición a ese amor.

Y sobre todo con Veronica. No quería casarse con cualquier mujer, sino con aquella mujer en particular. Deseaba a Veronica más de lo que nunca había deseado a ninguna mujer, pero eso no quería decir que tuviera que casarse con ella. En realidad, era increíblemente egoísta por su parte, extasiarse ante la idea de tenerla en su cama todas las noches. Y cuando pensaba en

tenerla, quería decir poseerla. ¿Cómo tenía valor para hacerle eso a los chicos? Jamás se adaptarían a una madrastra. Él mismo nunca se adaptaría a otra esposa, sólo a Daisy.

Mientras consideraba la posibilidad de decirle que se habían precipitado en su decisión, Veronica sonrió débilmente sin mirarle a los ojos.

— Estoy preparada.

Su voz era suave, tan suave como las curvas de su cuerpo. Buck se avergonzó de la facilidad con que sus hormonas hacían enmudecer a su sentido común. Y fueron sus hormonas las que contestaron por él.

— Bien. Cassy y Eric nos esperan en el coche.

Y fueron esas mismas hormonas las que la escoltaron bajo un paraguas y le abrieron la puerta, contemplando ávidamente cómo su vestido se enredaba con los asientos y se apretaba contra sus nalgas, marcándolas claramente.

Y sus hormonas le llevaron hasta el asiento del conductor, donde puso el coche en marcha para ir a la capilla y casarse con aquella mujer porque la deseaba tanto que no podía hacer otra cosa. Y también porque sólo de pensar que otro hombre pudiera descubrir el fuego que había en ella, le daban ganas de rechinar los dientes.

El pastor los recibió en la puerta de la capilla, acompañado de su esposa. Sin ceremonias, todos pasaron al interior. Hasta que el pastor no empezó a recitar aquellas palabras tan familiares, Buck no se dio cuenta de lo duro que iba a resultarle aquello.

En su corazón, Daisy estaba a su lado. En su corazón, era el mismo hombre joven, enamorado por primera vez, y al que aguardaba un futuro rebosante de felicidad. En el futuro que él imaginaba el día de su primera boda no había sitio para palabras feas como «cáncer» o «terminal» o «viudo».

Cuando llegó el momento de confirmar su compromiso con la mujer con la que se estaba casando, no pudo mirar a Veronica. La pena que creía haber superado le atenazó con garra de acero. Sólo pudo mirar al frente y murmurar con los dientes apretados, «Hasta que la muerte nos separe», y luego escuchar en silencio cómo el ministro repetía los votos para su esposa.

Eric le entregó el anillo y él se lo puso en el dedo en el momento adecuado y esperó mientras Cassy le entregaba a ella el que Buck había escogido. Se dio cuenta de que Veronica tenía las manos heladas, aunque todavía no la había mirado a la cara.

La ceremonia terminó, Buck dio gracias a Dios de que hubiera sido tan breve. Firmaron el certificado de matrimonio, recibieron las felicitaciones del reverendo y su esposa y salieron de la capilla a la lluvia para meterse en el coche e ir al restaurante donde habían reservado una mesa para celebrarlo. Le costó verdaderos esfuerzos actuar con normalidad, pero le pareció que tenía éxito porque ni Cassy ni Eric dieron muestras de darse cuenta de nada. De hecho, los niños estaban de muy buen humor y no les pidieron que entraran en su conversación, lo que a Buck le pareció perfecto.

Se veía bombardeado por los recuerdos de su vida con Daisy, que acribillaban su conciencia al ritmo de la lluvia que no había dejado de caer. La había amado hasta la locura.

Su único fallo imperdonable, aquel beso furtivo, le mortificaba y se descubrió odiando a la mujer con la que acababa de casarse. Buck sabía que acababa de mantener con Daisy una de sus primeras discusiones serias sobre el tratamiento que debía haber seguido en las primeras fases de su recién diagnosticada enfermedad. Sin embargo, no podía recordar las palabras que había pronunciado.

Por otro lado, recordaba al detalle haber acompañado a Veronica a su casa, la excitación que había sentido al ver las curvas de su cuerpo a la luz de la luna, la intimidad que habían

compartido bajo su pequeño porche cubierto. Veronica le había parecido cálida y generosa cuando más había temido que Daisy fuera a abandonarle. Se había odiado a sí mismo inmediatamente después, pero durante los minutos en que se había permitido besarla, habría podido jurar que había reaccionado con la misma intensidad que él.

Pero todavía le mortificaba que hubiera sido ella la que le hubiera pedido que se detuviera. Todavía le parecía escuchar sus palabras, sentir la presión de sus manos contra su pecho.

— Buck, me pareces muy atractivo. Pero los dos queremos a Daisy.

Esto le haría un daño terrible.

Y había tenido razón. Había sido un error entonces y le seguía pareciendo un error.

Regresaron a la casa después de comer. Los niños ayudaron a Veronica a trasladar unas pocas cosas que quedaban y a instalarse en el dormitorio principal. Después, a media tarde, Buck los llevó a casa de unos amigos para que pasaran la noche.

Había sido idea suya pasar su primera noche sin los niños para disponer de un poco de intimidad. Pero en cuanto abrió la puerta a su regreso, odió aquel silencio.

Veronica salió de la cocina con un cucharón en la mano.

— Estoy preparando una sopa para no andar con prisas esta semana.

Nos servirá para cenar cualquier noche de estas.

— No tienes por qué cocinar — gruñó él sin pretenderlo — . No me he casado contigo por tus habilidades como ama de casa.

¿Había hecho Veronica una mueca de dolor o había sido su imaginación?

— Me gusta cocinar — dijo ella apartando la mirada.

Buck se pasó una mano por el pelo. ¿Y ahora qué? Había planeado llevarla a cenar a algún sitio agradable para después volver a casa y hacerle el amor hasta la saciedad. Pero la idea de seducirla ya no le parecía tan atractiva. Descubría de repente que necesitaba estar solo. No podía quedarse allí charlando con su mujer ni un segundo más.

— Me he traído un poco de trabajo. Estaré en mi despacho si me necesitas.

Giró sobre sus talones antes de que ella pudiera responder y se metió en su despacho cerrando de un portazo. Se quedó allí el resto de la tarde e incluso consiguió concentrarse en el trabajo de vez en cuando. Oyó que Veronica se movía por la casa. Un poco antes de las seis, subió al piso de arriba y ya no la oyó bajar.

A las nueve y media, dejó de fingir que tenía algún interés por lo que estaba haciendo, ¿Qué demonios hacía Veronica allá arriba? Llevaba más de una hora oyendo sus pasos arriba y abajo, abriendo y cerrando puertas.

¿No se le había ocurrido ponerse a limpiar?

De alguna recóndita parte surgió la imagen de su rostro mientras él se inclinaba para besarla en la boca. Sus labios dulces, generosos... Veronica no había tratado de poner a salvo el orgullo masculino de Buck cuando, con aquel primer beso, le había confesado que le encontraba atractivo. Ninguna mujer podía ser tan buena actriz.

La culpa le asaltó mezclada con la sensualidad del recuerdo. El día de su boda y él se había portado como un auténtico sinvergüenza. Sí, echaba de menos a Daisy, pero quizá Veronica tuviera que luchar contra sus propios fantasmas. Era hora de olvidarse del pasado y mirar juntos a la vida de frente. Escondarse en su despacho, negando a su esposa el día de la boda no era una buena manera de comenzar. Tragó saliva. Le debía una disculpa.

Dejó el lápiz sobre el escritorio de un palmetazo, abrió de un tirón la puerta y subió los escalones de dos en dos. Justo cuando tomaba el recodo del pasillo, la puerta del cuarto de huéspedes se abrió y Veronica salió al pasillo.

Llevaba una bata vaporosa de una tela que no pudo identificar. Se había quitado el maquillaje de la cara, pero seguía llevando el mismo peinado que en la ceremonia.

Aunque el atuendo de color melocotón era sobrecogedor, lo que le dejó sin habla fue la sonrisa que ella le dedicó antes de desearle buenas noches y meterse en el cuarto de los invitados.

— ¿Buenas noches? ¡Demonios, Veronica! ¿Qué significa esto? ¡Es nuestra noche de bodas!

La puerta se cerró y oyó el sonido del pestillo.

— Me sorprende que lo recuerdes — dijo Veronica con una voz inexpressiva desde dentro.

Entonces se dio cuenta de que lo que había estado oyendo era que Veronica había trasladado sus cosas del dormitorio principal a la habitación de los invitados. Estaba furioso. No le importaba el hecho de haber sido él el que había puesto una distancia infranqueable entre los dos. Veronica era su mujer. E iba a dormir con él.

— Para ya, Hades. ¿A quién quieres impresionar comportándote como un cavernícola?

Le costó un gran esfuerzo, pero logró dominar su ira. Veronica no se la merecía. Los recuerdos que le atormentaban no eran culpa de ella y tampoco era justo que la utilizara como chivo expiatorio. Alzó una mano y se obligó a llamar suavemente a la puerta que ella acababa de cerrarle en las narices.

— ¿Veronica? ¿Quieres hacer el favor de salir un momento?

Durante un rato no hubo respuesta. Buck llegó a creer que iba a ignorarle. Pero Veronica abrió la puerta. Había empezado a deshacerse el peinado. Tenía los ojos muy abiertos. Buck vio con claridad que la había herido profundamente.

— Lo siento — dijo en un suspiro — . El día ha sido más duro de lo que me figuraba. ¿Quieres tomar un baño caliente conmigo?

No se le ocurrió otra cosa. No podía prometer que hablarían, que intentaría comunicarse con ella. Sin embargo, ella debió de entender lo mucho que le habían costado aquellas pocas frases porque, tras una pausa que pareció durar horas, asintió.

— Deja que me ponga un bañador y en seguida bajo.

Buck ya estaba metido en el agua cuando ella bajó al sótano. Buck tenía el baño caliente allí. Se recordó a sí misma que a partir de aquel día también era su baño. Veronica intentó ahuyentar las sombras de su mente.

— Será maravilloso tener el baño caliente en la casa. Es lo que menos me gustaba de la mía, tener que salir con una temperatura de bajo cero para tomar un baño.

No le gustó que la mirara mientras se metía al agua. Podía haber perdido algunos kilos, pero no estaba más segura de su figura que antes. Comparada con Daisy, ella estaba... bien, más abundante era una buena manera de decirlo.

Descubrió que Buck estaba sonriendo. Era tan inesperado después de lo que había ocurrido durante la tarde que tuvo que preguntar.

— ¿Qué te parece tan divertido?

— Nada. Me preguntaba por qué te has puesto un traje de baño esta noche cuando normalmente no llevas nada.

— ¿Por qué...? — empezó ella antes de quedarse con la boca abierta —. ¿Has estado espíandome? Eso es lo más bajo, lo más sucio que ...

Pero Buck se reía a carcajadas. La cogió por los hombros y se la puso sobre el regazo.

— Vamos. No sabía cómo iba a decírtelo. Estaba seguro de que te enfadarías.

— ¿Enfadarme? Eso ni siquiera empieza a describir cómo me siento al saber que había alguien mirándome cuando yo creía estar sola.

A Veronica le sobraban dedos en una mano para contar las veces que le había visto reír sin inhibiciones. La risa transformaba la seriedad de su expresión y le hacía parecer más cercano y casi guapo. Notaba el vello de sus piernas contra sus muslos, pero se sentó muy rígida, negándose a sucumbir ante su abrumador atractivo masculino. El dolor que había ido creciendo durante la tarde, unas horas interminables en que su marido había parecido olvidarse de que existía, alimentaba la indignación que sentía.

— No puedo creer que hicieras eso. Ya soy bastante tímida con mi cuerpo y ahora descubro que lo has estado criticando mientras que...

— Veronica. Me gustaba lo que veía. Me gustaba mucho — dijo recuperando su expresión seria — . Sabía que no estaba bien, pero tú podrías evitarlo.

Su sinceridad la desarmó. Cuando se olvidó del enfado un momento, se dio cuenta con asombro de que hablaba como si de verdad le gustara su cuerpo. Buck la abrazó, ella no opuso resistencia.

— Siempre me has vuelto loco. Soñaba con esto — dijo poniéndole las manos sobre los senos — . Con acariciarlos y ver cómo los pezones se erguían para mí. También sé que te atraigo. Es algo que no puede ocurrir con una sola persona. Ven aquí y deja que te demuestre lo bien que podemos pasarlos juntos.

Sin embargo, en un rincón de su mente, ella se resistió a perdonarle completamente por lo que había sucedido aquella tarde. Pero Buck parecía leerle el pensamiento.

— Siento que te hayas sentido ignorada. Tenía que solucionar algunos problemas conmigo mismo antes de... poder estar contigo.

No era mucho, pero amándole como ella le amaba no necesitaba más. Buck le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle el rostro y capturar su boca en el beso que había anhelado durante todo el día. Sus sentimientos estallaron en un infierno candente. Aquel era Buck, el hombre que ella amaba. Había conseguido llegar allí donde deseaba estar, sería una estúpida si permitía que el orgullo se interpusiera entre ellos.

Al principio, Buck se limitó a delinear con la lengua el contorno de sus labios. Gradualmente, la caricia se hizo más profunda, hasta que bebió de su boca con movimientos rítmicos y penetrantes que encendían fuegos en las entrañas de Veronica. Poco a poco, fueron devorando la distancia que los separaba hasta quedar estrechamente abrazados.

Buck le bajó un tirante del bañador hasta que un seno quedó libre. Veronica apartó los labios de su boca y escondió la cara en su hombro. Cuando liberó el otro seno, Veronica apenas pudo respirar de excitación. La cogió de los hombros, apartándola de su cuerpo y ella apenas podía creer la mirada de deseo voraz que siguió sus movimientos mientras se quitaba el bañador y lo dejaba sobre el suelo de cemento.

Era obvio, más que obvio, que él la deseaba. En el rincón de su corazón, donde atesoraba su más preciado sueño, pensó que si la deseaba, si tan encantado estaba con su cuerpo, quizá podría lograr que la amara algún día.

— He soñado tanto tiempo con este momento — dijo él con un susurro gutural.

Con una mano le abarcó el pecho, mimando el pezón con la yema del pulgar. Contempló cómo se erguía bajo sus caricias y entonces intensificó el ritmo hasta hacerla jadear. Justo cuando creía que no podría resistirlo, Buck se inclinó y ella se preparó para un nuevo asalto de sensaciones.

Sus labios se cerraron sobre la cumbre erecta que había creado y ella jadeó y se arqueó contra él. Sin que una cuchilla de deseo abrasador anidaba entre sus piernas, un tormento insistente que crecía en exigencia cada vez que el agua lamía su piel sensibilizada.

Y como si adivinara su tormento, Buck siguió los contornos de su cuerpo hasta llegar a la cara

interior de sus muslos.

— Por favor! — gimió ella, invitándole a acariciarla más íntimamente.

Buck no la defraudó. Lenta, deliberadamente, recorrió la cara interior del muslo. Veronica creyó ser una tira elástica que cada vez se tensaba más y más. Buck encontró al fin la carne secreta y suave que anhelaba sus caricias. Ella gritó mientras se apretaba contra su mano, que buscaba y acariciaba, hasta que Veronica inició un movimiento rítmico e instintivo contra ella.

Entonces Buck retiró la mano y ella quedó exánime entre sus brazos.

— ¿Qué...? ¿Por qué...?

Pero antes de que pudiera formular la pregunta, el agua del baño se convirtió en un torbellino y se dio cuenta de que él había encendido las turbinas.

La mano volvió a buscarla de inmediato y ella se dejó arrastrar por aquella sensación. Podía sentir su erección bajo las nalgas y se preguntó a qué estaba esperando. Sin embargo, dejó de pensar cuando sintió que un dedo largo investigaba el interior de su pasaje más sensitivo.

Veronica estiró las piernas para echarse sobre aquel dedo y Buck no dudó en aprovecharse de su ofrecimiento. La alzó en peso, poniéndola contra la pared del baño. Veronica se quedó apabullada al sentir la corriente de agua en su zona más ardiente. Era excesivo. Siento que una ola se levantaba en su interior, arrastrándola sobre su cresta espumosa hacia el pulsar de aquella agua turbulenta y la caricia abrasadora de aquel dedo deslizándose en su interior. Se convulsionó entre sus brazos, sólo remotamente consciente de que Buck le susurraba.

— ¡Eso es! ¡Déjate ir, cariño! ¡Déjate ir!

Estaba exhausta cuando el clímax concluyó y Buck tuvo que sujetarla, ya que ella era incapaz de moverse. Pero Buck no pensaba darle tiempo para recuperarse. Se puso de pie mientras la sostenía por la espalda, de modo que sus piernas se entrelazaran bajo el agua. Buscó su boca para besarla con toda la fuerza de su pasión. Entonces se retiró un poco y Veronica se dio cuenta de que se estaba quitando el bañador. Sintió contra ella toda la potencia de su erección.

Tampoco esa vez Buck le dio tiempo a disfrutar de lo que veía. Veronica sintió que sus manos la levantaban por las caderas mientras él empujaba hacia delante para entrar en ella. Sin dudarle un segundo, Veronica cerró las piernas en torno a su cintura mientras apoyaba las manos sobre sus hombros, brindándole la oportunidad de controlar el movimiento de ambos cuerpos.

Buck gimió.

Veronica se relajó, haciendo que él se hundiera más profundamente en su carne. Buck gimió otra vez. El sonido rebotó contra las paredes de la habitación y cuando murió pareció llevarse los últimos restos de su dominio de sí. Con un gruñido animal, Toro echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que empezaba una serie de embestidas rápidas y contundentes, manteniendo las manos firmemente sujetas a sus caderas. Veronica se encontró completamente abrumada por aquel ritmo, por aquel cuerpo grande y aquel pecho caliente.

Cada vez que empujaba, otra llama viva se encendía en sus entrañas, sumándose al incendio que la consumía por dentro. Por debajo, el agua le acariciaba las nalgas. Veronica no lo había creído posible, pero mientras él alcanzaba una plenitud desgarradora entre sus brazos, ella alcanzó un segundo clímax que la dejó inconsciente de todo lo que no fuera el agua a su alrededor. Las piernas de Buck cedieron y buscó asiento en el banco del baño.

Se quedaron descansando un momento, con sus cuerpos todavía unidos íntimamente. Pero, al contrario que antes, el movimiento del agua no resultaba acogedor.

— Vamos a la cama.

Veronica se separó de él arrancándole un suspiro al salir fuera de su cuerpo.

— Ha sido estupendo — continuó él — . Si el agua no estuviera tan caliente, podría haber

pasado toda la noche aquí.

— ¡Hum!

Veronica sonreía mientras él la ayudó a salir del agua y la envolvía en un albornoz. Estaba demasiado exhausta para hablar. Su sonrisa se ensanchó al recordar lo mucho que lo había preocupado fracasar en darle satisfacción. Toro parecía más relajado que nunca.

Veronica encontró un placer inesperado al recordar cómo había gemido mientras perdía el control. Se había vuelto loco por ella después de haber pasado la tarde refugiado en la guarida de su despacho.

Entonces se dio cuenta de lo difícil que debía haber sido ese día para él. Primero había conseguido enfurecerla para luego tranquilizarla. Quizá necesitaba hacerlo para dejar de compararla con Daisy. Si lo que acababan de compartir había sido tan intenso para Buck como lo había sido para ella, no creía que las comparara.

Buck se ató una toalla a la cintura y le pasó un brazo por los hombros para guiarla al dormitorio y a la amplia cama de caoba que a partir de aquel día iba a compartir con él.

Capítulo 7

Veronica se despertó en medio de la quietud de la noche para descubrir que su mano estaba todavía entre sus piernas; su boca, un tormento sensual sobre el seno. Rodó sobre su espalda e introdujo la mano entre sus cuerpos, buscando su masculinidad que se endurecía, disfrutando con el tacto sedoso de aquella carne pulsante. Buck permitió que le acariciara unos minutos y después le sujetó ambas manos por encima de la cabeza. Le separó las piernas y entró en ella con una caricia larga y continuada.

Era perfecto. Hacía frío en el cuarto a oscuras, pero debajo de las mantas los envolvía un capullo cálido. Buck tenía la espalda resbaladiza de sudor mientras le exigía una respuesta que ella daba desesperadamente. Cuando el ritmo aumentó, él empezó a gemir con cada movimiento. Deslizó una mano entre ambos para acariciar su carne de mujer hasta que ella se convulsionó, arrastrándole con las contracciones de su cuerpo a una plenitud espasmódica.

Buck se quedó dormido a los pocos momentos, después de rodear con sus brazos y sin haber salido de ella.

— Ya te he dicho que podría quedarme toda la noche ahí — dijo con un último beso.

Veronica se sintió más feliz de lo que había sido nunca tumbada sobre él con la cabeza apoyada en su hombro. Siempre había presentado que sería así con Buck. Su sexualidad ardiente consumía cualquier freno que ella intentara poner a su corazón. Sin embargo, eso también le daba miedo.

Por mucho que deseara tener un hijo propio, no se había casado con él por el dinero ni por los hijos, ni siquiera por el sexo, aunque había resultado ser una maravilla. Se había casado con Buck porque le amaba, porque le había amado en silencio durante años sin siquiera atreverse a admitirlo ante sí misma.

Y era terrorífico porque sabía que él no la quería.

Buck reconoció el aroma de la lasaña en cuanto abrió la puerta. Se le hizo la boca agua. Fue a su despacho a dejar el portafolios y Veronica se asomó a la puerta de la cocina. Había empezado a saludarle nada más entrar todas las tardes. Buck se sentía cada vez más satisfecho.

— Hola. La cena estará lista dentro de cinco minutos.

Veronica le dio un beso rápido y sonrió cuando él la retuvo por la cintura y la obligó a volver para explorar su boca en profundidad. Llevaban casados dos semanas y todavía no había logrado saciarse de ella.

— Ya te he dicho que no tienes por qué cocinar todos los días.

— Y yo te dije que no lo haría. Pero el partido de Eric empieza a las seis y se me ocurrió que si preparaba algo no tendríamos que ir con tantas prisas.

— Gracias.

Buck bajó la cabeza para volver a besarla, disfrutando de la reacción de su cuerpo cuando la acariciaba. Había echado de menos la suavidad de una mujer más de lo que se había imaginado. Casarse con ella había sido una de las mejores ideas de su vida y estaba decidido a demostrarle lo mucho que su presencia significaba para él.

— Veronica, ¿está limpio mi equipo de béisbol?

Era Eric, que bajaba a la carrera los escalones. Buck suspiró y se separó de ella. A Veronica le disgustó la interrupción tanto como a él, pero se volvió hacia el niño con una sonrisa en los

labios.

— Está en la secadora. ¿Por qué no vas a ver si ya está listo?

Mientras Eric bajaba la escalera del sótano, Cassy apareció en la puerta del comedor.

— Veronica, ya he terminado con los deberes de lengua. Oye papá. ¿Por qué tengo que ir yo también a ese estúpido partido de béisbol?

— Hola. Yo también me alegro de verte — dijo él en un tono cortante.

Tenía la impresión de que su hija iniciaba un conflicto en cuanto le oía abrir la puerta. Cassy abandonó su postura desafiante y sonrió ante su reprimenda indirecta.

— Hola, papá.

Entonces cruzó los brazos sobre el pecho y su sonrisa se esfumó.

— Dime, ¿por qué tengo que ir? Si la mitad de las veces Eric ni siquiera atina con la pelota.

— Eso no es justo, Cassy. Eric tiene la mitad de años que tú e intenta hacerlo lo mejor que puede.

— Estupendo. Pero siguen sin gustarme esos juegos estúpidos. ¿No puedo quedarme en casa?

— Ya lo hemos discutido antes. No me siento cómodo dejándote sola tanto tiempo por la noche.

La cara de Cassy enrojeció de ira.

— ¡Me tratas como si fuera una cría! Apuesto a que Veronica no me obligaría a ir.

Cassy miró a su madrastra, suplicando claramente que intercediera a su favor. Veronica dudó un momento antes de intervenir.

— ¿Crees que ya eres demasiado mayor para ir a los partidos de Eric todas las semanas?

— Son una estupidez — dijo ella mientras asentía con entusiasmo.

— ¿Y quieres quedarte en casa?

Otro asentimiento. Presintiendo que tenía una victoria potencial al alcance de la mano, Cassy se aventuró a añadir algo más.

— Seré buena. Lo prometo.

Buck resopló. No le gustaba nada que Veronica estuviera a punto de ceder.

Cassy no iba a quedarse sola en la casa de ninguna de las maneras.

— Confiamos en ti — dijo Veronica —. Estoy segura de que demostrarás tener sentido común.

Entonces, Veronica miró a Buck para calibrar su expresión. Él le devolvió la mirada sin mover un solo músculo. Su irritación comenzó a convertirse en furia. Veronica no debía oponerse a sus decisiones delante de Cassy.

— Te sugiero un compromiso, Cassy — prosiguió ella —. Quieres que se te permita hacer algo nuevo. A tu padre le preocupa qué es lo que quieres hacer.

Veronica volvió a mirarle. Buck se dio cuenta de que le estaba pidiendo comprensión.

— Esta noche no tenemos tiempo de discutirlo en profundidad. Podemos quedar para hablar mañana por la noche, ¿qué te parece? Quizá podamos llegar a algún tipo de acuerdo que os convenza a los dos.

A Buck no le hacía la menor gracia. Pero tenía que admitir que sus tratos con Cassy no habían dado resultados positivos. Quizá podían intentarlo a la manera de Veronica.

— Estoy dispuesto a que lo discutamos mañana, pero no tengas demasiadas esperanzas — dijo como advertencia para su hija.

— Supongo que lo podemos hablar — dijo la niña.

Y entonces, como si nada de lo que Veronica acababa de decir le hubiera entrado en la cabeza, volvió a adoptar su actitud desafiante.

— ¿Pero qué pasa esta noche? ¿Puedo quedarme en casa?

— Esta noche no — dijo Veronica antes de que él se pusiera a rugir —. ¿Por qué no te llevas un

libro para pasar el tiempo?

Cassy juntó sus cejas en una línea recta. Buck reconoció aquella expresión. Era la misma que él veía todas las mañanas en el espejo al afeitarse.

— ¡No quiero leer! Ya soy grande y puedo quedarme sola. No quiero ir a un estúpido partido de párvulos.

Cassy se fue dando unos zapatazos deliberadamente fuertes. En el silencio que sobrevino a continuación, Veronica sacudió la cabeza y le sonrió con gesto preocupado.

— ¡Vaya éxito con mi intento de aligerar la situación!

— Pero tienes razón.

Le costaba trabajo admitir que el seguimiento de los niños ya no era una responsabilidad exclusivamente suya. Acababa de tener un ejemplo.

— Creo que tendré que mostrarme un poco más flexible. No me gusta la idea de que Cassy se quede sola en casa, pero podemos discutirlo.

— Ya hemos quedado mañana con ella.

— Sí, bien.

A Buck no le encantaba la idea de tener otra discusión a gritos con su hija mayor.

— Mira, yo pongo la mesa si tú le ayudas a Eric a buscar su equipo.

Tras la cena, todos fueron al partido. Cassy se compró una novela romántica para adolescentes y enterró la nariz en ella en cuanto su padre puso unas sillas para su familia junto a los bancos de madera destinados a los espectadores. Veronica había llevado una carpeta con tareas escolares que comenzó a corregir en seguida. Sin embargo, Buck sabía por las semanas anteriores que, en cuanto Eric saliera al campo, dejaría su trabajo para animarle. Volvió a sentirse contento y satisfecho mientras acompañaba a su hijo al banquillo. Veronica había encajado en su cama como si estuviera hecha a su medida. Ahora estaba encajando en su familia, incluso mejor de lo que él se había atrevido a esperar.

Buck cogió un bate y se metió varias pelotas en los bolsillos de la chaqueta. Como ayudante voluntario del entrenador, había descubierto lo mucho que disfrutaba enseñando a aquellos hombrecillos a mejorar su juego. Su única preocupación había sido que no podía controlar a Cassy mientras estaba con los niños, pero con Veronica allí para echarle un ojo, se habían terminado sus ansiedades.

— ¡Hades! Si yo acabara de casarme, estaría en un sitio más agradable que el campo de béisbol

— dijo uno de los otros voluntarios.

Buck sonrió.

— No creas que no me gustaría, Lex, pero los niños son primero.

Lex movió la cabeza como si Buck fuera un caso perdido y se echó la gorra hacia atrás, mostrando su calva.

— Me defraudas, Hades. ¿Dónde vamos a parar? Ni siquiera te la has llevado de luna de miel. ¿No sabes que las mujeres necesitan que seamos románticos con ellas?

— Yo soy romántico — se defendió Buck — . Sólo porque no hayamos ido de luna de miel no quiere decir que sea una especie de ogro.

— ¿Sí? ¿Le has mandado flores la primera semana de vuestro aniversario? ¿La has llevado a cenar a un sitio especial sin los niños, para mirarla a los ojos y hacer manitas por encima de la mesa? ¿Le has comprado un salto de cama nuevo para compensarla por el que le destrozaste en la noche de bodas en un arrebató pasional?

Buck se marchó con su grupo riendo, pero la sonrisa no le duró mucho en los labios. Quizá había algo de verdad bajo las bromas de Lex. No había hecho nada especial para su mujer. Ni siquiera

se le había ocurrido mandarle flores y, después de chasca inicial en la noche de bodas, ni siquiera había vuelto a ver el salto de cama de color melocotón. Buck no se consideraba un cobarde, pero había algunos temas que un hombre inteligente no sacaba a relucir.

Frunció el ceño cuando le lanzó una pelota al primer chaval y este falló al recogerla. Lex tenía toda la razón. Veronica merecía un poco de romanticismo en su relación. Lo arreglaría al día siguiente sin falta.

Le tocaba batear a Eric. Golpeó y falló la primera bola. Veronica gritó animando desde su asiento. Incluso Cassy sacó la nariz de su libro para gritar. La segunda vez que golpeó no acertó de pleno, pero se las arregló para mandar la pelota al campo interior. Veronica se puso en pie de un salto para unirse a los otros padres que animaban a Eric. Corrió hacia la primera base tan rápido como se lo permitían sus piernas diminutas, pero el equipo contrario recuperó la pelota un momento antes de que llegara.

Mientras se retiraba del campo camino del banquillo, Veronica se dio cuenta de la desilusión y la derrota que sentía. Sin embargo, ella estaba orgullosa de que le hubiera acertado a la pelota. Vio que Buck le daba unas palmadas en la espalda y supongo que él también estaba encantado.

Al cabo de un rato, el equipo de Eric se preparó para lanzar. Parecía tan pequeño en medio del campo, con el guante en la mano y el uniforme que le venía tan grande, que a Veronica se le saltaron las lágrimas. Tenía la sensación de que, tan sólo el día anterior, había sido un bebé de cara sonrosada que no dejaba de gritar. Si Daisy hubiera podido verle...

Daisy. Hacía dos semanas que evitaba pensar en ella. No se sentía culpable, sino más bien todo lo contrario. Creía sinceramente que Daisy se habría alegrado de su matrimonio. No sólo por los niños, por ellos dos también. Veronica necesitaba a Buck. Tanto, que nunca había entendido lo mucho que le necesitaba.

Por eso no había querido pensar en Daisy. Sabía que Buck no la necesitaba. Podía disfrutar de la calidez de su cuerpo y podía apreciar su ayuda en los asuntos cotidianos de la familia, pero emocionalmente no la necesitaba. Veronica albergaba la esperanza de que empezara a compartir con ella algo de sí mismo, sus esperanzas, sus sentimientos, sus sueños. Pero sospechaba que seguía compartiéndolos con Daisy en el silencio de la noche, cuando estaba a su lado en la cama y ella sabía por sus movimientos inquietos que no dormía.

Quizá esperaba demasiado, demasiado pronto.

Los equipos cambiaron de turno y volvió a prestar atención a lo que ocurría en el campo. El primer bateador del equipo contrario era un niño de ocho años, la estrella de la temporada. Golpeó la pelota a la primera, dándole un vuelo alto y mandándola hacia la derecha. Veronica se levantó y se protegió con la mano de los rayos horizontales del sol del atardecer. Eric corrió hacia delante y luego de espaldas, tratando indeciso de ponerse debajo de la pelota mientras adelantaba el guante en el aire. La pelota cayó golpeando de lleno en la frente.

Antes de que el pequeño cayera al suelo, Veronica había echado a correr hacia él. Yacía inmóvil, demasiado inmóvil. Corría con el corazón en la garganta y la vaga conciencia de que Cassy se mantenía a su lado.

Buck llegó antes que ellas. Se dejó caer de rodillas y le habló a su hijo.

— Eric? Eric, dime algo.

Veronica pudo oír el pánico en su voz y sintió que se le desgarraba el corazón de miedo y dolor. Entonces, Eric movió un pie y el mundo comenzó a moverse a una velocidad normal. Mientras se acercaba, el niño gimió e intentó incorporarse con unos movimientos claramente descortinados. Buck se lo impidió. Una de las madres que asistían al encuentro era médico.

Examinó a Eric mientras uno de los entrenadores se acercaba con una bolsa de hielo, resoplando por la carrera.

Veronica se dio cuenta de que la frente de Eric se estaba hinchando en un chichón enorme, pero ya hablaba y movía las manos.

— No tienes síntomas de conmoción, pequeño.

En un par de días estarás como nuevo. Veronica sintió una oleada de inmenso alivio.

— ¿Se encuentra bien? — preguntó a su lado Cassy con voz temblorosa.

Veronica le pasó un brazo por los hombros, comprendiendo su miedo. La niña ya había perdido a su madre, si volvía a ocurrir otra desgracia podía destruir para siempre su seguridad.

— Creo que se pondrá bien, cariño. Pero va a tener un chichón de mil demonios durante algunos días.

Buck la miró mientras alzaba a su hijo en brazos.

Podéis recogerlo todo mientras yo cojo a Eric? Nos veremos en el coche.

— Es probable que necesite descansar — dijo Veronica.

Cassy resopló por lo bajo. Una vez segura de que su hermano iba a vivir para seguir atormentándola, su actitud de desafío se restableció al instante.

— Te apuesto a que vamos al hospital antes que nada. Papá cree que cualquier rasguño es una herida grave.

— Pero ya le ha dicho la médico que estaba bien — dijo Veronica sonriendo.

— Eso da igual. Ya verás.

Cassy no se equivocaba. Buck llamó al doctor Winston, que se reunió con ellos en la sala de urgencias. Después de hacerle un reconocimiento completo, convenció a Buck de que, aparte de un ligero dolor de cabeza, no tardaría en encontrarse bien. Les instruyó sobre qué signos delataban un daño cerebral, le cambió la bolsa de hielo y los mandó a casa. Cuando llegaron ya era la hora de que los niños se metieran en la cama.

Buck bajó las escaleras después de echarle un último vistazo a su hijo. Veronica estaba terminando de calificar un examen de escritura, el mismo que había dejado caer cuando la pelota había golpeado a Eric. Buck se sentó en el sol a su lado.

— Por ahora, parece que se encuentra bien. Pondré el despertador para que me despierte cada hora y ver cómo sigue. Ya veremos si se encuentra en condiciones de ir a la escuela.

Veronica sonrió enternecida por la preocupación que mostraba hacia sus hijos.

— No creo que tengas que despertarte cada hora para comprobar si está bien. Los niños pequeños se recuperan con mucha rapidez. Estoy segura de que mañana se encontrará ansioso por ir a clase y enseñarle a sus amigos el chichón.

— Mañana ya veremos — insistió él, tajante.

— Los has cuidado solo demasiado tiempo — dijo ella con un humor deliberado — . Tendrías que oír lo exageradamente protector que pareces.

— Me importa un cuerno si parezco protector. Nadie más de mi familia va a morir por falta de cuidados.

Su voz era dura y hablaba demasiado alto. Las manos de Veronica se quedaron inmóviles sobre los exámenes. Buck estaba demasiado y furioso para haberse tratado de un accidente de tan poca monta. Se preguntó si no habría malentendido lo que ella había dicho.

— Morir por falta de cuidados. ¿Estás hablando de Daisy? Pero si estabas con ella constantemente, Buck. No murió por falta de cuidados.

— No me opuse con bastante fuerza a su decisión de no seguir el tratamiento, ¿ya no te acuerdas? No insistí en que completara la quimioterapia.

Veronica se quedó sin habla. Una furia amarga rezumaba de las palabras de Buck. Nunca había imaginado que se sentía culpable de la muerte de Daisy. ¿Era ese el motivo por el que no dormía por las noches? Le puso una mano en el hombro mientras escogía cuidadosamente las palabras que iba a utilizar.

— Buck, no puedes culparte de su muerte. La enfermedad que padecía...

— No me culpo por su muerte!

Veronica se dio cuenta de que sólo había conseguido enfurecerle más.

Él se puso en pie evitando que ella le tocara.

— Lo sé todo sobre la clase de cáncer que padecía. Sólo tenía una oportunidad y se negó a aceptarla. Yo quería que siguiera el tratamiento que los médicos le habían recomendado, pero Daisy no quería ni oír hablar de quimioterapia o radiaciones.

— Ya sabes lo que pensaba sobre prolongar su enfermedad.

Veronica se esforzó por darle a su voz un tono razonable, procurando dejar a un lado el dolor que le había causado al apartarle la mano.

— Sus probabilidades de sobrevivir era prácticamente nulas. Ella lo sabía. Prefirió emplear el tiempo que le quedaba en llevar una vida lo más normal posible. Por ti y por los niños.

— ¡Podría haber luchado! ¡No tenía derecho a rendirse! — rugió él.

Veronica desesperó de hacerle entender que lo que Daisy había hecho había sido por él.

— Nunca tuvo una verdadera opción. Y fue muy valiente. Escogió que los últimos recuerdos que tuvieras de ella no fueran los de unos meses interminables, plagados de hospitalizaciones, dolor y sufrimiento.

Rememoró el último verano de su amiga, cuando cada vez estaba más débil y dependía cada día más de unos medicamentos que le causaban dolor.

¿Cómo podría Buck haber soportado años de aquello? Pero Buck no estaba dispuesto a consentir que le apaciguara.

— Yo también debería haber tenido parte en su decisión. También se trataba de mi vida.

Quizá Daisy supiera que no podrías aceptarlo.

Veronica sabía que esa era la verdad. Buck no había dejado de acosarla para que consultara con más médicos.

— Yo era su amiga. Me confiaba sus secretos y créeme si te digo que esa decisión fue tan dolorosa para ella como lo fue su muerte para ti.

— ¡Ah! Conque eras su amiga, ¿no? Entonces, ¿por qué no intentaste detenerla?

Con un sobresalto, ella se dio cuenta de que se había convertido en el objeto de su ira. Buck entornó los ojos y la furia enronqueció su voz.

— Quizá la enfermedad de Daisy te vino muy bien. Los dos sabemos que te morías por mí.

Veronica abrió la boca y volvió a cerrarla estupefacta. Como en una horrible pesadilla, vio cómo su propia mano se alzaba para impactar contra la mejilla de Buck. El dolor que sintió en la palma le hizo comprender que era algo real. El sonido de la bofetada pareció demorarse en el aire de la habitación.

Los ojos de Buck se llenaron de una sorpresa que fue desplazada por el remordimiento. Veronica pensó que quizá se hubiera dejado arrastrar por la ira hasta no saber lo que decía. Sin embargo, el dolor estaba demasiado reciente y era demasiado agudo para que pudiera perdonarle instantáneamente. El comienzo brillante de su matrimonio estaba hecho pedazos por el suelo.

— No consentiré que me echas la culpa de algo que nadie en este mundo hubiera podido evitar

— dijo en un susurro — . Y puede que estuviera loca por ti, pero jamás intenté que le fueras infiel a Daisy.

Era un disparo directo, un golpe bajo, un recordatorio de lo que había sucedido la noche de su primer beso. Veronica se dio cuenta de que había dado en el blanco. Ya era tarde para arrepentirse. Cuando su ira se enfrió se dio cuenta de que Buck no estaba resentido con Daisy por no haberle dejado tomar parte en la decisión de no seguir el tratamiento, estaba furioso con ella por haber muerto.

De alguna manera, la pena se había transformado en ira. Hasta que no fuera capaz de reconocerlo y liberarse, no tenían la más mínima esperanza de que su matrimonio pudiera funcionar. Al dar media vuelta para irse, tuvo la impresión de que caminaba sobre los trozos de su propio corazón.

— Me voy a la cama.

Se lavó la cara y se cepilló los dientes antes de echarle un vistazo a los niños. Cuando se dirigía al dormitorio se preguntó si no debería dormir en el cuarto de los huéspedes. No podía soportar la idea de dormir junto a él como si nada hubiera sucedido. Ya sería bastante malo cuando amaneciera y los niños se despertaran. Las lágrimas anegaron sus ojos.

Buck entró de repente y ella le dio la espalda para que no viera lo mucho que la había herido. Pudo verle en el espejo de la cómoda mientras intentaba dominar su expresión. Buck no tenía la culpa de que ella no fuera la mujer que amaba.

Se acercó a ella en silencio. Sus miradas se encontraron en el espejo.

— No quiero pelear contigo.

— Yo tampoco.

— Veronica, ten un poco de paciencia conmigo. De verdad quiero que nuestro matrimonio funcione.

Veronica reconoció la disculpa que había en sus palabras y su corazón se inundó de amor y de compasión. Cuando vio la imagen de Buck en el espejo, sintió que una oleada de deseo surgía de lo más profundo de su ser. Él siempre tenía aquella mirada intensa y absorta cuando le hacía el amor. A ella le encantaba porque sabía que cuando miraba su cuerpo con aquella expresión avariciosa no pensaba en nadie más.

Ella estaba mirando de esa misma manera. Se le endurecían los pezones sólo de pensar lo que podía hacerle. Buck se dio cuenta y trazó círculos con la yema del pulgar sobre uno de ellos. Veronica contuvo el aliento sintiendo que el fuego del deseo le devoraba el vientre. En el espejo, la estatura de Buck la dejaba empuñecida. Incluyó la cabeza para enterrar el rostro en el hueco de su cuello. Le apartó el cabello y puso sus labios en la vena que latía junto a su garganta. Ella gimió e intentó darse la vuelta para abrazarse a él de frente, pero Buck se lo impidió.

— Espera un momento — murmuró sin despegar los labios del cuello.

Las manos que le acariciaban las nalgas fueron hasta el cuello de su blusa. Cuando lo abrió, la tomó por el borde y se la sacó por encima de la cabeza. En ningún momento apartó los ojos de su cuerpo. Sólo le quedaba puesto un sujetador y los pantalones. Las manos buscaron el cinturón, desabrochando y desvistiendo de la misma manera que habían hecho con la blusa. Cuando ella oyó el sonido de la cremallera y sintió que los pantalones bajaban por sus piernas, se los quitó con un gesto rápido.

Su mirada volvió al espejo. Buck seguía detrás de ella, contemplando sus formas desde su mayor estatura. Sentía su aliento quemando los hombros. Tenía las manos en sus caderas, presionándola contra él. Hizo que sus manos recorrieran la piel rosada de su torso hasta abarcar sus dos pechos. Cuando empezó a acariciarle los pezones por encima del sujetador, Veronica dio un respingo.

Buck se echó a reír sin dejar de acariciarla.

— Ah! Conque te gusta, ¿eh?

Reanudó sus caricias con las dos manos. Veronica sintió que entre sus piernas cobraba vida un anhelo apremiante. Aumentó en intensidad y ella comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás en un vano intento de encontrar algún alivio.

Todavía estaba mirando al espejo cuando un dedo le soltó el sujetador. Gimió y cebó la cabeza hacia atrás para apoyarla en su pecho cuando sus senos quedaron al descubierto. Buck se apoderó en seguida de ellos, acariciando, atormentándola. Veronica volvió a mirar. Era una visión increíblemente erótica. Buck estaba a su espalda, completamente vestido. La piel casi desnuda de Veronica resplandecía a la luz de la lamparilla. Vio que las manos recorrían todo su cuerpo y sintió que un calor húmedo florecía entre sus piernas.

Como si él hubiera adivinado lo que estaba sintiendo, una de las manos abandonó sus pechos y trazó una senda lujuriosa por encima de su vientre. En el espejo. Veronica vio cómo se introducía bajo sus bragas y acariciaba el triángulo de rizos pelirrojos. Pero no se detuvo allí. Estuvo a punto de gritar cuando se separó de ella, aunque sabía que sólo quería quitarle la última prenda que llevaba.

Sintió un abandono al verse desnuda ante el espejo. Cuando él entró en su campo de visión, se dio cuenta de que también se había desnudado. Estaba excitado. Contemplar su orgulloso miembro erecto le produjo una sensación de fuego líquido.

Volvió a colocarse a su espalda, obligándola a moverse hacia delante y hacia atrás. Veronica pudo sentir toda la longitud de su deseo presionando contra sus nalgas. Ella se movió contra él. Buck se acompasó a sus movimientos. Una mano se deslizó hacia abajo para reclamar la carne tierna del interior de sus muslos y ella se relajó mientras abría las piernas en una invitación muda y sin importarle la escena que componía ante el espejo. Buck sonrió.

— Observa — dijo.

Una mano volvió a posesionarse de sus senos, al tiempo que la otra reclamaba el interior de sus piernas con más exigencia. Mientras ella miraba sin poder remediar su excitación, Buck la acarició lentamente hasta extender los círculos húmedos y convertirlos en un fuego devorador que recorrió su cuerpo en oleadas de éxtasis. Veronica se arqueó contra sus manos y él continuó su tortura dulce, demandando que le respondiera con toda su capacidad hasta dejarla jadeando entre sus brazos.

Veronica le apartó las manos con sus últimas fuerzas

— Más no, por favor.

Buck soltó una risa, un mero gruñido en el fondo de su garganta.

— Sí. Aún hay más.

Hizo que se inclinara y apoyara los brazos en la cómoda que tenía delante. Después se inclinó y le agarró un tobillo. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, la penetró, una sensación de fuerza satinada contra su suavidad. La colmó con firmeza, arrancando un grito de sorpresa de lo más hondo de su alma. Sin perder un momento, Buck comenzó una danza de pasión exigente.

Veronica sintió que escapaba de la realidad. Se apoyó sin fuerzas contra el mueble mientras él medía una y otra vez su receptividad. Un brazo le rodeó el vientre, mientras que una mano acariciaba la humedad resbaladiza de sus piernas. Ella gimió, incapaz de soportar la intensidad de sus caricias. El mundo se oscureció por un momento.

— Mira — le ordenó con los dientes apretados.

Veronica obedeció. Buck tenía las mandíbulas apretadas y una mirada abrasadora en los ojos. Sintió que su cuerpo se sacudía en un final espasmódico y de repente, un chorro de calor insospechado volvió a invadirla por completo. Veronica se convulsionó antes de quedar agotada.

Buck la llevó en brazos a la cama. Y, a media noche, cuando la puso bajo su cuerpo, ella respondió con todo el amor que atesoraba en su corazón por aquel hombre que se negaba a aceptar otra cosa que no fuera su cuerpo.

Y Daisy siguió interponiéndose entre ellos.

Capítulo 8

Al día siguiente, cuando llegó del entrenamiento de Eric justo a tiempo para la cena, Cassy salió corriendo a saludarle. Buck buscó a Veronica con la mirada, pero no la vio por ninguna parte.

— Papá, me prometiste que esta noche hablaríamos sobre lo de quedarme sola en casa.

Le miró con unos ojos esperanzados y atentos. Se parecía tanto a su madre que por un momento tuvo la impresión de estar mirando a Daisy. De una manera automática, se preparó para aguantar la punzada de dolor que le sobrevinía cada vez que la recordaba. Sin embargo, le extrañó no sentirla. Le sonrió amistosamente a su hija.

— Lo recuerdo. ¿Qué te parece si lo dejamos para después de cenar?

Eric se irá a jugar y podremos hablar con más tranquilidad.

— Estupendo.

Cassy llevaba el pelo suelto. Se balanceó sobre sus hombros al darse la vuelta.

— ¿Dónde está Veronica?

— En la cocina. Me está enseñando a rebozar filetes de pescado.

Mientras Cassy desaparecía, Buck colgó su chaqueta en el perchero. Contempló el pasillo vacío que llevaba a la cocina con una mirada especulativa. Era la primera noche que no salía a recibirle. Desde que se había despertado había intentado olvidar la fea escena del día anterior. Veronica debía seguir enfadada.

Bueno, demonios. Había sido un estúpido y lo sabía perfectamente. No podía hablar de Daisy sin que una rabia lo dominara. Y por alguna estúpida razón la había pagado con Veronica. No había sido justo.

Después, había intentado demostrarle lo mucho que significaba para él.

Por lo visto, Veronica no había captado el mensaje.

En la cocina, ella levantó la vista de lo que estaba preparando y le sonrió. Su rostro sólo expresaba a bienvenida habitual con la que solía recibirle.

—!! Hola!!

— Hola. ¿Qué tal?

Buck rodeó el mostrador y se inclinó para besarla. Esperaba que ella se apartara, pero, para su sorpresa, Veronica se dejó caer contra él, despertando de inmediato una sensación cálida en sus partes. Se sintió tan aliviado de que no estuviera enfadada con él que se dejó llevar por aquella sensación, olvidándose por completo de que Cassy los observaba. ¡Cómo la deseaba! Amaba a sus hijos, pero aquella era una de esas ocasiones en la que habría pagado una fortuna por poder quedarse a solas con su mujer.

Profundizó el beso, buscando su lengua y gruñendo de placer al descubrir la facilidad con que ella se le entregaba. Ella se apretó aún más contra su cuerpo, ofreciéndole toda la devoción y el amor que un hombre podía desear...

¿Amor?

La idea le sorprendió tanto que se apartó de ella murmurando una tontería sobre que le debía recordar a Eric que se lavara las manos antes de cenar. Escapó escaleras arriba. Cuando se encontró a salvo, se permitió volver a pensar en Veronica.

Y en el amor. Pensándolo bien, la idea le agradaba. ¿Le amaba? La verdad era que ella actuaba como si le quisiera. Nadie que observara su matrimonio podría imaginar la proposición poco

ortodoxa que Io había provocado. Se preguntó si Veronica no estaría actuando para guardar las apariencias.

No podía tratarse de eso. Si ese fuera el caso, tendría una actitud hacia él en público y otra muy distinta en la intimidad. A menos que tratara de convencer a los niños de que nada ocurría. Pero, ¿y el entusiasmo con el que respondía a sus caricias?

La semana anterior, le había dado un masaje en los hombros al llegar de un día agotador en el juzgado. Él había estado tenso y distraído por el caso que le ocupaba, un caso en el que los hijos del cliente que había muerto recientemente ni siquiera habían tenido la decencia de esperar al funeral para empezar a pleitear para hacerse con el control de una considerable fortuna. No era la primera vez que veía una cosa así, pero dudaba de que pudiera acostumbrarse nunca a la avaricia y la codicia de que hacían gala ciertos parientes cuando había dinero en juego.

Nunca le había contado demasiadas cosas de su trabajo a Daisy. Pero con Veronica las cosas eran diferentes. Ella demostraba interés, compasión, preocupación. Le hacía sentir que sus problemas eran algo importante para ella. Que él era importante para ella.

Apartó en seguida aquel pensamiento desleal. También había sido importante para Daisy, sólo que ella había sido una mujer diferente.

Había estado siempre tan comprometida en los proyectos de su comunidad que siempre le había dado la sensación de que no le escuchaba cuando hablaba de los problemas que tenía en el trabajo. Pero le había apoyado igual o más aún. Y le había amado.

Aquello le llevó al mismo sitio donde se encontraba al principio. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que Veronica le amaba. Todos aquellos pequeños detalles que ella había introducido en su vida no eran, sino, señales de un sentimiento más profundo. Aquella convicción hizo que se sintiera satisfecho y seguro. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que había necesitado sentirse así.

Cuando Veronica llegó para avisarle de que la cena estaba lista, Buck le cogió la mano.

— Qué te parece si no vemos la televisión esta noche? Podemos salir a dar un paseo cuando los niños se hayan acostado y hablamos un poco.

— ¿Hablar? ¿Sobre qué? — preguntó ella un tanto perpleja.

— De lo que tú quieras. Me acabo de dar cuenta de que casi no conozco nada de la mujer con la que me he casado.

Buck se dio cuenta de lo feliz que la había hecho. Se ruborizó, sus ojos resplandecieron de felicidad.

— ¿No te daría lo mismo si hablamos en el baño caliente? — propuso ella con un tono incitante.

Buck se echó a reír. La tomó de la cintura para estrecharla contra su pecho.

— Si me meto en el baño contigo se me va a hacer muy difícil seguir la conversación.

— Por eso lo decía — susurró ella poniéndose de puntillas para besarle en la boca.

Buck decidió que le gustaba aquella proposición. Que Veronica le amara era una bonificación que no había esperado al casarse con ella, pero era una sorpresa que le llenaba de satisfacción.

Unas horas después, cuando la casa se quedó en silencio, Buck estaba tumbado en la cama, gozando de la laxitud de la satisfacción completa. Bajo su cuerpo, Veronica empezó a moverse. Le acarició el pelo antes de pensárselo mejor y rascarse la cabeza. Él gruñó de satisfacción y rodó sobre sí mismo, hasta que la tuvo sobre el pecho.

— Has cambiado mi vida para mejor.

Buck pudo sentir la sonrisa en el pecho.

— Me vas a perdonar si considero que eso suena bastante sospechoso, después de lo que

acabamos de hacer en la cama...

— Y en el baño caliente.

— Y en el baño caliente, creo que no puedes ser imparcial.

Buck la depositó sobre las sábanas y se incorporó sobre un codo para mirarle a los ojos.

— Hablo en serio. Tenerte en mi cama ha hecho realidad muchas de mis fantasías, pero tenerte en mi vida ha sido algo positivo para todos. No te he dado las gracias por ayudarme esta noche a hablar con Cassy. Tengo que empezar. a confiar en ella, tengo que darme cuenta de que está madurando y que necesita cierta independencia. ¿Por qué no lo había visto antes?

Quizá ya tenías bastante con tratar de que sus vidas fueran lo más normales posible para ver que necesitabas hacer algunos cambios.

— Probablemente, será la verdad. Ahora entiendo por qué me he casado contigo — bromeó.

— Yo ya lo sabía. Nos complementamos muy bien en la cama y te echo una mano con los niños. Veronica se soltó de sus brazos y le dio la espalda fingiendo que ahuecaba la almohada. No podía mirarle a la cara. A Buck lo pilló tan desprevenido que, por un momento, no supo lo que hacer. Estaban compartiendo un momento de conversación relajada después de haber hecho el amor, y al momento siguiente, ella le daba la espalda. ¿De verdad creía que él iba a aceptar que durmiera toda la noche en aquella postura? Demonios, había dormido entre sus brazos todas las noches desde que se habían casado.

Meditó sus últimas palabras. ¿De verdad creía que se había casado con ella sólo porque su relación sexual era fantástica y porque ella se llevaba muy bien con los niños? Y entonces cayó en la cuenta de que Veronica lo creía de verdad.

Además, se había casado con ella precisamente por eso. Se sintió muy incómodo. Le desagradaba verse obligado a examinar sus actos, pero tenía que ser sincero con ella y consigo mismo. Se había casado con ella porque... porque debía haberse dado cuenta inconscientemente de que ella le amaba. Debía haber reconocido su amor porque la necesitaba. Necesitaba que le amara para curar sus heridas abiertas, para calmarle de las tensiones del trabajo diario y para estimular su cuerpo hasta la saciedad por las noches.

Buck le puso las manos en los hombros y la inmovilizó mientras la cubría con su cuerpo. A la luz de la luna, se dio cuenta de que ella no quería mirarte a los ojos.

— Necesito dormir. Tengo que trabajar mañana.

— Yo también, pero no podría dormir con este malentendido entre nosotros

Le puso una mano en la mejilla para poder verle la cara. Se preguntó si no era dolor lo que apreciaba en su mirada. La besó con toda la ternura que le inspiraba hasta que ella se relajó y respondió a sus besos.

— ¿Me amas de verdad? — preguntó él junto a su boca.

Veronica se quedó inmóvil un momento antes de ponerse tensa otra vez.

— Pero ¿qué...?

— Di que me amas.

Buck volvió a besarla con pasión mientras le acariciaba los pechos redondos. No supo si su gemido fue de protesta o de excitación. Sin embargo, ya no podía detenerse a averiguarlo.

— Quiero oírtelo decir. Quiero que añadas a la lista de razones por las que me he casado contigo que necesito tu amor. Te prometo que lo cuidaré siempre.

Lentamente, sintió que ella se relajaba bajo su cuerpo. Buck se apartó un momento. Veronica le cogió el rostro entre las manos para mirarle directamente a los ojos.

— Te amo, Buck. Hace mucho tiempo que te amo.

Buck sintió que el júbilo explotaba en su corazón. Tuvo que aclararse la garganta para poder

hablar mientras la abrazaba con fuerza.

— Lo sabía. Mi bruja pelirroja. ¿Tienes idea de lo mucho que te necesito?

La Pascua quedó atrás. El doctor Treel convenció a Franny para que se hiciera las pruebas. Le prescribió otro tratamiento y Veronica se quedó asombrada ante el cambio que se produjo en ella. La agresividad de la anciana disminuyó notablemente. Buck la acompañaba a visitarla todas las semanas y Veronica le observaba manejarla con una resignación divertida. Sabía por experiencia que ninguna mujer podía resistirse a una dosis concentrada del célebre encanto Hades.

A los tres meses de la boda, sus vidas habían vuelto a la normalidad. Nunca había imaginado que el matrimonio con Buck podía hacerla tan feliz. Él se mostraba solícito y le llevaba flores y regalos cada dos por tres. Se tomaba en serio sus opiniones sobre los niños, le pedía consejo y hasta había empezado a escucharla. Además, se empeñaba en ayudarla con las tareas domésticas y Veronica no sentía las presiones que habían acabado con su autoestima durante su primer matrimonio. La vida de Buck giraba en torno su familia, y la manía de la limpieza y el orden no se encontraba entre sus prioridades.

Y luego estaba su forma de hacer el amor. Era evidente que le había agradado oírle decir que le amaba. La noche en que le había obligado a confesar, había marcado un giro en sus relaciones. Ahora que se sentía libre para expresar su amor, lo hacía cada vez que se le presentaba una oportunidad.

No le importaba lo más mínimo que él no le correspondiera. Había dejado de preocuparse por eso. Buck se preocupaba por ella, de eso sí estaba segura. No pasaba nada si todavía no podía pronunciar aquellas palabras.

Y, sin embargo, sólo vivía para eso, aquella espera era lo que le daba fuerzas para enfrentarse a cada día. Veronica se había convertido en su compañera y albergaba la esperanza de que algún día pudiera decir adiós a Daisy en su corazón.

O por lo menos que consiguiera hacerla a un lado lo suficiente como para permitir que Veronica entrara.

Salió de su ensueño cuando sus alumnos volvieron del recreo de la tarde. Era difícil abstraerse de sus risas y de su charla alborotada cuando el sol de mayo empezaba a entrar por las ventanas y en el aire había una fragancia a primavera. Les pidió que sacaran sus cuadernos de ciencias, pero mientras se movía por la clase preguntando y planteándoles cuestiones, se dio cuenta de que había una persona en la puerta. Era el señor Dortmann, el director.

— Te necesitan en la oficina. Yo me encargaré de tu clase.

— ¿Qué ha pasado?

— Cassy no se siente bien y ha pedido verte.

En cuanto le aclaró lo que estaba haciendo con sus estudiantes y le pasó una lista de los proyectos de investigación científica que estaban revisando, Veronica se dirigió a la oficina. La secretaria la esperaba en la puerta y la abordó antes de que pudiera entrar a la enfermería.

— ¿Puedo hablar contigo antes de que veas a Cassy?

Debbie cumplía muchas funciones cuando los consejeros y las enfermeras no se encontraban en la escuela. Aparentemente, había sido ella la que se había encargado de Cassy.

— Por supuesto, ¿qué le pasa?

Debbie la llevó al despacho del director y cerró la puerta.

— He estado hablando con ella, pero te he llamado porque no he podido sacar nada en claro.

— ¿Por qué? ¿Está enferma? Entonces debo llamar a Buck.

— ¡No! — dijo Debbie con un gesto enérgico — . Ese es el problema exactamente. Cassy ha empezado a menstruar en clase.

Veronica se quedó en blanco sin saber qué decir. Se preguntó si alguien se había ocupado de preparar a la adolescente para los cambios que su cuerpo iba a experimentar. Aunque Buck no lo hubiera previsto, sabía que en quinto se daban dos seminarios de salud e higiene durante la primavera. Estaba segura de que Cassy había asistido.

— ¿Ha entendido lo que le sucedía?

— Naturalmente — le aseguró la secretaria — . Como todas las chicas, al principio estaba un poco preocupada, pero sabía perfectamente lo que debía esperar.

— Bueno, entonces no consigo entender cuál es el problema.

Debbie se pasó una mano por el pelo como si tuviera miedo de explicarse.

— El problema, Veronica, es tu marido.

— Buck?

— No sé cómo decirlo. Desde que murió su primera mujer, el señor Hades se ha mostrado bastante obsesionado con la salud de sus hijos. Basta un estornudo para que los lleve corriendo al médico.

Veronica estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo.

— Sí, padece una especie de fobia a las enfermedades. ¿Y qué tiene eso que ver con la menstruación de Cassy?

— El señor Dortmann sabía que tú tienes que dar dos entrevistas con padres después de clase y pensó que quizá el horario de tu marido sería más flexible. Pero cuando le comenté a Cassy que iba a llamar a su padre, casi le da un ataque de histeria. Nos suplicó que no le llamáramos y se fue poniendo peor hasta el punto de que ahora sólo quiere hablar contigo.

— Comprendo.

En realidad, no lo comprendía. Lo principal era que Cassy la necesitaba. Después averiguaría el resto de la historia.

— ¿Puedo hablar con ella en privado?

Debbie suspiró aliviada y le abrió la puerta de la oficina.

— Lo que tú quieras. La niña está en la enfermería.

Veronica se acercó a la otra habitación y abrió la puerta cautelosamente.

— ¿Cassy? Cariño, soy yo. ¿Puedo pasar?

— ¡Veronica!

La niña tenía el rostro húmedo de lágrimas y los ojos enrojecidos. Se arrojó a los brazos de Veronica y lloró como si le hubieran destrozado el corazón. Pensando en los días turbulentos de su propia adolescencia, se imaginó que aquello era lo que más necesitaba, desahogarse. Le había llegado la hora del cambio.

Pero la pubertad podía magnificar la pena que Cassy sentía aún por la muerte de su madre y hacerle ver montañas donde sólo había granos de arena. Le acarició la coleta y le dio una palmada en la espalda para reconfortarla.

— ¿Crees que te sentirías mejor si me lo cuentas?

La niña alzó la cabeza de su hombro.

— Por favor, no dejes que llamen a papá.

La súplica era tan ferviente que Veronica se quedó sorprendida.

— Ahora estoy yo aquí — dijo ella sin querer prometer nada hasta que no supiera cuál era la situación — . Dime qué te pasa. Debbie me ha dicho que has empezado a tener el periodo.

Cassy ahogó un sollozo y asintió.

— No soy la primera de mi clase que lo tiene — dijo la niña mirándola a la cara — . Las madres de las demás niñas se las llevan a casa y les enseñan qué es lo que tienen que hacer. Cómo han de ocuparse de eso. Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Cassy se había ruborizado, pero continuó.

— Tú ya conoces a papá. Si viene a recogerme, ya sabes lo que hará. Me obligará a ir al médico. Nadie más tiene que ir al médico. Conseguiré avergonzarme delante de todo el mundo.

A Veronica le hubiera gustado defender a Buck, pero sabía que Cassy no se equivocaba. No le cabía duda de que la llevaría a rastras a que la examinara un médico. Desesperada, hizo un esfuerzo por mostrarse diplomática.

— Cassy, tienes que darte cuenta de que no es una mala idea ir al médico cuando se comienza a menstruar. La mayoría de los padres llevan a sus hijas al médico después del primer periodo.

— Sí, pero no diez minutos después. Por favor, Veronica. No le llames.

— No lo haré — dijo ella pensando que era una promesa razonable — . Pero tienes que prometerme que se lo diremos esta misma noche.

— Claro que sí.

— Bien. ¿Necesitas algo más? Me refiero a que si necesitas que te ayude a sentirte cómoda con todo lo que tienes que aprender sobre tu cuerpo.

Los ojos de Cassy volvieron a llenarse de lágrimas.

— Quiero irme a casa. He echado a perder la ropa interior. Sólo tengo el paquete que me ha dado la enfermera. ¿No podrías ir a la tienda y comprarme unas...?

Veronica abrazó a su hijastra.

— No te preocupes. Deja que termine mi clase de ciencias y meta a los chicos en el autobús. Luego te llevaré a casa y, de camino, pasaremos por la tienda. ¿De acuerdo?

Para su alivio, Cassy le sonrió entre lágrimas.

— Estupendo.

Veronica se levantó del diván donde habían estado sentadas. Le alisó el pelo a Cassy por última vez.

— Quédate descansando aquí. Yo traeré las cosas de tu clase cuando suene el timbre.

Una hora después llegaba a casa con Eric, Cassy y una bolsa de artículos e higiene íntima femenina que habían comprado. Mientras el pequeño hacía los deberes, le enseñó a Cassy a utilizarlos y lavaron la ropa interior. Sin embargo, se daba cuenta de que debía mantener una charla con Cassy para averiguar con exactitud qué sabía y qué necesitaba comprender. Tenía la impresión de que era demasiado joven para empezar a hablarle de sexo. Tenía que manejar aquel asunto con mucho cuidado.

El resto de la tarde transcurrió con rapidez. Eric acabó los deberes y le pidió permiso para salir a jugar. Cassy estaba tumbada en el sofá. Al pasar por su lado, el pequeño la miró con curiosidad.

— ¡Oye! ¿Qué le pasa a Cassy? ¿Ha vomitado?

Parecía tener tanto interés que Veronica no tuvo más remedio que echarse a reír.

— No, es que no se siente bien.

Fue tal la cara de desilusión de Eric que siguió riéndose.

— Pues sí, te apuesto a que papá le deja que no vaya al colegio mañana. Bueno. Me voy a jugar con Peter.

Salió corriendo y a los pocos segundos se oyó un portazo. Cassy y Veronica intercambiaron una mirada.

— Cierra con cuidado — dijo Veronica.

Cassy se deshizo de la risa.

Rellenó un pollo y lo metió en el horno. Cuando se aproximaba la hora de la cena, hizo una ensalada de frutas y comenzó con una salsa de queso para condimentar la col. Era curioso lo mucho que disfrutaba con el ritual de preparar la cena para su familia. Sus habilidades culinarias eran una de las escasas cosas que Blad no había criticado. Sin embargo, tras el divorcio había dejado de gustarle.

Cassy, más recuperada, la ayudó a poner la mesa. Hablando sin parar de las elecciones para jefa de animadoras que se celebraban la semana siguiente. Eric regresó de jugar.

— ¡Que bien huele! Me encanta el pollo — dijo antes de ver las verduras —. ¡Oh, vaya! No soporto la col.

— Si no puedes decir algo que nos ayude, será mejor que no digas nada. Ve a lavarte las manos. Comeremos en cuanto llegue tu padre.

En aquel mismo momento, se abrió la puerta de la casa y legó Buck.

— ¡Papá! — exclamó el niño corriendo —. He cogido cuatro pelotas seguidas esta tarde.

— Así me gusta. Qué pena habérmelo perdido.

— Tengo que lavarme las manos porque la cena ya está lista. Cassy se ha puesto mala en la escuela. ¿Va a comer con nosotros?

— ¿Cassy se ha puesto enferma?

Veronica oyó sus pasos rápidos, urgentes, un instante antes de que apareciera en la cocina. En vez de su sonrisa habitual, su cara estaba congestionada por la ira, como un cielo que amenazara tormenta. No hizo el menor gesto de besarla.

— ¿Dónde está Cassy? ¿Qué le ha pasado?

Veronica dudó un momento. La pregunta correcta habría sido qué le pasaba a él. Parecía furioso, pero no podía imaginarse por qué. Cassy apareció proveniente del comedor.

— ¡Hola, papá! Voy a lavarme las manos — dijo en un tono animado, poniéndose de puntillas para darle un beso.

Entonces, antes de que ninguno pudiera reaccionar, desapareció rápidamente rumbo al baño.

— ¿Qué está pasando aquí? Eric me ha dicho que Cassy se había puesto enferma.

— Seguramente tiene vergüenza de decírtelo ella misma — dijo Veronica sonriendo —. Tu pequeña ha dejado de ser una niña. Ha empezado a menstruar esta tarde.

Buck se quedó con la boca abierta, pero sólo duró un segundo. El gesto ceñudo volvió a aparecer en su cara.

— ¿Se encuentra bien? ¿Qué ha dicho el médico?

— Todavía no la he llevado al médico. No es necesario. He pensado que será mejor esperar a que acabe de tener el periodo para que la reconozcan.

Veronica tragó saliva. A ella le parecía perfectamente normal, pero Buck estaba mucho de sentirse apaciguado.

— ¿Cómo que no es necesario? — gritó —. ¿Qué demonios significa eso?

Veronica se quedó asombrada ante su repentino estallido de ira.

— Buck, no me pareció que...

— No te pareció, ¿eh? Es evidente que pensaste lo suficiente como para excluirme de saber algo importante para la salud de mi hija.

Ya no chillaba. El tono helado de su voz afectó a Veronica como una dosis de veneno letal.

— Deja que te diga una cosa, señora Hades. Puede que lleves el mismo apellido que mis hijos, pero eso no te da derecho a tomar decisiones en lo que a ellos respecta. Son mis hijos. Y soy yo el que toma las decisiones que tengan que ver con su salud y su bienestar.

— Pero Buck, Cassy no está enferma — dijo ella destrozada por el dolor. — No creí que esto fuera tan...

— No tienes ningún derecho, ¿me oyes? Ningún derecho. Jamás te atrevas a suponer lo que es mejor para ellos sin consultarme. ¿Está claro?

Naturalmente. Estaba muy claro. Sentía que el corazón se te había helado dentro del pecho. Al principio, se sintió culpable, como si por culpa suya la vida de Cassy hubiera corrido peligro. Pero casi en seguida, rechazó aquella idea.

Nunca jamás volvería a permitir que un hombre tirara su autoestima a la basura para sustituirla por una indecisión cobarde y un ego del tamaño de una cabeza de alfiler. Una oleada de rabia le llenó la garganta.

— ¿No te das cuenta de que hablas como un loco? — chilló ella — . Cada vez que alguien de esta casa tiene la mala suerte de estornudar, ya lo has llevado a la fuerza a que lo examine el médico. ¿Sabes por qué no te he llamado? — preguntó avanzando y apuntándole con un dedo — . Porque Cassy me suplicó que no lo hiciera. ¡Tu propia hija! Y me lo suplicó porque sabía exactamente cómo ibas a comportarte. ¿Cómo es que tus hijos pueden ver que te comportas irracionalmente y tú no?

— Me importa un cuerno lo que pienses, o lo loco que pueda parecerte. A ningún miembro de mi familia le volverán a faltar cuidados médicos si yo puedo evitarlo. Ni a Cassy, ni a Eric, ni siquiera a ti.

Veronica se dio cuenta de que iban a arrepentirse toda la vida de aquellas odiosas palabras. Sabía que tenía que marcharse de allí, pero estaba demasiado acalorada expresando su enfado para preocuparse por lo que decía.

— ¿Sabes cuál es el verdadero problema? Todavía estás castigando a Daisy. Deja que te cuente las últimas noticias. Yo no soy Daisy. Y ya estoy más que harta de tratar de demostrártelo. Es con Daisy con la que estás enfadado en realidad. ¿Y sabes por qué? Porque no hizo lo que tú pensabas que debía hacer. Enfrentate a la verdad de una vez, Buck. No estaba dispuesta a terminar su vida de una manera horrible e indigna, de aferrarse a una existencia miserable hasta que todos nosotros rezáramos a Dios para que pusiera fin a tanto dolor y sufrimiento.

— ¡Cierra la boca! — gritó él bajando la cabeza para mirarla loco de furia — . No sabes lo que dices.

Se apartó de ella y descargó un puñetazo sobre la puerta del sótano.

Hubo un sonido de astillas cuando el puño atravesó la madera.

Un silencio ominoso se adueñó de la cocina.

Buck se quedó inmóvil un instante. Luego, lentamente, apartó los ojos del agujero que había hecho para mirarla. Extendió una mano hacia ella. Veronica retrocedió un paso, alejándose de él. Sabía que tenía ambas manos en la boca, pero no recordaba haberlas puesto allí. Buck suspiró profundamente y Veronica pudo ver cómo sus músculos se relajaban uno por uno.

— Veronica, ¿no sabes que jamás podría hacerte daño?

Su voz era suave y amable, sin rastro de la furia anterior. Por vez primera, ella le miró la mano. Le sangraban los nudillos y tenía unos arañazos feos en el brazo. Lo había sacado del agujero sin pensar en lo que hacía.

Dio media vuelta y buscó un limpiador antiséptico en el botiquín. Después sacó una bolsa de cubitos del congelador y la envolvió en un paño limpio y suave. Al cabo, lo dejó todo encima del mostrador.

— Será mejor que te desinfectes y te apliques hielo — dijo con una voz que a ella misma le parecía desconocida.

Buck intentó acercarse y, otra vez, ella retrocedió. Buck se paró en seco.

— Cariño, nunca te haría daño — dijo con una expresión muy parecida al dolor en el rostro — . Te lo prometo.

Su tono suave estuvo a punto de fundir la capa protectora de hielo con la que ella había aislado sus emociones. Veronica sabía que estaba al borde del llanto. Tuvo que tragar saliva antes de hablar.

— También prometiste amarme, cuidarme y respetarme y no lo has cumplido

Buck respiró profundamente. Su pecho se hinchó antes de defenderse, pero Veronica no se lo permitió.

— Este matrimonio ha sido un error. Te amo, Buck. Creí que podría curar tus heridas e incluso llegué a convencerme de que lograría hacerte amar de nuevo. Pero no puedo soportar impasible ver cómo te destrozas a ti mismo y a tus hijos con ese amor obsesivo.

Las palabras cayeron como balde de agua fría. Incapaz de seguir mirando el rostro que tanto amaba, con miedo de acabar suplicándole que la quisiera, Veronica giró sobre sus talones y rápidamente salió de aquella casa.

Capítulo 9

¿Qué había hecho?

El surtido suave de la puerta al cerrarse se burló de él. Buck sacudió la cabeza lentamente, como un hombre que tratara de orientarse al despertar de una pesadilla particularmente horrible. Una punzada de dolor le hizo inspeccionar su mano.

¡Vaya! Flexionó los dedos y soltó una maldición ante el dolor que le atravesó como una cuchillada. Los nudillos ya estaban adquiriendo un tono morado. Tendría una suerte del demonio si no se había roto unos cuantos.

Volvió a sacudir la cabeza con algo parecido a una sonrisa en los labios. Sin embargo, no había el menor humor en él: Jamás había sufrido un ataque de ira tan explosivo como el que acababa de experimentar, ni siquiera cuando Daisy se había puesto enferma. ¿Qué demonios le había pasado?

En realidad, estás enfadado con Daisy.

¡Dios! ¿Y si Veronica tenía razón? ¿Y si esa ira había estado acumulándose en su interior desde su muerte? Casi le daba miedo admitirlo.

Fue al fregadero y se apoyó en el borde. Dejó correr un chorro de agua tan caliente como podía soportar y metió la mano y el brazo bajo el grifo. Hizo una mueca de dolor y volvió a maldecir en voz alta, limpiando las heridas. Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo, pues el dolor era muy agudo. Se aplicó el líquido antiséptico antes de que tuviera tiempo de acobardarse. Fue un verdadero alivio aplicarse la compresa de hielo en torno a su carne lacerada.

¿Adónde habría ido Veronica? No le habría abandonado sin más, ¿o sí? Los primeros tentáculos helados de verdadero temor se clavaron en su pecho. Pero ni siquiera había recogido las llaves del coche. Tendría que volver. Pero, ¿eso cambiaba algo? Después de cómo la había tratado, tenía todo el derecho del mundo a echarle de su vida como si se tratara de un trozo de carne podrida.

Y eso era lo que había estado haciendo todos aquellos años, pudrirse por dentro.

Estúpido, egoísta.

No tenía sentido albergar resentimiento contra Daisy porque no había querido aceptar sus deseos respecto al tratamiento médico. Veronica tenía razón. Daisy merecía que él la hubiera apoyado incondicionalmente en una decisión de aquel calibre, pero Buck no había sabido hacerlo.

Y, para acabar de empeorar las cosas, había tenido la suerte de casarse con otra mujer que le amaba a pesar de todos sus defectos. Y tampoco había sabido brindarle su apoyo.

Si Veronica no se había equivocado al juzgarle, y tenía que reconocer que todo lo que le había dicho le iba como anillo al dedo, había transformado la furia hacia Daisy en algo más aceptable, pero igualmente destructivo, preocupado histérico por la salud de su familia, como si con eso pudiera vengarse de ella, como si pudiera restregárselo por las narices.

«Ja, ja, ¿lo ves? Me has dejado, pero no voy a consentir que nadie más haga lo mismo».

Y pensándolo bien, así era como se sentía. Como si al desafiar a las enfermedades pudiera resarcirse de lo que Daisy le había hecho. ¡Qué estúpido había sido!

No podía resarcirse de nada, no podía vengarse de Daisy. Se había ido para siempre. Y si se atrevía a ser completamente sincero, se alegraba de que se hubiera ido rápidamente y sin demasiado sufrimiento una mañana de domingo, pocas semanas después de encontrarse tan

enferma que no había podido levantarse de la cama nunca más.

Y durante todos esos años, no había sabido apreciar la paz con la que ella se había despedido. Conforme había visto apagarse el brillo de sus ojos, la rabia había anidado en su corazón, dispuesta a vengarse. Era una venganza rastrera, incomprensible y absurda para todos, excepto para él.

Y excepto para alguien que le amaba.

Alguien como Veronica. Se había enamorado de él, tal como era, con fobias y todo. Y ahora descubría que podía librarse de aquello. ¡Dios! Tenía que poner el pasado en el sitio que le correspondía.

De repente se sintió limpio y renovado. ¿Cómo no había sabido reconocer el tormento que le estaba consumiendo? Porque no había sido otra cosa que una forma de sufrir por la muerte de Daisy y hasta que no se enfrentara a esa pena y se liberara, no habría manera de que su nuevo matrimonio pudiera funcionar.

Pero tenía que intentarlo. Sólo tenía que convencer a Veronica de que le diera otra oportunidad. Aquella puerta cerrándose suavemente tras ella era un presagio ominoso. Incluso aunque volviera en aquel preciso instante, no podría quedarse. A menos que...

— ¿Papá?

Buck se giró en redondo. Dios! Se había olvidado por completo de sus hijos, Estaban allí los dos, mirándole desde la puerta, sin atreverse a entrar en la cocina. Cassy tenía un brazo sobre los hombros de su hermano en un gesto protector, pero podía leer el miedo en sus caras.

— Hola, chicos — dijo tratando de sonreír — . Venga, pasad.

Ninguno de los dos se movió.

— ¿Dónde está Veronica? — preguntó Eric.

Buck suspiró y cerró los ojos por un minuto.

— Creo que ha salido a dar un paseo. Hemos tenido una discusión de las grandes y creo que he herido sus sentimientos. Pero he recibido lo que merecía por ser el Bobo del Año — añadió levantando la mano dañada.

Eric se echó a reír. Los dos hermanos se acercaron para inspeccionar sus heridas y abrieron mucho los ojos cuando vieron el agujero de la puerta.

— No has sido demasiado listo, papá — sentenció el niño.

— Puedes estar seguro. Creo que hasta tú podrías darme lecciones sobre qué hay que hacer cuando te enfadas mucho.

Cassy le dedicó una sonrisa cómplice.

— Mamá nos decía que le pegáramos puñetazos a la almohada. Creo que deberías intentarlo.

Buck le acarició la mejilla. Cassy no dejó de sonreír.

— Gracias. Lo recordaré la próxima vez.

— Espero que no haya una próxima vez — dijo Eric con vehemencia — . Me he asustado mucho cuando habéis empezado a pelearos.

Buck sabía que podía prometérselo de todo corazón.

— No la habrá. Si Veronica me perdona, nunca volver a gritarle. Es posible que discutamos de vez en cuando, pero jamás volveré a levantar la voz.

— ¿Papá?

Cassy tenía una mirada nerviosa, pero también desafiante, algo a lo que Buck todavía no se había acostumbrado.

— Yo también os he oído discutir. Ha sido culpa mía que no te dijera nada de mí... enfermedad. Yo le pedí que no lo hiciera. Si quieres enfadarte con alguien, hazlo conmigo.

— No estoy enfadado con nadie, Cassy. Yo sólo...

— Papá, nos avergüenzas cuando nos llevas al médico cada vez que nos hacemos un rasguño. ¿Por qué no podemos ser como los demás niños que sólo van una vez al año si no están enfermos?

Buck se la quedó mirando un momento, reconociendo la agitación que había oído en su voz.

— Nunca me habías dicho que te sentías así.

La niña puso los ojos en blanco.

— Porque sabía que no me harías ni caso.

— Nunca más volveré a ignorar tus sentimientos. Creo que Veronica y tú tenéis razón. Me he preocupado excesivamente por vuestra salud. De ahora en adelante, la gente de esta casa sólo iremos al médico para una revisión anual.

— A no ser que estemos enfermos o nos hagamos daño de verdad — añadió Cassy encantada.

Buck le sonrió y luego prestó atención a Eric, que tenía una expresión preocupada.

— ¿Qué te pasa, colega?

Al momento, se encontró tratando de no chillar de dolor cuando el niño se arrojó a sus brazos. Eric se sentó en su regazo.

— Papá, ¿es que Veronica va a dejarnos para siempre igual que mamá?

Aquella pregunta inocente se le clavó en el corazón. Sintió que un frío mortal le congelaba el estómago, pero estaba obligado a ser sincero con sus hijos.

— No lo sé, Eric. Me he portado muy mal con ella.

— ¡Que no se vaya! Yo la quiero — exclamó el niño echándose a llorar.

— Lo sé, Eric.

Buck le puso la cabeza contra su pecho y comenzó a acariciarle la espalda con el mismo gesto que había empleado cuando era un bebé. Yo la quiero.

Aquellas palabras le hicieron sentir un calor reconfortante en el pecho.

«Yo también la quiero». ¿Cómo no se había dado cuenta antes? No pudo resistir la tentación de decirlo en voz alta.

— Yo también la quiero, y no deseo que se vaya.

Sonaba muy bien. Mejor, sonaba genial. Casi no podía esperar a que Veronica volviera para disculparse, para pedirle otra oportunidad y para decirle lo mucho que la amaba. Pero no. Era él quien tenía que ir a buscarla.

Tuvo una inspiración al oler el pollo que se cocinaba en el horno.

Intentó que su voz sonara lo más normal posible.

— Cassy, ¿quieres poner la mesa mientras que yo voy a buscar a Veronica? Tengo que hablar con ella antes de cenar.

La sonrisa de Cassy era resplandeciente. Casi podía ver cómo se inflaba sintiéndose importante.

— Claro, papá — dijo ella tendiéndole a Eric la mano.

Buck pensó que sólo por aquel gesto de consideración se merecía todos los besos del mundo.

— Vamos, Eric. Puedes ayudarme a poner la salsa sobre la col y a preparar las bebidas.

Veronica regresaba del lago que había al fondo de la urbanización cuando vio que Buck se dirigía hacia ella. Instantáneamente, cuadró los hombros y se puso a la defensiva. Sabía perfectamente que Buck jamás la agrediría, pero a su orgullo no le hacían falta más palabras crueles.

Buck no podía saber hasta dónde la había herido su repudio. Durante toda su vida había deseado formar parte de una verdadera familia. Aunque él nunca le había dicho que la amaba, había

llegado a creer que por fin había encontrado un sitio a su lado. Había llegado a creer que eran una unidad que tomaba decisiones por el bien de la familia que con tanta facilidad la había aceptado en su seno.

Pero Buck no lo había visto de esa manera. Aquella tarde, Veronica había traspasado una frontera invisible, se había dado cuenta de que Buck sólo la tenía en consideración por pura cortesía.

Quizá nunca podría curarle. Se daba cuenta de que él seguía atrapado en su sufrimiento, que todavía no había alcanzado la primera fase de la curación que los expertos denominaban aceptación. Veinte minutos antes, cuando la puerta se había cerrado a sus espaldas, había creído que su matrimonio estaba acabado. Sin embargo, mientras paseaba y lloraba, se había dado cuenta de que no podía prescindir de Buck Hades.

Era curioso, pero nunca había pensado que acabaría agradeciéndole algo a Blad, pero gracias a él había aprendido a encontrar en su interior la fuerza que necesitaba para llegar hasta Buck.

El corazón se le encendió de amor a contemplarle acercándose a grandes zancadas bajo el sol del atardecer. Pero también había dolor ¿Y si él no quería volver a intentarlo? ¿Y si nunca se la tomaba en serio? Veronica no podía, en conciencia, arrepentirse de sus actos. Cassy la había necesitado a ella y no a un médico. No se había equivocado en su decisión.

Apretó los dientes al ver que él se aproximaba sin una sonrisa en los labios. Si se le ocurría volver a discutir, estaba dispuesta a combatir el fuego con el fuego hasta hacerle entrar en razón. No iba a ceder ante él. Aunque quizá sus sentimientos tuvieran justificación, dado lo que había sufrido con Daisy. Tenía que hablarle y escucharle con todo su amor. Aunque quizá él no le correspondiera nunca, debía hacerle conocer la seguridad que significaba ser amado, la certeza de que ella nunca le abandonaría, de qué...

— ¡Buck! ¡Tu pobre mano!

La visión de las heridas tuvo el efecto de hacer desaparecer de su pensamiento todo rastro de enojo y frustración.

— ¿Has llamado al médico?, hay que hacerte una radiografía.

Buck se detuvo ante ella. A Veronica le sorprendió ver un brillo divertido en sus ojos verdes.

— Creo que unas palabras muy parecidas han empezado todo esto.

Su voz sonaba relajada y definitivamente divertida. ¿Qué le había pasado al hombre furioso que ella había dejado en la cocina? Intentó darle una respuesta en el mismo tono

— Quizá deberíamos desterrar la palabra médico de nuestra casa.

— ¡Ah! ¿Pero lo es todavía? — preguntó con expresión muy seria.

— ¿Qué es qué? No te entiendo.

— Nuestra casa. Me pareció que tirabas la toalla cuando te has ido hace un rato.

Veronica volvió a buscar una respuesta en su expresión. No descubrió nada a excepción de un músculo que pulsaba en su mejilla derecha.

— ¿Tú quieres que sea nuestra?

En los ojos de Buck apareció un brillo inescrutable. A Veronica le dio la impresión de que estaba nervioso. Desechó de inmediato aquella idea, Buck tenía unos nervios de acero. Entonces, para su asombro, Buck abrió los brazos.

— Por favor. ¡Vuelve a casa!

La alegría hizo que el atardecer se convirtiera en un mediodía de verano. Veronica dio un paso hacia él y le puso las manos en la cintura, descansando la cabeza en el hueco familiar de su hombro. Las lágrimas fluían de sus ojos. Buck no le había dicho que la amaba, ni siquiera habían hablado de sus diferencias, pero le había pedido que se quedase. Veronica alzó el rostro y abrió

Los labios para besarle.

Buck la apretó contra sí con el brazo sano, sin importarle que estuvieran en mitad de una calle residencial. tomó su boca en un beso intenso y salvaje que la obligó a sujetarse de sus hombros.

— ¿Esto significa que sí? — preguntó él con una timidez desconocida.

Veronica se echó a reír a pesar de las lágrimas que anegaban sus ojos.

— Claro que es un sí.

Buck contuvo el aliento. Veronica se dio cuenta de que una expresión de dolor cruzaba brevemente por su rostro. El corazón le dio un vuelco.

¿Seguía pensando en Daisy?

— No te merezco. Tenías razón, hace un rato. No he cumplido con mis votos matrimoniales.

— Buck, estaba furiosa. No tienes que...

Buck le puso un dedo sobre los labios.

— Te amo Veronica Hades. Tendría que haberlo dicho antes, pero no me he dado cuenta hasta ahora, al creer que te había perdido para siempre. Estaba equivocado con mi obsesión por la salud y necesitaba que tú me hicieras verlo. Has construido un puente entre Cassy y yo, te has convertido en una madre verdadera en el corazón de mis hijos. Y has conseguido curarme.

— Te has curado tú mismo.

Veronica estaba llorando sin hacer el menor esfuerzo por contenerse.

¡Buck la amaba! Parecía que por fin se había reconciliado con el pasado lo suficiente como para vivir sin él.

— Yo sólo he creído en ti.

Buck le secó las lágrimas con la mano sana.

— Nunca dejes de creer en mí. Ámame siempre.

— ¡Siempre!

Se besaron con desesperación, expresando todo el amor que sentían. Cuando Buck alzó la cabeza, dejó escapar un suspiro de arrepentimiento.

— ¿Crees que nos podíamos saltar la cena?

— ¡La cena! ¡La había olvidado! Tendremos suerte si no se le prende fuego a la casa.

— Relájate.

Buck le echó un brazo por los hombros y la apretó contra su costado para comenzar a caminar.

— Cassy lo tiene todo controlado. Le he dicho a los niños que te quería.

Se detuvo en mitad de la calle, sonriendo tímidamente y contemplando la boca abierta de Veronica. Alzó una mano para cerrársela con suavidad.

— ¿Le has dicho eso a los niños?

— Sí, y ya que no podemos hacer nada más excitante que hablar sobre eso hasta que se vayan a la cama, pus te parece si concertamos una cita en el baño caliente para esta noche a las diez?

— Sospecho que lo que pretendes es algo más que tener una charla.

— ¡Ah, sí! Casi lo olvido. Por favor, no te pongas el traje de baño.

Capítulo 10

Habían sido las Navidades más felices de toda su vida. Haciendo muecas, Veronica intentó encontrar una postura más cómoda sin levantarse de la mecedora que Buck le había regalado. En el suelo, tumbados boca abajo, Eric y su padre montaban las nuevas piezas del tren eléctrico. Montones de regalos y bolas de papel de envolver cubrían todo el espacio disponible. Un árbol resplandeciente presidía el salón.

Cassy estaba tumbada en el sofá. Mascaba chicle y hacía globos que estallaba periódicamente mientras leía con avidez las páginas de *Mujercitas*. Era uno de los títulos de la colección de clásicos que Veronica le había regalado.

Veronica sintió que se le cerraban los ojos a pesar del dolor persistente de su abdomen. Había sido un gran día. Después de abrir los regalos al amanecer, cuando Eric había despertado a toda la casa, habían ido a San Diego para llevar a su madre a comer a un restaurante. Una hora de viaje en coche no era exactamente el reposo que el médico había prescrito para una mujer que tenía que dar a luz a la semana siguiente. Ese debía ser el motivo de que le doliera tanto la espalda.

Eso y el hecho de que se había empeñado en cocinar una auténtica cena de Navidad esa misma tarde, con pavo relleno, salsa de arándanos, pastel de calabaza y todos los dulces que los niños y ella llevaban semanas preparando. Sin embargo, cuando llegó la hora de comer descubrió que no tenía apetito.

Buck alzó la mirada y la sorprendió haciendo una mueca de dolor mientras intentaba relajar la tensión de sus músculos. El amor que rebotaban sus ojos esmeralda se convirtió al instante en preocupación. Le murmuró algo a Eric y se levantó para ir a arrodillarse junto a la mecedora.

— ¿Cómo te encuentras, mamá? — preguntó poniéndole una mano sobre el vientre.

A Veronica le costaba trabajo creer que su abdomen hubiera podido llegar a crecer tanto.

— Dentro de unas cuantas semanas, en cuanto al señor Thomas le dé por salir, todo esto nos parecerá divertido.

Hacía tiempo que sabían que su hijo, concebido durante las primeras semanas de su matrimonio, sería un niño. Veronica se moría de impaciencia por acunar al hijo de Buck entre sus brazos, de ponérselo en el pecho por primera vez. El amor le suavizó el rostro cuando le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

— Estoy bien y no me importa sentirme un poco incómoda. Sé que todo esto merece la ¡oh!

Aquel dolor había sido un poco más agudo que los pinchazos anteriores. Tenía un principio y un fin raramente marcados. La mano de Buck no se había separado de su vientre.

— ¡Ha sido una contracción! ¡La he sentido!

— No lo creo — dijo ella — . Es sólo que hoy me he excedido. La espalda me está matando, pero mañana estaré bien.

Buck se echó a reír.

— Cariño, mañana estarás mejor que bien. Serás madre. Olvidas que he pasado por esto dos veces. Sé reconocer una contracción cuando la noto. ¿Te ha dolido mucho?

— Bueno, sí. Un poco, pero...

— ¿Lo ves? Si no fueran las primeras contracciones no te habría dolido.

— ¿Llevas un rato teniendo calambres suaves?

Veronica empezó a sentirse nerviosa.

— Desde la cena. Pero creía que era por el viaje en coche.

Buck sonrió satisfecho. La abrazó para besarla profundamente.

— Voy a llamar al médico para decirle que necesitaremos de sus servicios esta misma noche.

— ¿Qué? — preguntó Cassy dejando caer el libro — . ¿Viene ya el niño?

— No en este preciso momento, pero probablemente estará con nosotros mañana.

— ¡Ahí va! Será mejor que le termine la colcha que le estoy haciendo.

— Muy bien — intervino Eric — . Y yo puedo bajar su maleta.

— ¡Menudo par! Están tan encantados con el niño como nosotros — dijo Buck — . ¿Estás segura de que quieres ir al hospital? Dar a luz en tu propia casa puede ser una experiencia emocionante.

— Ya sé que has superado tu fobia a las enfermedades, pero eso es pasarse.

Veronica se relajó y comprendió que había sido una broma. Desde el día en que habían mantenido su primera y última «Gran Pelea», como Eric la llamaba, Buck la había inundado con más amor del que nunca había soñado conocer.

Otra contracción le hizo cerrar los ojos. Respiró hondo, con miedo a cronometrar. Sin embargo. Buck ya se había encargado de hacerlo.

— Las últimas han sido cada diez minutos. Aunque todavía no ha empezado de verdad, será mejor que nos vayamos.

— ¿Qué no ha empezado? — protestó ella — . ¿Quién dice eso? ¿Por qué no me ha advertido nadie de lo que duele? Creo que voy a cancelar esta actuación y esperaré a que la cigüeña lo deje caer por la chimenea.

Buck se inclinó sobre ella para besarla en la boca.

— Lo siento. Cariño. No puedes cancelarlo ahora. Me alegro de que por fin haya llegado el gran momento. Estoy impaciente por tener a mi hijo en brazos, pero estoy igual de ansioso por abrazarte a ti. Te echo mucho de menos, señora Hades.

Veronica sonrió. Hacía tres semanas que no hacían el amor por orden del médico.

— Yo también te echo de menos. Pero hay algo más.

— ¿Qué es? — preguntó él, nada complacido de que cita añorara otra cosa.

Veronica le sonrió.

— Nuestras citas en el baño caliente. Me encantaría...

Otra contracción, un poco más fuerte que la anterior, la dejó sin habla.

— ¡Oh, oh! Dos minutos desde la última. Esto va más deprisa de lo que yo creía. Respira, cariño. Será mejor que llame al médico y le eche una mano a Eric con esa maleta. Recuerda todo lo que nos han enseñado.

Buck echó a correr, pero dio media vuelta y se arrodilló otra vez junto a la mecedora. Veronica le puso las manos encima, disfrutando de su tacto como siempre.

— Te amo, Veronica. Gracias por haber creído en mí — dijo con las manos sobre su vientre y mirándola a los ojos.

— Cree que soy la mujer más afortunada de la tierra por haberte encontrado y por compartir tu amor. Nunca hubiera podido dejar de creer en ti. Sabía que había llegado el momento de que avanzaras, de que volvieras a amar. También a mí me había llegado la hora.

Buck sonrió. Entonces se puso en pie de un salto cuando una nueva contracción la dejó jadeante. Buck le sostuvo la mano hasta que cesó el dolor.

— Era tu momento, sí. Como también ha llegado el momento de nuestro último regalo de Navidad. Demos la bienvenida al mundo, a nuestro hijo.

Fin